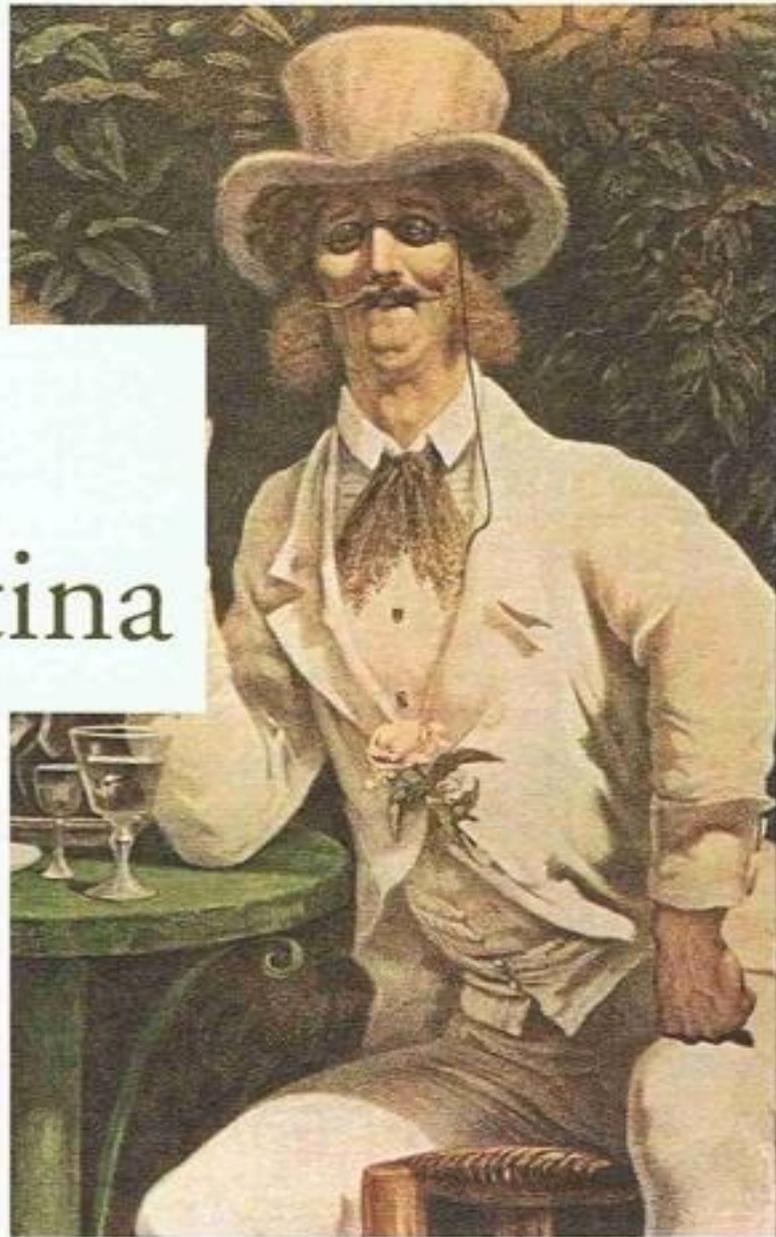


J. M. Barrie



Lady  
Nicotina



Lectulandia

«[...] nosotros, los fumadores, estamos seguros de que el tabaco no nos hace ningún bien y no necesitamos que nos convenzan de ello, pues seguimos fumando porque... o más bien sin un porqué».

En una narración digresiva y divertidísima, el protagonista de esta historia ha quedado tristemente huérfano de su esclavitud, de los amigos verdaderos y de aquello que le permitía mirar el mundo desde la exquisita atalaya que proporciona el humo siempre ascendente del tabaco.

J. M. Barrie, definitivamente ligado a una de sus criaturas, Peter Pan, reafirma en *Lady Nicotina* su sabia visión desencantada de la vida adulta en una intensa e irónica alabanza a la tentación. Su lectura favorece seriamente la salud.

**Lectulandia**

J. M. Barrie

# **Lady Nicotina**

ePub r1.0

viejo\_oso 05.07.14

Título original: *My Lady Nicotine*

J. M. Barrie, 1890

Traducción: Libertad Aguilera

Cubierta: *Un Anglais à Mabilie* (1861), de Gustave Doré

Editor digital: viejo\_oso

ePub base r1.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Comparación del matrimonio y el hábito de fumar

Las circunstancias en las que dejé de fumar fueron las siguientes:

No era más que un soltero, encaminado hacia lo que ahora veo como una trágica mediana edad. Me había acostumbrado hasta tal punto a que mi boca expulsara humo, que me sentía incompleto sin él. Lo cierto es que llegó un momento en que podía abstenerme de fumar si no hacía nada más, pero me resultaba muy difícil en las horas más laboriosas. En cuanto dejaba de lado mi pipa me encontraba a mí mismo dando vueltas sin cesar alrededor de la mesa. Jamás mendigo ciego se vio tan abyectamente guiado por su perro, o más reacio a cortar la correa.

Estoy mucho mejor sin el tabaco y hasta tengo dificultades para simpatizar con aquel que fui. Incluso evocarlo, tal y como era, y observarlo sin prejuicios resulta tarea difícil, puesto que tendemos a olvidar las viejas facetas a las que hemos dado la espalda del mismo modo que olvidamos una calle que ha sido reconstruida. ¿Tiembla el esclavo liberado siempre que escucha el restallar de un látigo? Me parece que no, ya que sólo recuerdo vagamente, y sin un agudo sufrimiento, los horrores de mis días de fumador. Había noches en las que me levantaba con un dolor en el corazón que me hacía contener la respiración. No osaba hacer más. Tras, quizás, unos diez minutos de estupor, podía enderezar mi posición una pulgada en cada movimiento. Con menos frecuencia, sentía ese pinchazo durante el día, y creía que iba a morir mientras mis amigos me hablaban. Jamás compartí dichas experiencias con nadie; a decir verdad, aunque entre mis amistades se contaba la de un hombre perteneciente a la comunidad médica, le mentía sibilinamente en las escasas ocasiones en que me interrogaba sobre la cantidad de tabaco que consumía a la semana. A menudo, durante la noche, no sólo me prometía con toda solemnidad dejar de fumar sino que hasta me preguntaba por qué me gustaba. A la mañana siguiente iba directo del desayuno a mi pipa, sin el menor remordimiento. Más tarde me di cuenta, mientras me decidía a acabar con el hábito, que mejor hubiera empleado aquel tiempo en intentar dormir. Disponía de elaborados métodos para engañarme a mí mismo, puesto que descubrir la cantidad de onzas de tabaco que fumaba a la semana se convirtió en algo un tanto tortuoso. Con frecuencia fumaba cigarrillos para reducir el número de puros.

Por otro lado, con excepción de esos intensos dolores, me sentía bastante bien. Mi apetito era tan bueno como lo es hoy, trabajaba tan a gusto como ahora y, sin duda, de manera mucho más intensa. Estoy convencido de que, hasta cierto punto, experimenté los mismos dolores durante mi infancia, antes de empezar a fumar, y aún

no me resultan del todo extraños. Aparecían con más frecuencia en mis días de fumador, pero no tengo motivos para atribuirlos al tabaco. Probablemente un médico también fumador les habría restado importancia. Sin embargo, en cuanto encendía la pipa, como diría, empezaba a escucharlos. Al primer síntoma de que estaban llegando, arrinconaba la pipa y paraba de fumar... hasta que cesaban.

No pretendo decir que no habría sido capaz de dejar el tabaco sin ayuda una vez convencido de que me perjudicaba; pero me negaba a convencerme. Me gustaría decir que dejé de fumar porque lo consideraba una mezquina forma de esclavitud, condenable por razones tanto morales como físicas; pero aunque ahora puedo ver clara como la luz del día la locura que supone fumar, estuve ciego ante ella durante algunos meses tras mi última pipa. Abandoné mi más delicioso solaz, tal y como lo veía, por la única razón de que la dama que se me entregaba en cuerpo y alma me hizo escoger entre el tabaco y ella. Este hecho retrasó nuestro matrimonio seis meses.

Ahora, como muy bien apreciarán los lectores, he llegado a ver el hábito de fumar con los ojos de mi esposa. Mis viejos amigos de soltería se quejan porque no consiento que se fume en casa, pero siempre estoy dispuesto a dar razón de mi postura, y no siento el mínimo resquicio de pena por ellos. Si yo no puedo fumar aquí, tampoco lo harán ellos. Cuando acudo a verlos a la antigua fonda se toman la pobre venganza de hacerme tragar sus anillos de humo. Ese afán por los anillos de humo es la más innoble habilidad del hombre. Una vez fui miembro de un club de fumadores en el que practicábamos cómo hacer anillos de humo. El mejor se llevaba como premio una caja de puros al acabar el año. ¡Qué tiempos aquellos! A menudo los recuerdo con melancolía. Nos reuníamos en una acogedora estancia en los alrededores del Strand. Aún la recuerdo muy bien, con esos calendarios colgados por todas partes con los que podíamos encender nuestras pipas. Algunos fumaban en pipas de arcilla, pero para la mezcla Arcadia no hay como una pipa de brezo. La mía era la pipa más dulce de cuantas ha habido jamás. Cuán extraño me resulta rememorar un tiempo en que una pipa parecía ser mi mejor amiga...

Mi actual estado es tan feliz que no puedo dejar de extrañarme ante mis titubeos de antaño para acceder a él. Adquirimos nuestra casa mientras todavía discutía lo pernicioso que podía resultar dejar el tabaco de golpe. En aquel momento mi ideal de la vida matrimonial no se correspondía con el que ahora tengo, y recuerdo a Jimmy intentando convencerme de instalarme en esta casa porque la gran galería de arriba con las tres ventanas era el sueño de cualquier fumador. Nos imaginaba allí a mí y a él, en verano, dibujando anillos de humo, sin nuestros abrigos y sacando los pies por las ventanas; y comentó cuán coqueto resultaría el gabinete del fondo, con vistas a un muro blanco, como salita para mi esposa. En aquel momento me dejé llevar por su entusiasmo, pero ahora puedo ver lo egoísta de mi comportamiento, y me resulta imposible dejar de pensar en la cara de Jimmy cuando nos visitó por primera vez y

descubrió que el gabinete no albergaba la salita. Jimmy es un magnífico ejemplar del hombre que, aunque no carente de virtudes, ha sido destruido por la devoción a su pipa. Hasta el día de hoy sigue creyendo que los jarrones de la repisa de la chimenea han sido especialmente concebidos para contener las cerillas con que se encienden las pipas. Estamos casi seguros de que cuando se aloja en nuestra casa fuma en su habitación, una detestable práctica que no puedo tolerar.

Dos puros al día, a nueve peniques la pieza, dan 27 libras, 7 chelines y 6 peniques al año, y cuatro onzas de tabaco a la semana, a nueve chelines la libra, son 5 libras y 17 chelines al año, lo que hace un total de 33 libras, 4 chelines y 6 peniques. Cuando calculamos el desembolso anual en tabaco en estos términos, por supuesto que nos sorprende, y nuestra excentricidad aún nos resulta más chocante tras meditar sobre lo mucho más satisfactoriamente que podríamos haber empleado ese dinero. Con 33 libras, 4 chelines y 6 peniques se pueden comprar alfombrillas orientales nuevas para la salita, así como un sombrero de primavera y un bonito vestido, objetos todos ellos que producen un placer duradero, mientras que un puro, tras haber lanzado la colilla, pierde todo su interés. A juzgar por mi experiencia, debo decir que lo que convierte a muchos solteros en fumadores empedernidos se debe más a la falta de reflexión que al egoísmo. En cuanto un hombre se casa, sus ojos se abren a innumerables comportamientos que antes ignoraba, entre ellos, el placer de adornar la salita con una nueva pieza de mobiliario cada mes y el de poseer un dormitorio en rosa y oro cuya puerta permanece siempre cerrada. Si los hombres se pararan a pensar que cada puro que se fuman podría comprar parte de un taburete forrado en color terracota para el piano, y que por cada lata de tabaco consumida se va un jarrón para cultivar geranios muertos, a buen seguro vacilarían. Sin embargo, no se paran a pensarlo hasta que se casan, y luego, no tienen más remedio. Por mi parte, no consigo entender por qué a los solteros se les debe permitir fumar cuanto quieran cuando a nosotros se nos impide.

El solo olor del tabaco es abominable, puesto que es imposible eliminarlo de las cortinas, y la existencia no es muy placentera a menos que las cortinas se mantengan en perfecto estado. En cuanto al puro de después de la cena sólo sirve para hacer de ti un ser aburrido y somnoliento, poco predispuesto a participar en las actividades de las damas. Una manera mucho más agradable de disfrutar de la velada es pasar directamente de la mesa a la salita a escuchar un poco de música. Escuchar a la sobrina de tu esposa cantar «Oh, cuando tú y yo nos arrullábamos» relaja la mente. Incluso si no tienes oído para la música, como es mi caso, son innumerables los aspectos de la salita que producen sosiego. Están los abanicos japoneses, bellos objetos donde los haya, aunque tu gusto artístico no esté suficientemente educado para apreciarlos a menos que alguien lo indique, y es agradable sentir que se compraron con un dinero que, en los insensatos viejos tiempos, se habría malgastado

en una caja de puros. De manera similar, cada bonita fruslería de la habitación invita a recordar lo muy sabio que eres ahora respecto a tiempos pasados. Incluso resulta gratificante permanecer, en verano, ante la ventana de la salita viendo pasar a los cocheros con un puro en los labios. Aunque, si estuviera en mi mano promulgar las leyes, prohibiría que la gente fumara en la calle. Si son hombres casados se están fumando las pantallas de las chimeneas de las salitas y los tapetes para las repisas de los hogares de las habitaciones rosa y oro. Si son solteros, es un escándalo que se queden siempre con lo mejor de todo.

Nada es más digno de lástima que la forma en que algunas de mis amistades se esclavizan al tabaco.

Y aún peor, el modo en que idolatran un tabaco en particular. Conozco a un hombre que considera cierta mezcla tan superior al resto, que caminaría tres millas para conseguirla. Todo el mundo, sin excepción, admitirá que se trata de un hecho lamentable. Ni siquiera es una buena mezcla, porque la probé en alguna ocasión, y si hay alguien en Londres que entienda de tabaco, ése soy yo. En Londres sólo hay una mezcla que merezca el apelativo de soberbia. No voy a decir dónde se puede conseguir porque el resultado sería que muchos insensatos fumarían más que nunca, pero jamás conocí nada comparable. Es deliciosamente suave aunque llena de fragancia, y nunca quema la lengua. Una vez se prueba no se fuma otra cosa. Despeja la mente y suaviza el temperamento. Siempre que salía de vacaciones, llevaba tanta cantidad de aquella saludable mezcla como pensara que fuera a necesitar durante mi estancia, pero siempre se me agotaba. Entonces telegrafiaba a Londres para que me enviaran más y me sentía desvalido hasta que llegaba. ¡Con qué ansia rasgaba el precinto de la lata! Ése sí es un tabaco al que consagrar la vida. Pero ahora estoy mejor sin él.

De vez en cuando aún me siento un poco deprimido después de la cena, sin saber muy bien por qué, y si mi esposa me deja solo, vago por la habitación sin descanso, como alguien a quien le falta algo. Sin embargo, normalmente me lleva con ella a la salita y me lee en voz alta las cartas que recibe de su familia, deliciosamente largas, o interpreta una suave música para mí. Si la melodía es dulce y triste, me transporta hasta la escalera de una fonda que subo con brío, abro con dificultad una pesada puerta en el último piso y subo la intensidad del gas. Vuelvo a una pequeña habitación en la que ya estuve, muy polvorienta. En la esquina más alejada de la puerta hay una pila de papeles y revistas tan alta como una mesa. La silla de mimbre tiene la huella exacta de la espalda de Marriot. Lo que ha quedado (tras encender el fuego) del marco de un cuadro descansa en la alfombrilla que hay delante del hogar. Gilray entra de improviso. Ha dejado dicho que envíen sus visitas aquí. La habitación se llena. Mi mano palpa la repisa de la chimenea en busca de una jarra marrón. La jarra entre mis rodillas, lleno mi pipa...

Después de un rato la música cesa y mi esposa pone una mano sobre mi hombro. Quizá yo sienta un ligero sobresalto, y entonces me dice que me he quedado dormido. Éste es el libro de mis sueños.

## Mi primer puro

No fue en mis habitaciones donde aprendí a fumar, sino trescientas millas más al norte. Creo que podría asegurar que nunca antes se había fumado un primer puro en tales circunstancias.

En aquella época iba yo al colegio y vivía con mi hermano, que ya era un hombre. La gente interpretaba erróneamente nuestra relación y creía que era su hijo. Me preguntaban cómo era mi padre y si esto llegaba a sus oídos fruncía el entrecejo. Incluso hoy en día, debido a que tengo un aspecto tan juvenil, la gente que me recuerda de niño piensa que debo de ser el hermano pequeño de aquel muchacho. Más adelante referiré una curiosa confusión que tuvo lugar sobre este asunto, pero en este momento me hallo inmerso en la tarde en que nació la hija mayor de mi hermano; quizás la tarde más difícil que ambos pasamos juntos. Por lo que sabía del asunto fue todo muy repentino, y lo lamenté tanto por mi hermano como por mí.

Nos sentamos ambos en el estudio, él en un sillón que había acercado al fuego y yo en el sofá. Ahora no puedo recordar en qué momento empecé a tener el presentimiento de que algo iba mal. Me llegó poco a poco y me hizo sentir muy incómodo aunque, por supuesto, no lo dejé traslucir. Oí los pasos de gente subiendo y bajando las escaleras, pero en aquel momento no sentí inclinación natural a la sospecha. Me di cuenta de que mi hermano barruntaba algo más bien a primera hora de la noche. Por regla general, cuando nos dejaban solos, él bostezaba o tamborileaba con los dedos sobre el brazo de su sillón para hacerme ver que no se sentía incómodo, o yo hacía como si estuviera a gusto, jugando con el perro o diciendo que la habitación estaba cerrada. Luego, alguno de los dos se levantaba, comentaba que había olvidado su libro en el comedor, e iba por él, con cuidado de no regresar hasta que el otro se hubiera ido. De esta hábil manera nos ayudábamos mutuamente.

En aquella ocasión, sin embargo, no adoptó ninguno de los métodos habituales; y aunque subí a mi habitación varias veces y escuché a través de la pared, no oí nada. Al final alguien me prohibió subir al piso de arriba, y volví al estudio, con el presentimiento de que ya sabía lo peor. Él seguía sentado en el sillón, y yo volví al sofá. Por el modo en que me miraba por encima de su pipa supuse que se estaba preguntando si yo sabría algo. Creo que nunca me gustó tanto mi hermano como aquella noche, y quería hacerle comprender que, pasara lo que pasara, todo seguiría igual entre nosotros. Pero el asunto del piso de arriba era demasiado delicado para hablar de él y lo único que podía hacer era intentar que no siguiera dándole vueltas,

incitándolo a que me hablara de política. Mi hermano es esa clase de hombre. Tiene un dominio asombroso de hechos y fechas y supongo que todavía no ha leído un solo libro, desde un anuario a un volumen de versos, en el que no haya encontrado un desliz del autor en algún punto. Lee sólo con ese fin. Tenía por costumbre evitar las discusiones con él, porque se sentía decepcionado si yo estaba en lo cierto e irritado si me equivocaba. Por lo tanto, era un tanto arriesgado empezar por política, pero pensé que las circunstancias lo requerían. Para mi sorpresa me contestó de manera vaga, y de vez en cuando interrumpía las frases a la mitad para pararse a escuchar algo. Lo tenté con historia, y mencioné el año 1822, Waterloo, para darle una oportunidad. Pero la dejó pasar. Tras aquello, silencio. Poco después se levantó de su asiento, aparentemente para abandonar la habitación, pero de repente se volvió a sentar, como si se lo hubiera pensado mejor. Volvió a hacer ademán de levantarse varias veces, mirándome de reojo en todas las ocasiones. Me preguntaba cómo podría suavizar la situación, así que cogí un libro y fingí leerlo atentamente para hacerle entender que si quería podía irse sin que yo me apercibiera. Al final se puso en pie con brusquedad y, tras lanzarme una mirada insolente, como para demostrar que la casa era suya y que podía hacer lo que le viniera en gana en ella, salió de la habitación lentamente. En cuanto estuve solo abandoné el libro. En aquel momento me encontraba en un estado lamentable de excitación nerviosa, aunque en apariencia me mostraba bastante sereno. Le eché una mirada mientras subía por las escaleras y me di cuenta de que había dejado los zapatos en el primer escalón. Acababa de abandonarle toda su altanería.

Regresó al cabo de un rato. Me encontró leyendo. Encendió su pipa y aparentó leer también. Jamás olvidaré que mi libro era *Arme Judge, solterona* mientras que el suyo era un volumen de *Blackwood*. Se le apagaba la pipa cada cinco minutos, y en ocasiones abandonaba el libro sobre sus rodillas mientras miraba el fuego. Entonces salía, y al cabo de unos cinco minutos volvía a entrar. Ya era tarde, y sentía que debía irme a mi cuarto y encerrarme en él. Pero habría sido egoísta por mi parte, así que nos sentamos en actitud desafiante. Al final se levantó sobresaltado de su asiento cuando alguien llamó a la puerta. Oí a varias personas hablando, y luego, más alto, por encima de aquellas voces, una más joven.

Cuando me recobré, lo primero que pensé es que me pedirían que lo cogiera. Después recordé, con otro estremecimiento en el corazón, que quizás querían ponerle mi nombre. Eran éstas, por descontado, reflexiones egoístas; pero me encontraba en una situación muy delicada. La cuestión era: ¿qué resultaría más apropiado por mi parte? Me dije a mí mismo que mi hermano podría volver en cualquier momento y ya no pude pensar sino en lo que iba a decirle. Tenía la idea de que mi obligación era felicitarlo, pero se me antojó que sería de una extraordinaria crudeza. Todavía no me había decidido cuando oí que se acercaba. Reía y gastaba

bromas con lo que a mí me parecieron modos sorprendentes dadas las circunstancias. Cuando su mano tocó la puerta, agarré el libro y leí tan intensamente como pude. Entró pavoneándose, pero el pavoneo desapareció en cuanto me tuvo ante la vista. Me imagino que había bajado a informarme, y ahora no sabía cómo empezar. Caminaba inquieto de un lado a otro de la habitación, mirándome cuando iba en una dirección mientras que yo lo miraba cuando iba en la otra. Finalmente se sentó de nuevo y cogió su libro. No intentó fumar. El silencio era demoledor; no se oía nada aparte de alguna ceniza que caía de la chimenea. Esto duró por lo menos unos veinte minutos, tras los que cerró el libro y lo arrojó sobre la mesa. Me di cuenta de que el juego había terminado, y cerré *Anne Judge, solterona*. Me abordó con alegría afectada:

—Bien, jovencito, ¿sabes que eres tío?

De nuevo silencio, puesto que aún estaba intentando dar con algún comentario apropiado. Dejé pasar un corto espacio de tiempo antes de preguntar con voz débil:

—¿Niño o niña?

—Niña —respondió.

Volví a pensar intensamente y de repente me acordé de algo:

—¿Están las dos bien? —musité.

—Sí —contestó, severo.

Sentí que se esperaba algo grande de mí, pero no podía saltar y ponerme a estrecharle la mano. Era tío. Alargué mi brazo hasta la cigarrera y encendí resuelto mi primer puro.

## La mezcla Arcadia

Llega la oscuridad, y con ella el mozo encargado de encender la luz de nuestra escalera. Se desvanece en su garita. La fonda está tan tranquila que los suaves golpecitos de una pipa en el alféizar espantan a los gorriones del patio. Los hombres de mi escalera emergen de sus guaridas. Scrymgeour, en batín, empuja la puerta del gabinete del primer piso y sube perezosamente. La cara sentimental y la pipa de arcilla agrietada pertenecen a Marriot. Gilray, que ha estado ensayando su papel en la nueva y original comedia proveniente de Islandia, deja de rezongar y emprende el camino por su oscuro corredor. Jimmy cuelga en su puerta el cartel de «Ausente por negocios», y cruza hasta aquí. En breve estamos todos de nuevo reunidos en la vieja habitación, Jimmy sobre la alfombra delante de la chimenea, Marriot en la silla de mimbre; las cortinas unidas con un plumín, mientras los cinco fumamos la mezcla Arcadia.

Pettigrew sería bienvenido si viniera, pero es un hombre casado y ya son raras las ocasiones en que se deja ver. Otros serían considerados intrusos. Si fuman tabaco corriente, o bien se les permite probar el nuestro o se les invita a retirarse. No hay más que asomar la cabeza a mi habitación para darse cuenta de que los tabacos son de dos tipos, Arcadia y el resto. Nadie que fume Arcadia intentaría describir sus bondades, puesto que su pipa sería expulsada con total seguridad. Cuando iba al colegio, Jimmy Moggridge se fumó una silla de mimbre, y desde entonces afirma que no notó tanto el cambio del mimbre a las mezclas normales como de las mezclas normales a Arcadia. No le pido a nadie que lo crea, puesto que el fumador veterano de Arcadia detesta discutir con cualquiera sobre cualquier cosa. Si anhelara demostrar la afirmación de Jimmy, me limitaría a darles la única dirección en donde se puede conseguir Arcadia. Pero eso es algo que no voy a hacer. Resultaría tan precipitado como proponer para mi club a un hombre con el que no tengo relación. Podría no ser merecedor de la mezcla Arcadia.

Aunque usted y yo fuésemos conocidos, quizás no querría cargar con la responsabilidad de introducirle en los placeres de Arcadia. Esta mezcla actúa de manera extraordinaria sobre la personalidad, y probablemente prefiera usted permanecer como hasta ahora. Antes de descubrir Arcadia, y de comunicárselo a los otros cinco —incluido Pettigrew— teníamos todas nuestras propias peculiaridades, pero ahora, excepto en apariencia —y Arcadia también uniformiza el aspecto— somos como gotas de agua. Tenemos las mismas costumbres, la misma manera de ver

las cosas, la misma autocomplacencia. No hay duda de que todavía no somos completamente idénticos, y de hecho tengo intención de probar este particular, pero en circunstancias similares actuaríamos presumiblemente del mismo modo y, lo que es más, de forma en que no lo haría ninguna otra persona. Por lo tanto, cuando estamos juntos, sólo se nos puede distinguir por nuestras pipas; pero cualquiera de nosotros, en compañía de personas que fuman otros tabacos, sería considerado asaz original. Como un oriental en Europa.

Si se encuentra en compañía de un hombre que tiene ideas propias y no es tímido, y sin embargo se niega rotundamente a ser arrastrado en la conversación, puede identificarlo, sin miedo a equivocarse, como uno de nosotros. De entre los primeros efectos de la mezcla Arcadia se encuentra el de poner fin inmediato a la cháchara. Gilray tuvo en un tiempo la reputación de ser un orador tan brillante que los arcadianos le cerramos nuestras puertas, pero ahora es un hombre al que se puede invitar a cualquier parte. Arcadia es la única responsable del cambio. Quizás sea yo mismo el más silencioso de todo nuestro grupo, y las camareras normalmente me creen tímido. Les piden a las damas que me tiren de la lengua, y cuando las damas me encuentran tan sin remedio como un tabernero huraño, me llaman idiota. La acusación bien pudiera ser fundada, pero no la tengo en cuenta porque fumo la mezcla Arcadia y soy, por tanto, indiferente al insulto.

Estaría dispuesto a ahorcarme con tal de mostrarles en cuán reticentes nos transforma la Arcadia. Acontece que tengo cierta relación con Nottingham, y cada vez que alguien me la menciona con un cierto brillo en los ojos sé que quiere hablar del comercio de encajes. Pero sucede siempre un hecho curioso, y es que el agresivo interlocutor confunde constantemente Nottingham con Northampton. «Oh, conoce Nottingham —comenta interesado—, y ¿qué tal Labouchere como diputado?»

¿Creen que les corrijo? ¿Creen que me desvivo por decirle que el Sr. Labouchere es el diputado cristiano por Northampton? ¿Me suponen presto a explicar que el Sr. Broadhurst es uno de los diputados de Nottingham y que los «corderos de Nottingham» son muy conocidos en la historia de las elecciones políticas? ¿Me imaginan explicando que tiene razón cuando dice que Nottingham posee un gran mercado? ¿Me ven lanzándome a media hora de conversación sobre Robin Hood? No señor, ese no es mi estilo. Me limito a contestar que nos gusta mucho el Sr. Labouchere. Debería decir que con esto no gano nada; que el interlocutor siente tanta curiosidad por Northampton como podría sentir por Nottingham y que Bradlaugh, Labouchere y las botas cumplen sin problemas la función que tendrían Broadhurst, los encajes y Robin Hood. Pero eso no es todo. Aunque empieza a disertar sobre Northampton completamente seguro de sí mismo, de repente se da cuenta de que ha confundido Northampton con Nottingham: «¡Qué tontería he dicho!», dice.

Yo mantengo un severo silencio. Está molesto. Mi experiencia con los

interlocutores me dice que nada les molesta tanto como una confusión de este tipo. Por la frialdad educada con la que he acogido sus observaciones descubren la carga que les he otorgado y, después de esto, si tiene un vecino en el otro lado, me dejan en paz.

Mucho se ha dicho ya para demostrar que la regla de oro de los arcadianos es ser muy cuidadoso con lo que se manifiesta. Esto no significa que no tenga que decir nada en absoluto. Tal y como está constituida la sociedad hoy en día no hay más remedio que hacer alguna puntualización de vez en cuando. Pero no hay necesidad alguna de hacerla sin pensar. En algún sitio se ha dicho a las personas habladoras que no les iría mal contar hasta veinte, o repasar el alfabeto, antes de dejar caer la observación que les tiembla en los labios. El poco hablador carece de sensibilidad para ejercicios tan poco intelectuales. Al mismo tiempo, no debe vacilar mucho tiempo, puesto que, por descontado, lleva ventaja si elige el tema. Debería pensar en un asunto del que el vecino no pueda opinar demasiado. Empezar con cómo ha caído la nieve o la cantidad de toneladas de pavo que se consumen el día de Navidad, tal como se recoge en el *Daily Telegraph*, es merecerse el propio destino. Si están en una cena sólo para hombres, comiencen con el comensal que tengan a su lado, y con una serie de preguntas meditadas descubran con qué tipo de gente se están midiendo. Quizás uno de ellos sea un viajante africano. Conocer este dato les evitará caer en sus manos comentando que en los periódicos no se habla de otra cosa que del rescate de Emín Bajá. Estas preguntas privadas podrían también salvaguardarle de hablar sobre Chamberlain a un vecino que resulte ser hijo de un elector de Birmingham. Denle a este hombre una oportunidad, y no sólo les explicará todos los chismes de Birmingham, sino lo que dijo cada uno de los votantes sobre el señor Chamberlain al banquero o al sastre, y qué es lo que hizo el charcutero en el momento en el que se dieron a conocer los resultados de las elecciones, con detalles sobre la antigüedad de Birmingham y dónde se puede ir a pescar en los alrededores. Lo que debería hacer es hablar de Emín Bajá a este hombre y de Chamberlain al viajante africano, con mucho cuidado, por supuesto, de hacerlo siempre en voz baja. De ese modo tiene posibilidades de lograr una paz relativa. Sin embargo, todo depende del calibre de sus vecinos. Si están de acuerdo en verle como un antagonista honorable, y por tanto, capaz de jugar limpio, la victoria será para quien la merezca; es decir, el más hábil. Pero los habladores, por regla general, no juegan limpio. Consideran a los silenciosos sus presas. Se podrá apreciar, por lo tanto, que distingo entre habladores y que admito que algunos son peores que otros. El peor en la escala social es aquél que apuñala por la espalda, por decirlo de algún modo, en lugar de cruzar las espadas. Si alguno de los hombres que le son presentados es de los de esta calaña, no le avergonzará salir con algo del tipo: «Hablando de Emín Bajá, me pregunto si Chamberlain está interesado en la expedición de relevo. No sé si le he contado que mi padre...», y ya está,

gastando palabras sin freno. En muy pocas ocasiones sirve de algo tentarlo por otros caminos. Es mejor volverse hacia el viajante y permitirle que describa las distintas rutas hacia las provincias egipcias ecuatoriales, incluidos sus puntos de vista sobre el asunto. Permítanle incluso que dibuje un mapa de África con el tenedor, encima del mantel. Un conversador de este tipo está demasiado metido en su tema para insistir en que le conteste preguntas, por lo que no le molestará excesivamente. Más que la cena de usted, estropeará la propia. Trátelo del mismo modo que al conversador de Chamberlain, el hombre que se sienta a su lado y empieza con un: «Un hombre admirable, el Sr. Gladstone».

Había un ventilador en mi habitación que a veces hacía cric, cric para recordarnos que nadie había hablado durante media hora. Sin embargo, de vez en cuando teníamos lapsos de conversación, por ejemplo, cuando Gilray volvía a contarnos — aunque no exactamente como yo pretendo narrársela a ustedes— la historia de su primera pipa de Arcadia, o Scrymgeour, el más viajado, nos proporcionaba la lista de los lugares famosos de Europa donde había fumado. Pero, por regla general, ninguno de nosotros prestaba mucha atención a lo que decía el resto y, tras la última pipa, la habitación se vaciaba —a no ser que Marriot insistiera en quedarse para aburrirme con sus dudas— no sin antes meterse uno detrás de otro las pipas en los bolsillos, y salir silenciosamente de la habitación.

## Mis pipas

En mi selecto grupo de insolentes mi pipa era conocida como La Sirena. La boquilla era de cigarrillos, y se requerían meses de práctica incansable antes de encontrar el ángulo en el que la cazoleta no desparramaba su contenido.

Esto me recuerda una de las muchas ventajas que mi pipa poseía sobre todas las demás. Me ha proporcionado una reputación de galantería que me temo no podría reivindicar sin ella. Sentía yo cierta pasión por el despliegue de ocurrencias, especialmente en compañía de damas; sin embargo, como a muchos hombres de talento, también a mí me sucede que el detonante de mi ingenio está separado de éste por un largo cable. Mis mejores salidas llegaban en el camino de vuelta a casa. Este hecho amargaba mis días de juventud, y la noche anterior a una cita no descansaba hasta poder confiar en una reserva de ocurrencias sobre posibles temas que aplacara mi orgullo juvenil. Entonces mi pipa me ayudaba. Era la herramienta que me proporcionaba mis mejores cumplidos. La colocaba en algún lugar prominente donde fuera difícil que no llamara la atención y tomaba medidas para asegurarme la visita de una dama, joven, elegante y educada. O la tenía preparada para una visita al azar. Cuando llegaba, la acompañaba a tomar asiento cerca de mi pipa. No es bueno apresurarse con las ocurrencias, así que durante un rato le hablaba del tiempo, los teatros o mi última novela. No levantaba la vista de mi pipa y poco a poco también ella empezaba a observar el extraño artilugio. Y entonces llegaba el instante esperado. Era posible que lo dejara pasar sin un solo comentario, en cuyo caso todo estaba perdido; pero la experiencia me ha enseñado que cuatro de cada seis veces la tocaba con horror fingido para acabar haciendo alguna apreciación humorística. La cazoleta se desparramaba.

—Oh —exclamaba—, ¡mire lo que he hecho! ¡Lo siento mucho!

Yo me incorporaba:

—Madam —contestaba con una pausada y profunda reverencia—, ¿qué esperaba? Se ha acercado a mi pipa y ella ¡ha perdido la cabeza!

Ella se sonrojaba, pero no podía evitar sentirse complacida; y yo preparaba la pipa para mi próxima visita. Con la ayuda de una libreta, me guardé mucho de dirigir este elegante cumplido a la misma persona en más de una ocasión. En cualquier caso, cuando empecé a fumar Arcadia, el deseo de rendir cumplidos a las damas me abandonó.

Viajando por mis recuerdos, regreso hasta una época en la que mi pipa tenía una

boquilla de delicado ámbar. La cazoleta y el tallo eran de brezo, pero era una pipa muy elegante, sin monturas de plata. El tabaco que me proporcionó satisfacción en ella bien podría haber surtido la petaca de Pan cuando se solazaba fumando en las laderas de las montañas. Una vez vi a una bellísima mujer, entre cuyos castaños cabellos el sol de la mañana jugaba al escondite, que no habría salido victoriosa en una comparación con Arcadia. Bajo el embrujo de la exquisita Arcadia, pasaban los días y los años en delicados anillos de humo, que yo veía navegar por los cielos satisfecho. Qué continua era la línea de aquellos maravillosos círculos, y qué recta. Por ellos se podía hacer pasar una vara de hierro de extremo a extremo. Pero un día reparé en algo ciertamente desagradable. Había mordido la boquilla de ámbar de mi pipa hasta la mitad, y la vida ya nunca volvió a ser la misma.

Es extraño lo apegados que podemos llegar a estar a nuestros viejos amigos, aunque no sean más que objetos inanimados. Con mi vieja pipa dejada de lado, me volví hacia una pipa de espuma de mar, que me había sido presentada años antes, con la advertencia de no fumarla a menos que llevara guantes de cabritilla. Para mí no había sabor en aquella pipa. Lo intenté con otra de brezo, pero no me hacía feliz, y las de arcilla no me iban. Parecía como si supieran de mis desvelos por la antigua pipa, y esto las disgustaba. Entonces me hice con una boquilla de ámbar nueva para mi primer amor. En una semana ya había vuelto a comérmela entera, y en un intento demasiado desesperado por poner firmes los maltrechos extremos rompí la rosca. Algunos moralistas han dicho que un fumador que no tiene pensamientos sino para su pipa nunca la rompe; que sólo aquél que mientras fuma concentra su mente en objetos menos valiosos ciñe el ámbar con sus dientes. Puede que sea cierto, puesto que soy filósofo. Cuando trabajaba en nuevas teorías es posible que no fuera todo lo cuidadoso que debería haber sido con aquello que mejor las inspiraba.

Tras este segundo accidente, ni mi pipa ni yo volvimos a tener arreglo. Saqué las embocaduras de otras pipas y las pegué a La Sirena. En poco tiempo, mientras unas se ensanchaban demasiado, otras se rompían cuando intentaba enroscarlas de manera más firme. Entonces sucedió que la cazoleta se rompió por el borde y se abrió por el fondo, lo que supuso una molestia hasta que reparé en qué era lo que no funcionaba y sellé las fisuras con cera. La cera se derritió y terminó sobre mi ropa, pero se podía volver a aplicar fácilmente.

Fue entonces cuando tuve la feliz idea de ayudarme con una boquilla para cigarrillos, pero salta a la vista que uno no convierte una boquilla en una embocadura de pipa de manera inmediata. El hilo que le ataba alrededor de la rosca tenía una manera muy decepcionante de deshacerse una vez tras otra, con lo que la cazoleta caía y dejaba escapar chispas. Enrollar un trozo de papel en la rosca constituyó una mejora; pero hasta que le cogí el tranquillo, tuve que renovar la operación cada vez que encendía la pipa, lo que implicaba una triste pérdida de tiempo. En mi caso

supuso además un blanco para el mezquino ingenio de mis visitas. Por otro lado, yo lo consideraba satisfactorio y, en breve, me convertí en asombrosamente diestro en fabricar roscas de papel. Con el tiempo mi pipa de brezo cumplió su función de manera tan eficiente como lo había hecho antes, aunque, quizás, de un modo menos atractivo. Aseguré el mango con cera y con frecuencia pasaba hasta una semana antes de tener que renovar la junta.

No era tarea fácil encender una pipa como la mía, especialmente cuando faltaban las cerillas. Siempre tuve en mente comprar varias cajas, pero por algún motivo jamás lo hice. De vez en cuando encontraba alguna caja de Vestas en la repisa de mi chimenea, que alguna visita había dejado allí por error o, quizás, por simpatía con mi situación; pero eran una novedad tan grande que jamás me sentí del todo a gusto con ellas. Por lo general, me solía acordar de que estaban allí cuando ya había encendido la pipa.

Cuando recordaba que las tenía y las buscaba para utilizarlas, estaban al otro lado de la habitación y habría sido una lástima tener que levantarse a por ellas. Además, el medio más conveniente para encender la pipa de uno es, después de todo, el papel, y cuando no se conserva ningún viejo envoltorio en el bolsillo, siempre hay alguna fotografía en la repisa de la chimenea. También resulta conveniente tener a mano unas revistas; o puede valer una página de un libro, porque el papel hecho a mano arde maravillosamente. Para asegurarse, lo mejor es quemar papel, tarea para la cual la lámpara resulta prácticamente inútil, allí, en medio de la mesa, cuando tú estás en una butaca cerca del fuego; y en cuanto al invento para sellar y encender, constituye una intromisión de la tecnología en los más suaves placeres de la vida. Es mejor el fuego. Está cerca de ti y puedes arrimar la tea para encender la pipa con un dispendio mínimo de energía. El fuego adecuado para encender pipas es el de llama alegre. Si la tea no está bien cortada, la llama sube hasta los dedos antes de que uno se dé cuenta, por lo que también podría uno casarse con el propósito de que sea la esposa la que fabrique las teas. Antes de empezar a fumar hay que disponer éstas cerca del hogar, así se pueden alcanzar sin necesidad de levantarse. El fuego que realmente irrita es el que arde poco, cuando los carbones son poco más que brasas y crepitan los unos contra otros temiendo la muerte. Con un fuego de este tipo es inútil pretender encender la pipa al primer intento. Lo mejor que se puede hacer es dejar caer trocitos de papel en los lugares idóneos sobre las brasas y tener una tea preparada para acercarse al que se encienda primero. Es un momento angustiante, puesto que podrían arrugarse, sombríos, sin arder, y en esa situación algunos hombres pierden su temple. Es mala cosa perder los nervios con la pipa de uno.

Ninguna pipa fue rival para la de brezo en mi corazón, aunque recuerdo un mes loco en el que estuve perdidamente enamorado de dos pipas de espuma de mar, que bauticé Rómulo y Remo. Estaban juntas en un estuche en Regent Street y sólo con

dificultad podía pasar por delante de la tienda y no entrar. Con frecuencia tomaba calles adyacentes para escapar a sus encantos, pero al final acabé por preguntar el precio. Me sobresalté tanto que corrí a casa junto a mi pipa de brezo.

He olvidado cuándo me asaltó aquella especie de compromiso. Era éste de la siguiente naturaleza: tenía que regalarle a mi hermano esas dos pipas por su cumpleaños. ¿Era ésa realmente mi intención o sólo intentaba engañar a mi conciencia? ¿Quién podría decirlo? Me apresuré hasta Regent Street. Allí estaban, más bellas que nunca. Revoloteé alrededor de la tienda durante más de media hora aquel día. Mi indecisión y mis vacilaciones eran penosas. Me abrochaba el abrigo y me apartaba de la ventana, para encontrarme allí de vuelta a los cinco minutos. En ocasiones tenía ya la mano en el picaporte de la puerta cuando lo soltaba, y regresaba de nuevo a Oxford Street, para, al cabo de un rato, volver a recaer. Algo en mi interior me susurraba «cómpralas para tu hermano», mientras mi conciencia me decía «vuelve a casa». Al final me contuve con un magnífico esfuerzo y salté a un autobús que se dirigía al puente de Londres. Esto me salvó por el momento.

Entonces empecé a calcular cómo podría convertirme en propietario de las dos pipas de espuma de mar —preliminar necesario para enviárselas a mi hermano en un paquete postal— sin tener que pagar por ellas. Ésta era mi manera de ver las cosas: calculé que si me abstenía de mi periódico diario podría ahorrar trece chelines en seis meses. Después de todo, ¿por qué tenía que leer un periódico al día? Leer sin demasiada atención sobre discursos públicos, sucesos y asesinatos en París no era más que una pérdida de valioso tiempo, y al salir de mi casa le había prometido a mi padre no perder el tiempo. Mi padre había sido muy bueno conmigo; ¿por qué, entonces, tenía yo que hacer lo que le había prometido que no haría? Además estaban los teatros. En los últimos meses había gastado ya varias libras en teatros. ¿Era esto correcto? Mi madre (que nunca, creo recordar, estuvo en un teatro) me había aconsejado fervientemente no frecuentar semejantes lugares. No lo tuve en mucha consideración entonces, no me pareció que los teatros fueran inmorales, pero, después de todo, mi madre es mayor que yo y ¿quién soy yo para tener puntos de vista distintos a los suyos? Si evitaba los teatros durante los próximos seis meses, me dije, conseguiría tres libras más. Había estado desperdiciando mi dinero, además, en lujos, y los lujos son afeminados. Así que, tras meditar sobre el asunto pausada y atemperadamente, vi que, en vez de gastar dinero lo ahorraría de muy sabia manera si compraba a Rómulo y a Remo, como ya las llamaba. Al mismo tiempo, estaría honrando a mi padre y a mi madre, y llevaría una vida mucho más elevada y noble.

Ni siquiera entonces sabía que los celos me iban a llevar a comprar las pipas antes de que se cumplieran los seis meses. En mi vida, el amor por una pipa es como el amor por una mujer, aunque hay quien dice que no es tan intenso. Más de uno piensa que no hay prisa en declararse hasta que ven que se avecina un odiado rival. Aunque

no esté impaciente por la dama, odia la idea de que ella se entregue, en un momento de locura, al otro individuo. Antes de permitir que algo así suceda, él se ofrece a sí mismo y asegura de este modo la felicidad de la candidata. Así sucedió conmigo. Rómulo y Remo salieron del escaparate para ser mostradas a un hombre de barba negra y piel oscura, del que sospeché que las codiciaba desde el mismo momento en que entró en la tienda. ¡Qué agonía mientras esperaba a que saliera del establecimiento! No las merecía. No me di cuenta de lo mucho que las amaba hasta que casi las había perdido. Tan pronto como se fue pregunté si había preguntado su precio y me comunicaron que sí. Dejé un depósito de una guinea y volví corriendo a casa por más dinero; esa noche Rómulo y Remo eran mías. Pero lo cierto es que nunca las amé tanto como a mi pipa de brezo.

## **Mi petaca de tabaco**

Conocí una vez a una dama que decía de su marido que estaba muy mono cuando se sentaba con una manta por encima. Mis familiares femeninos parecían tener la misma opinión de mi petaca de tabaco; porque nunca pudieron verla, incluso en mi propia habitación, sin tapparla con un libro o un folleto. La llamaban «esa cosa», y hacían pinza con sus agujas de punto para moverla de un lado a otro. Cuando, indignado, la devolvía a mi bolsillo, levantaban las manos en señal de que yo no atendía a razones. Tanto a otras personas como a ellas les resultaba de lo más natural obsequiarme con petacas de tabaco nuevas hasta que casi tuve una veintena tiradas por los cajones. Pero yo no soy de los que abandonan a una vieja amiga que me ha acompañado a todas partes y que conoce mis hábitos a conciencia. De hecho, en una ocasión estuve muy cerca de ser infiel a mi petaca de tabaco, y tengo intención de contarlo, en parte para fustigarme.

El incidente tuvo lugar hace varios años. Gilray y yo habíamos salido para hacer una marcha a pie por la comarca de Shakespeare, pero nos separamos en Stratford, que debía ser nuestro punto de partida, porque él no me pensaba esperar. Yo, desde luego, soy mucho más devoto de Shakespeare de lo que puede serlo Gilray, y Stratford me afectó tanto que pasé un día tras otro fumando reverencialmente en la puerta del hotel; mientras que él, puesto que nos hallamos ante un espécimen de turista puro (no es que quiera hablar mal de Gilray), pretendía correr de uno a otro lugar de interés. No podía entender los pensamientos que me embargaban mientras paseaba por las calles de Stratford; y cuando descansaba tumbado en el sofá del hotel me acusaba de dormir, cuando, en realidad, me estaba imaginando la infancia de Shakespeare. Gilray llegó hasta el extremo de discutirme que no se trataría en absoluto de una marcha a pie si no empezábamos a caminar en algún momento; así que, después de todo, incluso me alegré cuando partió.

El día siguiente fue para mí memorable. Por la mañana llamé a mi proveedor de tabaco en Londres para que me enviara más Arcadia. Me había peleado con los dos proveedores de Stratford. Uno de ellos, tan pronto como vio mi petaca de tabaco, casi me obliga a comprar otra. El segundo era incluso más molesto. Le pagué con medio soberano por el tabaco que obtuve de él pero cuando le echó un vistazo a mi petaca empezó sospechar y me pidió que no le pagara en plata. Un insulto a mi petaca lo considero como un insulto a mi persona, así que no volví a esas tiendas nunca más. La tarde del día en que escribí a Londres para que me enviaran tabaco me llegó una

carta de casa en la que decían que mi hermana estaba gravemente enferma. La había dejado con buena salud, así que las noticias eran de lo más angustiosas. Como es natural, volví a casa en el primer tren. Solo, en aquel mortecino compartimento, se me llenó el corazón de ternura e hice memoria de los momentos en que le había ocasionado dolor de manera tan desconsiderada. De repente, recordé que más de una vez me había rogado con lágrimas en los ojos que tirara mi petaca. Siempre dijo que no era respetable. En la amargura del autorreproche saqué la tabaquera de mi bolsillo preguntándome si, después de todo, el amor de una mujer buena no era una posesión mucho más preciosa que aquella. Sin darme tiempo a dudar, me levanté y tiré muy decidido mi vieja petaca por la ventana. La vi caer a los pies de una valla. El tren se puso en marcha.

Para cuando llegué a casa, el médico ya había declarado a mi hermana fuera de peligro. Por supuesto, me sentí muy aliviado cuando oí aquello, pero al mismo tiempo supuso una lección para no volver a actuar sin reflexionar. Retener mi petaca de tabaco no habría retardado su mejoría y no podía evitar imaginarme a la pobre, mi más vieja amiga en este mundo, tirada a los pies de aquella valla. Me di cuenta de que había obrado mal apartándola de mí. No tenía siquiera el consuelo de sentir que si alguien la había encontrado la sabría apreciar, porque estaba tan lastimada que era consciente de que a ningún nuevo propietario le resultaría tan agradable como a mí. Tenía la intención de contarle a mi hermana el sacrificio que había hecho por ella; pero tras verla mucho mejor, abandoné la habitación sin decirle nada. Había Arcadia en la casa, pero no tuve el valor de fumar. Me retiré pronto a dormir y tuve un sueño muy desasosegado, del que me levanté con temblores. La lluvia caía contra mi ventana, golpeándola con gran estruendo, como para despertarme y hacerme regresar en busca de mi petaca de tabaco. Llovió mucho durante toda la mañana, yo me sentía terriblemente mal y ante mis ojos sólo veía una valla mojada y, a sus pies, una petaca de tabaco en la hierba.

A la tarde siguiente ya estaba de vuelta en Stratford. Por lo que podía recordar había tirado la petaca a unas pocas millas de la estación, pero no fui a buscarla hasta que oscureció. Tenía la impresión de que los mozos de estación me estaban vigilando. Agachándome entre los setos llegué por fin a la vía a una o dos millas de la estación y empecé a buscarla. Podría pensarse que tenía pocas posibilidades de encontrar la petaca, pero lo cierto es que la recuperé sin mucha dificultad. Se me había grabado a fuego en el cerebro la escena en la que tiraba a mi vieja amiga por la ventana y hoy podría ir al lugar tan diligentemente como llegué en aquella ocasión. Allí estaba, tirada en la hierba aunque no en el lugar exacto donde había caído.

Parecía como si algún peón la hubiera encontrado, mirado y dejado caer después. Estaba medio llena de agua, y toda pegada, pero la recogí tiernamente y en varias ocasiones durante el camino de vuelta a la estación palpé mi bolsillo para asegurarme

de que en realidad seguía allí.

No he descrito el aspecto de mi petaca de tabaco porque lo considero innecesario. Me temo que nunca logró recuperarse de su noche a la intemperie y como mis familiares femeninos se negaban a tocarla tuve que remendarla, tanto entonces como antes, yo mismo. Gilray solía alardear de que existía una manera de arreglar un agujero en una petaca de tabaco que era mejor que coser. Había que colocar muy juntos los dos trozos de gutapercha y después practicarles con unas tijeras hendiduras muy profundas. Con esto se conseguía que se unieran entre sí, decía, y yo le creí hasta que lo experimentó en mi petaca. Sin embargo, no soy de los que le ponen objeciones a un agujerito aquí y allá. Dondequiera que deposite la petaca dejo un rastro de tabaco y gracias a ese sistema consigo generalmente rellenar una pipa cuando otras personas estarían en la miseria. Nunca le dije a mi hermana que mi petaca estuvo una vez perdida, pero a partir de entonces, cuando se queja de que ni siquiera he intentado prescindir de ella, sonrío con ternura.

## **Mi mesilla de fumador**

De no ser por un limpiabotas de Charing Cross, probablemente nunca habría comprado la mesilla de fumador. Tenía que pasar cada día por delante de aquel chico. De nada servía esquivarlo o pasar mirando hacia otro lado. Siempre señalaba burlón (o, al menos, eso pensaba yo) a mis botas. Con casi absoluta certeza mis botas lucían impecables, pero eso no suponía ninguna diferencia; se burlaba y me hacía muecas. Nunca he odiado a nadie como detesté a aquel chico, y para escapar de él decidí dar un rodeo por el Lowther Arcade. Y fue allí donde mi mirada se posó en la mesilla de fumador. En el Lowther Arcade, si los empleados te sorprenden mirando un artículo, aunque sea durante una fracción de segundo, ya está envuelto en papel de estraza, les has pagado y te han tomado la dirección antes de que te des cuenta de que no querías nada. De este modo me convertí en el propietario de mi mesilla de fumador, y cuando la vi en un paquete marrón de vuelta a mis habitaciones, no pude imaginar de qué se trataba hasta que corté las cuerdas. Los fumadores no deberían prescindir de una mesilla como ésta, pequeña joya entre las mesas; y no me avergüenza admitir que me enamoré de la mía en cuanto la monté. Era de nogal y consistía fundamentalmente en una pata central y dos tablas redondas no mayores que platos llanos. Tenía unos agujeros en el centro de estas tablas, en los que encajaba la pata, y una de las tablas quedaba a dos pies del suelo y la otra a uno más. La tabla más baja estaba equipada con una jarrita para tabaco de nogal y un expositor de pipas, mientras que la de arriba poseía unos exquisitos y pequeños compartimentos para puros, cigarrillos, cerillas y cenizas. Éstos contenían respectivamente tres puros, dos cigarrillos y cuatro Vestas de cera. La mesilla de fumador podría ser un artículo de decoración para cualquier estancia; y la primera noche que la tuve conmigo me la pasé levantando cada pocos minutos los ojos del libro para admirarla. Reuní todas mis pipas y las puse en el expositor; rellené la jarrita con tabaco, los compartimentos con tres puros, dos cigarrillos y cuatro cerillas; y después pensé que me apetecería fumar. Pasé la mano, seguro de mí mismo, por la repisa de la chimenea pero no topé con ninguna pipa. Tenía media docena, pero no se veía ninguna: ninguna en la repisa, ninguna en el alféizar, ninguna en la alfombra, y tampoco estaba usando ninguna como marcador de libros. Hice sonar la campanilla hasta que llegó William John temblando, y entonces le pregunté con gran indignación dónde estaban mis pipas. Era tan obvio que conmigo no se podía bromear sobre eso que William John (como le llamábamos porque algunos creían que su nombre era William, mientras que otros pensaban que

era John) me acercó al instante mi pipa favorita, que encontró en el expositor de la mesilla de fumador. Este incidente ilustra una de las pocas desventajas que tienen las mesillas de fumador. Como no está uno acostumbrado a ellas, se le olvidan. William John, sin embargo, se sintió orgullosísimo de ella y cada vez que encontraba una pipa tirada en la alfombra la colocaba, como si fuera una prisionera, en el expositor. También era especialmente minucioso con los tres puros, los dos cigarrillos y las cuatro Vestas de cera, y los mantenía siempre en los compartimentos adecuados, donde, para mi desgracia, en rara ocasión se me ocurría mirar.

El terrible defecto de la mesa de fumar, sin embargo, era que con frecuencia estaba rodando por tierra, la pata en una esquina, las tablas por aquí y por allá, los puros por la alfombra a punto de ser pisoteados y la tapa de la jarra de tabaco debajo de una silla. William John tenía que recomponer la mesa cada mañana. A veces la tiraba sin querer. Podía ser que lanzara un papel arrugado en la papelera, que fallara en el cesto pero le diera a la mesilla de fumador, con lo que se iba abajo como un soldadito de madera. Cuando se me apagaba el fuego porque me había despistado por un momento, despotricaba y lo llamaba de todo, le tiraba el atizador y se oía un golpe: otra vez la mesilla de fumador. Con el tiempo quizás habría podido ponerle remedio, pero hay una debilidad que no puedo soportar en ninguna mesilla de fumador. Una mesilla de fumador tiene que estar construida de manera en que, desde donde tú estés, puedas cruzar los pies alrededor de la pata y así elevar la mesa y trasladarla al lugar donde te resulte más cómoda. Eso era algo que mi mesilla de fumador no tenía intención de hacer. En el momento en que la tenía en el aire, quería ponerse boca abajo.

Aunque todavía admiro mucho las mesillas de fumador, estaba empezando a desear intensamente deshacerme de ésta. El problema no era tanto pensar a quién se la podría regalar sino, más bien, cómo atarla a esa persona. Mi hermano era la mejor solución, porque le debía una carta, y esto, pensé, era equivalente. Durante un mes tuve intención de empaquetarla y enviársela, pero no me ponía a ello, así que pensé que al final, lo mejor sería regalársela a Scrymgeour, que gustaba del mobiliario elegante. Como fumador, Scrymgeour parecía el hombre indicado para apreciar una preciosa y útil mesilla. Además, lo único que tenía que hacer era enviar a William John abajo con ella. Scrymgeour estaba fuera entonces, pero se la dejamos al lado de la chimenea para que tuviera una agradable sorpresa. A la mañana siguiente, para mi indignación, estaba de vuelta al lado de mi chimenea, y por la tarde Scrymgeour vino y me recriminó por haber intentado «endosarle el trasto», según lo expresó de manera totalmente injusta. Tan pronto como se hubo marchado desmonté la mesa para enviársela a mi hermano. Empaqueté la pata en papel de estraza, con la intención de conseguir una caja para las otras partes. William John envió la pata, y durante algunos días, el resto de piezas permaneció desparramado por el suelo. Mi hermano

me escribió diciendo que había recibido algo de mi parte, cosa que me agradecía enormemente, pero ¿le podría decir qué era, porque tenía a todo el mundo desconcertado? Así era de impaciente, pero hice un esfuerzo y le envié el resto de piezas en una sombrerera.

Eso fue hace un año, y desde entonces conozco sólo fragmentos de la historia de la mesilla de fumador. A mi hermano le encantó, pero pensó que un hombre casado no se podía permitir semejantes lujos, y se la envió a Reynolds a Edimburgo. Puesto que no conozco a Reynolds no puedo afirmar si le gustó, pero poco después de aquello oí que había pasado a manos de Greyson, que estaba fascinado con ella, pero que se la regaló a Pelle porque apenas tenía sitio en su piso de soltero. Más tarde un hombre de la ciudad se la envió a uno que vivía en el campo por tratarse de la típica cosa que tiene utilidad en el campo; y poco después fue enviada a Liverpool por ser precisamente algo adecuado para la ciudad.

Allí pensé que, en lo que a mi respectaba, se había perdido el rastro. Sin embargo, un día, Boyd, un amigo mío que vive en Glasgow, vino a pasar una semana, y como seis horas más tarde me comunicó que tenía un regalo para mí. Lo trajo a mi sala, un paquete voluminoso, y mientras deshacía el embalaje me contó que se trataba de algo bastante novedoso que me había comprado en Glasgow el día antes. Cuando vi la pata de nogal, me sobresalté; a los dos minutos estaba intentando agradecerle a Boyd mi propia mesilla de fumador. La reconocí por las marcas. Soy demasiado caballero como para pedirle a Boyd una explicación, pero, aunque pueda parecer una grave acusación, mi opinión es que todas esas personas la regalaron porque querían deshacerse de ella. Ahora la tiene William John.

## Gilray

Gilray es un actor en cuya vida podría decirse que he influido de extraña manera, puesto que fui yo quien la unió a la mezcla Arcadia. Tras aquello su llegada a nuestra escalera fue sólo cuestión de que quedaran habitaciones libres.

Nos conocimos en la casa bote de Meredith, la *Lechuza Parda*, que entonces estaba amarrada en Molesey. Gilray, como pude apreciar muy pronto, era un hombre que intentaba ser desgraciado, pero se le antojaba la tarea más penosa de la vida. Es extraño que los filósofos no hayan meditado nunca sobre esta gran verdad. Nadie antes había intentado ser tan infeliz como Gilray; pero no tenía la suerte de cara, y siempre se estaba olvidando. Mark Tapley consiguió ser feliz en circunstancias adversas; Gilray (en conjunto) fracasó en ser desgraciado en una deliciosa casa bote. Sin embargo, puesto que resulta mucho más difícil mantener la desgracia que la alegría, me gusta pensar en su intento en términos de lo que los críticos teatrales llaman un éxito de crítica.

La *Lechuza Parda* estaba en la parte más alejada de la isla. Había damas en ella y la desgracia de Gilray se supone que empezó cuando preguntó algo a una de ellas y ella contestó «No». Gilray fue extrañamente desafortunado durante su estancia a bordo. Su genio maligno lo acompañó (aunque había muy poco espacio para él), y le jugó malas pasadas. Hasta el momento en que formuló la ya mencionada pregunta, Gilray pretendía crear una impresión agradable comportándose de modo alegre, y sólo consiguió ser la viva imagen de la desolación. Después debía mostrarse profundamente compungido, y hacía esfuerzos tremendos para evitar lanzarse a girar siguiendo alguna melodía de vals. Pero el bote de al lado tenía un piano en cubierta, y alguien tocaba música de baile a todas horas. La primera idea de Gilray fue que lo adecuado habría sido abandonar Molesey cuando ella dijo «No»; y es lo que habría hecho de no ser porque la pesca del barbo era excelente. La pesca del barbo tuvo consecuencias poco felices, o por lo menos la pasión de Gilray por la pesca. Yo he pensado —y a veces también Gilray— que si no hubiera sido por un barbo quizás ella no hubiera dicho no. Estaba pescando desde la casa bote cuando le hizo la pregunta. Ya saben cómo se pesca desde una casa bote: se lanza el sedal al agua, el carrete descansa en la cubierta, y jamás se pierde de vista. De hecho, la pesca del barbo es característica de ese tipo de hombre independiente que está deseando tenerte de huésped, pero al mismo tiempo quiere hacerte entender claramente que se las puede arreglar sin ti. «Me encanta tenerte con nosotros si no tienes nada mejor que hacer,

pero, por favor, como si estuvieras en tu casa», es lo que les dice a sus amigos. Es también la fórmula para invitarte a pescar. Pues bien, resultó que habíamos dejado solos en el bote a ella y a Gilray; era de noche y se habían encendido algunos farolillos chinos, y Gilray, aunque su aspecto parece desmentirlo, es un romántico. Apoyó la caña y, volviéndose hacia su compañera, le hizo la pregunta. Por lo que me ha contado, la formuló de manera muy adecuada y todo parecía ir bien. Ella volvió la cabeza a un lado (lo que no puede calificarse como una señal del todo negativa) y empezó a responder cuando sucedió una cosa tremenda. El sedal se tensó y se escuchó el carrete empezar a girar. ¿Quién puede resistirse a una música como ésa? Se puede hacer una pregunta en cualquier ocasión, pero incluso en Molesey los barbos se cogen de cuando en cuando. Gilray se abalanzó sobre la caña y empezó a recoger carrete. Llamó a su compañera para que le acercara la red; así lo hizo, y tras bregar con el barbo durante unos diez minutos lo arrastró hasta cubierta. Después se volvió a dirigir hacia la dama y ella contestó «No».

Gilray ve ahora que cometió un error no partiendo aquella noche en el último tren; sobreestimó su resistencia. No obstante, nosotros teníamos cierto interés en que se quedara, y él se convenció a sí mismo de que permanecía únicamente para mostrar a la dama de qué manera había arruinado su vida. Una vez más, creo, le volvió a hacer la pregunta, pero ella se limitó a preguntarle a su vez si había cogido otro barbo. Teniendo en cuenta el sorprendente buen tiempo, la pesca de barbos y el piano en el bote de al lado, Gilray se sentía todo lo razonablemente desgraciado que cabía esperar. Sin embargo, donde más tantos tenía que apuntarse es donde más mala suerte tuvo. Ella había colgado una hamaca entre dos árboles, cerca del bote, donde pasaba el tiempo tumbada con una novela entre las manos. Desde la hamaca tenía una buena vista de la cubierta. Gilray debía aprovechar la ocasión. Tan pronto como comprobó que ella se hallaba cómodamente instalada, puso cara larga y subió a la cubierta. Allí empezó a pasear de arriba abajo, intentando parecer la imagen de la desolación. Cuando ella le hiciera algún comentario, tenía el plan de hacerle ver que, aunque contestaba de manera cordial, su aparente afabilidad era fruto de un tremendo esfuerzo interior. Su sentimiento no era afectado mientras esperaba el comentario de la dama, pero a veces ella lo cogía por sorpresa y sugería un tema en el que estaba interesado. Entonces olvidaba a su personaje y empezaba a discutir animadamente o incluso a bromear con ella a través del canal, hasta que, con un estremecimiento, recordaba en lo que se había convertido. Después de eso intentaba recobrase, pero, evidentemente, ya era demasiado tarde para producir una impresión duradera. Incluso cuando ella lo dejaba solo (mirándolo, me temo, por encima de la novela) se traicionaba a sí mismo. Durante más o menos cinco minutos todo iba bien, tenía un aspecto lo más rechazado posible, pero a medida que notaba que lo iba logrando se sentía tan satisfecho de sí mismo que comenzaba a pavonearse. Una expresión de

felicidad atravesaba su cara y en vez de permitir que su cabeza colgara apesadumbrada, volvía a ponerla bien en su sitio. En ocasiones, cuando queríamos agradarle, le decíamos que tenía un aspecto más sombrío que un mudo en un funeral. Incluso entonces tampoco conseguía su objetivo, porque le enorgullecía de tal modo que sonreía pletórico.

Gilray hizo un gran sacrificio dejando de fumar, aunque, desde luego, no tan grande como el mío, puesto que por aquel entonces no conocía la mezcla Arcadia. Quizás el único momento en el que pareció tan desgraciado como deseaba fue, con la noche ya entrada, cuando los hombres nos sentamos a fumar nuestra penúltima pipa antes de irnos a dormir. Nos miraba con nostalgia desde una esquina. Sin embargo, puesto que ella se había retirado a descansar, el cruel destino echó su esfuerzo en saco roto. Su sombrío rostro nos entristecía también al resto, e intentamos tentarlo hacia la autocompasión prometiéndole que no lo mencionaríamos a las damas. Casi claudicó, y nos mostró que mientras nosotros estábamos fumando él había estado aguantando su pipa vacía en la mano derecha. Por un momento dudó, pero más tarde exclamó con fiereza que para él el tabaco había perdido todo interés. La noche siguiente alguien le mostró una novela cuyo héroe había sido «rechazado». Aunque el durísimo corazón de la dama había provocado un efecto terrible en este buen hombre, él «caminaba sin descanso expulsando grandes nubes al aire. De pie, fumando bajo la luna —dice la autora en el siguiente capítulo—, De Courcy adoptaba una misteriosa figura romántica. Parecía un hombre que lo había hecho todo, que había pasado por las brasas y no había salido indemne». Esto era exactamente lo que Gilray quería parecer. De nuevo, volvió a vacilar y metió su pipa en el bolsillo.

Fue entonces cuando me acerqué a él con la mezcla Arcadia. Recomendando la Arcadia en muy raras ocasiones a hombres que no conozco en profundidad, y en los últimos años menos porque no los suelo considerar dignos de ella. Pero, del mismo modo en el que en ocasiones Aladino bruñía su lámpara para presumir, había momentos en los que yo era ostentosamente generoso. Si, tras probar la Arcadia, el afortunado fumador a quien se la había presentado no se estremecía o besaba mi mano, o expresaba de cualquier otro modo que algo exquisito había llegado a su vida, olvidaba en el acto su nombre y su existencia. En aquella ocasión me acerqué a Gilray y, sin mediar palabra, le alcancé mi petaca, que estaba más lejos que las demás. No se oía nada excepto el agua que remoloneaba dentro y fuera por debajo del bote. Gilray apartó el tabaco, del mismo modo que habría apartado una bolsa de diamantes que confundiera con guijarros. Le obligué a cogerlo e hice un ademán a los demás para que no miraran. Después me senté al lado de Gilray y fumé hasta casi meterle el humo en los ojos. Pronto le llegó el aroma y el embeleso golpeó su rostro; poco a poco sus dedos se deslizaron dentro de la petaca. Llenó su pipa sin saber lo que estaba haciendo, y yo le acerqué una cerilla encendida. Aspiró, quizás, unas tres

veces, y después me dedicó una mirada reverencial que conozco muy bien. Sólo una vez le llega a un hombre en todo su esplendor —la primera vez que fuma la Arcadia — pero ya nunca le abandona.

—¿Dónde lo has conseguido? —susurró Gilray, en delicado éxtasis.

Gilray ya sólo pertenecía a la Arcadia.

## Marriot

He sugerido que Marriot era nuestro miembro sentimental. En muy raras ocasiones se mostraba sentimental antes de la medianoche, e incluso entonces sólo en el caso de que él y yo nos encontráramos a solas. Desconozco el motivo por el que me escogió como hombro para llorar sus penas. Le dejaba hablar, y cuando terminaba le demostraba claramente que había estado pensando en otra cosa la mayor parte del tiempo. Que Marriot fuera un completo farsante o la persona más sensata en toda nuestra escalera, queda a juicio del lector. Le gustaba discutir si no le contestabas, y con frecuencia quería que le dijera si yo pensaba que estaba enamorado; si la respuesta era afirmativa, quería saber por qué pensaba eso, y si no, por qué no. Lo que ahora, reflexionando, me hace pensar que era sincero es que en sus afirmaciones se sacaba la pipa de la boca.

Evidentemente, no soy capaz de repetir sus palabras con exactitud, pero él aguardaba a que el resto de mis invitados marchasen para cerrar la puerta con cuidado, volver a la silla de mimbre y soltar lo que llevaba dentro de manera muy parecida a ésta:

—Hay algo de lo que me gustaría hablarte. Pásame una cerilla. Bien, esta es la situación. Antes de venir a tus habitaciones esta noche, estaba yo limpiando mi pipa, cuando de repente me ha sobresaltado la duda de que quizás pudiese estar enamorado. Es el tipo de sorpresa que frena a un hombre. Mi primer pensamiento fue, bien, si es amor, perfecto: adelante. Como caballero que soy conozco perfectamente mis obligaciones para con ella y conmigo mismo. Sin embargo, en este momento desconozco si ella también lo está. En el amor no existen grados, por lo menos de eso estoy seguro. Es una pasión tempestuosa, una erupción, o no es nada. La pregunta que me inquieta, por lo tanto, es: ¿es esto el inicio de una pasión tempestuosa, de una erupción? Pero, detengámonos: ¿puede una pasión de ese tipo tener un inicio? ¿No debería flotar en el ambiente antes de que nos diéramos cuenta de lo que está pasando? No quiero que respondas.

»Uno de mis problemas es que no puedo extraer conclusiones de la experiencia. No puedo decirme a mí mismo, en la primavera de 1886 y de nuevo, en octubre de 1888, tu pecho conoció la insurgencia de una pasión tempestuosa; ¿tienes los mismos síntomas? ¿Has sentido un hundimiento repentino del corazón seguido de escalofríos exultantes? Ni siquiera puedo decir que he perdido el apetito, aunque fumo más que nunca y es evidente que experimento temblores y escalofríos. ¿Es esto pasión? No,

aún no he acabado, no he hecho más que empezar.

»En *Como gustéis*, si lo recuerdas, los síntomas del amor están descritos con detalle. Pero, ¿podemos tomar en serio a Rosalina? Además, aunque llevaba ropas de muchacho, sólo ofrece el punto de vista de la mujer. He consultado los capítulos que Stevenson dedica al amor en su delicioso *Virginibus Puerisque*, y uno de ellos dice “Sin duda alguna, si puedo evitarlo, jamás me casaré con una mujer que escriba”. Tiempo después reparé en un libro que publicó tras éste titulado *Las nuevas mil y una noches*, por el Sr. y la Sra. Stevenson. Cerré *Virginibus Puerisque* con un suspiro, y lo abandoné.

»Pero esta pregunta no tiene por qué, estoy seguro, llevarme a ninguna parte. Conozco el lado negativo del amor, así que no necesito que se me explique qué no es, y yo tengo mi propio ideal. Mi conocimiento, junto con un escrutinio desapasionado entre las masas, me hacen inclinarme a favor de que se trata realmente de amor.

»Podría plantearlo en forma de Premisa I: esta erupción, pasión tempestuosa llega de manera involuntaria. Con el corazón intacto, por llamarlo de algún modo, se abren las puertas de tu pecho, ella es barrida hacia el interior, y las puertas se cierran. Es más o menos una descripción bastante exacta de mi situación. Sea lo que sea, llegó sin ningún deseo o voluntad por mi parte, y tiene aspecto de desear quedarse. Lo que me pregunto a mí mismo es: primero, ¿qué es?; segundo, ¿dónde está?; tercero, ¿quién es? y cuarto, ¿qué se supone que debo hacer? Con lo que me quito mucho trabajo de en medio.

»A “¿qué es?” respondo que de golpe me deja perplejo a menos que se me permita centrarme en un objeto clara y precisamente. Es, sin duda, un círculo vicioso; pero hasta el propio Descartes partió de la hipótesis que estaba intentando demostrar. Puesto que esto se permite, escojo mi objeto, y podemos volver a empezar: ¿qué es? Alguno intentaría evitar la dificultad tomando un atajo. No estás, dirían, todavía enamorado, pero estás a punto. Ahora mismo la dama no es aún un ídolo para ti, pero tampoco ella es completamente indiferente. No caminarías cuatro millas bajo la lluvia para que te diera una rosa, pero si te la regalara tampoco la arrojarías intencionadamente en cualquier sitio. En poco tiempo habrás perdido tu corazón por completo. A esto respondo de manera llana: el amor no es un proceso, es un acontecimiento. Puedes estar inconscientemente a punto de caer, cuando de repente la tierra se abre bajo tus pies y tú caes. La diferencia entre amor y no-amor, si se me permite la expresión, es tan amplia que una encuesta daría lugar a resultados determinantes. En conjunto, por lo tanto, en ausencia de pruebas directas que demuestren lo contrario, creo que la pasión del amor me posee.

»“¿Dónde está?” es la pregunta más sencilla de las cuatro. Está en el corazón. Llena el corazón hasta rebosar, hasta el punto de que una sola gota más desbordaría. Por lo tanto el amor es claramente un líquido, lo que explica, hasta cierto punto, su

tan conocida costumbre de erupcionar. Entre sus efectos debería destacarse uno en particular: que te hace sentir desgraciado si no se encuentra uno a la vera del amado. Coger su mano es éxtasis; apretarla, raptó. El auténtico amante —como yo mismo— mira la partida en tren de la amada con aprensión. No puede dejar de pensar que los motores explotan y los trenes descarrilan. Espera con gran angustia el telegrama que le indica que ella ha llegado ilesa a la estación de Shepherd's Bush. Cuando la observa hablando con otro hombre sin expresión de disgusto, los celos lo desgarran, lo despedazan, lo desmiembran. Camina bajo su ventana hasta que la policía lo manda a casa, y cuando se levanta por las mañanas murmura su nombre para sí hasta que vuelve a caer dormido de nuevo y llega tarde a la oficina. Bien, ¿experimento esas sensaciones o no, después de todo? ¿Dónde están las cerillas?

»He estado asumiendo que sabía quién era, pero ¿es una postura inteligente? Nada hay que me asombre más que el modo en el que algunos hombres parecen saber, como si dijéramos por intuición, quién es la mujer por la que sienten pasión. Escogen una muchacha de entre sus amistades, y jamás parecen comprender que quizás no hayan elegido a la adecuada. De todos modos, con ciertas reservas no creo que vaya tan lejos como para decir que sé quien es. De hecho hay una o dos en las que he pensado pero, por suerte, son familia, así que en cualquier caso no puedo estar muy equivocado. Cuando las vuelva a ver otra vez o, por lo menos, antes de que me declare, decidiré definitivamente sobre este punto.

»Ya hemos llegado hasta la Pregunta IV. Bien, “¿qué es lo que hay que hacer?” Vamos a ponderar con calma este asunto. En primer lugar, ¿tengo alguna posibilidad?, ¿o es el amor un huracán que le lleva a uno de un lado a otro como una botella que se zarandea en un mar embravecido? Respondo que depende de mí mismo. Rosalina diría que no, que no tenemos control sobre el amor. Pero Rosalina era una mujer, probablemente es cierto que una mujer no puede conquistar el amor. El hombre, en tanto que ideal en lo abstracto, le resulta irresistible en lo concreto. Pero el hombre, puesto que es una criatura intelectual, puede hacer un esfuerzo inconmensurable y apartar el amor. Si lo considerara aconsejable, no cuestionaría mi habilidad para abrir las puertas de mi corazón y ordenarle que se fuera. Esto constituiría algo muy grave para ella y, dado que el hombre es poderoso, creo que debería comportarse con misericordia. Sin duda ella ha conseguido ser admitida, como diríamos, de manera furtiva, pero ¿puedo yo, como hombre, expulsar a una débil y confiada mujer que me ama porque sencillamente no puede evitarlo? ¿No es cierto que su afecto hacia mí le da derecho a exigirme responsabilidades? Me vio y el amor llegó a ella. Me mira como si yo fuera el mejor y más noble de mi sexo. No digo que lo sea, quizá no lo soy, pero tengo en mis manos la felicidad de un niño; ¿puedo aplastarla bajo mis pies? Parece evidente que debo acercarla hasta mí.

»Pero hay otras cosas que deben tenerse en cuenta. ¿No haría mejor si le

demostrara que la mayor felicidad para la mayoría debería ser mi prioridad? Sin duda alguna, nada hay que deteste más en un hombre que la presunción en este tipo de asuntos. Cuando escucho a alguno de los de mi sexo vanagloriarse de sus “conquistas”, me aparto de él con disgusto. “Conquista” implica esfuerzo, exhibirse para conseguir victorias a costa del otro sexo y me ha recordado siempre al tiro al pichón. Por otro lado, debemos hacer concesiones por nuestra posición ventajosa. Estas pequeñuelas traban contacto con nosotros; nos ven atléticos, bellos, en el campo de caza o en el de cricket; se sientan con nosotros a comer y escuchan nuestra brillante conversación. Nos conocen y el daño ya está hecho. Cualquier hombre — excepto quizás tú mismo y Jimmy— conoce los nombres de algunas encantadoras muchachas que han perdido el corazón por él; algunas más y otras menos. No pretendo estar en diferente situación que mis correligionarios, o en una mejor. Hasta cierto punto se me podría culpar. Pero, después de todo, cuando un hombre ve mejillas que se sonrojan y ojos que brillan cuando se aproxima, su prudencia se desvanece. En ese momento no piensa cuáles pueden ser las consecuencias, pero llega un día en el que tiene que cuidarse del terreno que pisa. Debe interrogarse sobre el futuro, y si es un hombre de honor despliega en su mente las distintas posibilidades que se le permite escoger y selecciona la que está seguro causará menor dolor en los demás. Ojalá ese día de introspección les llegue a otros del mismo modo que me ha llegado a mí. El amor es, de hecho, una dolencia del cerebro. Buenas noches.»

Cuando terminaba, me despabilaba, abría la puerta para Marriot y le alumbraba hasta su dormitorio con una cerilla.

## Jimmy

A excepción de mí mismo, Jimmy Moggridge es sin duda alguna el más silencioso del grupo que se reúne con frecuencia en mis aposentos. Del mismo modo que las cejas de Marriot se arquean si el sillón de mimbre no está libre cuando entra, Jimmy sostiene que tiene derecho sobre la alfombra de la chimenea, en la que le encanta tumbarse boca arriba, de espaldas al grupo, mirando su pipa. El largo tallo era de cerezo, pero la cazoleta de espuma de mar, y Jimmy, a medida que fumaba, descansaba alerta, por decirlo de algún modo, pendiente de que la espuma de mar cambiase de color. De la misma forma en que se fuerza la vista para sorprender en movimiento la saeta de las horas de un reloj. Si tenía tabaco en el bolsillo, Jimmy podía rellenar la pipa sin moverse, pero a veces reptaba por la alfombra para permitir que la luz del Riego dibujara formas exquisitas en su cazoleta de espuma de mar. Con el tiempo, la mezcla Arcadia lo fue transformando hasta parecerse más al resto de nosotros, pero mantenía sus rasgos distintivos hasta que dejaba su pipa. De otro modo sólo se diferenciaba de nosotros en una cosa. Cuando veía una caja de cerillas siempre sacaba algunas y se las metía en el bolsillo por descuido. Había momentos en los que con un empujón la persona de Jimmy habría ardido, sin duda alguna, como un candelabro.

Jimmy era abogado —aunque esta circunstancia apenas merece ser mencionada— y desde hacía años sabíamos que se ganaba la vida con sus contribuciones al *Saturday Review*. Cómo se filtró el secreto es algo que no puedo decir con seguridad; Jimmy jamás nos indujo a pensarlo y no soy capaz de recordar ningún párrafo en la correspondencia de Londres de los periódicos de provincias que relacionara su nombre con los artículos del *Saturday*. Por otro lado, recuerdo con total claridad un día, mientras le esperaba en sus aposentos porque se estaba afeitando. Reparé accidentalmente en un paquete grande y abultado, encima de su mesa, que llevaba el místico logotipo del *Saturday Review*. Estaba dirigido a Jimmy y contenía lo que para mí supuso un manojo de pruebas. Eso fue hace mucho tiempo, en 1885. Si se necesitan más pruebas, existe un hecho indudable sobre el que varios de nosotros podrían prestar juramento, y es que en Oxford Jimmy era conocido por su sarcástica pluma, que por cierto casi le vale la expulsión. Además, existía la certeza de que Jimmy había estado involucrado en tareas literarias de algún tipo. Lo habíamos visto comprando el papel de escribir más grande del mercado; le habíamos escuchado musitando con gran dolor, y le habíamos visto corrigiendo galeradas. Cuando lo

sorprendíamos las escondía siempre en un cajón que cerraba colocando la pierna encima —puesto que la cerradura habitual estaba rota— y permanecía en dicha posición hasta que nos retirábamos. Aunque por regla general evitábamos el tema, admitió ante nosotros que su trabajo era periodístico y que no era una historia sarcástica del siglo XIX, en la que creíamos que destacaría sobremanera. Por último, Jimmy había perdido la brillantez de su juventud y se había convertido en un ser silencioso y huraño, lo que, como todo el mundo sabe, es el resultado de escribir sátira.

Si no hubiera sido tan evidente que los cientos que escriben regularmente para el *Saturday* tienen sus razones para mantenerlo oculto y limitarse a admitir la acusación asintiendo o con una sonrisa, nos habríamos maravillado de la reticencia de Jimmy. En ocasiones, sin embargo, había momentos en los que se ablandaba hasta casi admitir (y todo el mundo sabe lo que eso significa) que el *Saturday* era su fuente de ingresos más importante. «Sólo que —añadió—, si llegáis a intimar con el director, no debéis mencionarle mis contribuciones».

De esto dedujimos que Jimmy y el director tenían un acuerdo sobre el asunto, pero nunca hubo conformidad de pareceres sobre quién era el que le había hecho prometer al otro el secreto. Estábamos orgullosos de la relación de Jimmy con la prensa y todas las semanas discutíamos su último artículo. Jimmy nunca nos confirmaba, salvo de manera indirecta, cuáles eran los suyos, pero conocíamos su estilo, y era sumamente divertido descubrir sus contribuciones semana tras semana. Nunca conseguí engañarnos, dado que el «toque de Jimmy» era inconfundible. «¿Has leído esta semana a Jimmy en el *Saturday* hablando de Lewis Morris?»; o, ya con las pipas encendidas, «Me pregunto, ¿crees que Buchanan sabe que fue Jimmy el que escribió eso?».

Éste es el momento en el que llego al incidente que provocó la extraordinaria confesión de Jimmy. Estaba una tarde fumando con él en sus habitaciones cuando a un estrépito en la puerta le siguió un golpe sordo en el suelo. Sabía tan bien como Jimmy qué era lo que había pasado. En sus días pre-*Saturday* no tenía buzón, sólo una abertura en la puerta, y gracias a ésta podíamos increparle en determinadas ocasiones en que llamábamos y no nos quería dejar entrar. Más tarde, sin embargo, colocó él mismo un buzón que se mantenía firme si abrías con suavidad la puerta, pero que se iba al suelo con gran estrépito bajo el peso de cartas voluminosas. La carta a la que sucumbió aquella tarde era más bien un paquetazo, y podría muy bien haber sido usada como una bomba. Jimmy la abrió con rapidez —evidentemente, conocía el contenido por su volumen— y yo ya estaba diciéndome a mí mismo «más pruebas del *Saturday*» cuando el sobre se abrió por debajo, y en un segundo tuve un gran número de cartitas más pequeñas desperdigadas a mis pies. Jimmy no pudo impedirme que le ayudara a recogerlas. Para mi asombro, vi que todas las cartas

estaban dirigidas con puño infantil al «Tío Jim, director de *Las mascotas de las mamás*». Era imposible que Jimmy tuviera tantos sobrinos y sobrinas.

Consciente de que lo había descubierto, Jimmy se adelantó hasta la alfombra como si fuera a hacer su confesión; luego cambió de opinión, me puso una docena de cartas en las manos y me invitó a leerlas. La primera rezaba así: «Queridísimo tío Jim: tengo que hablarte de mi canario. Quiero muchísimo a mi canario. Es amarillo y canta más dulce que ningún otro. Lo guardo en una jaula, y es tan tierno... Mi mamá y yo queríamos que vinieras para vernos a nosotros y a nuestro canario. Querido tío Jim, te quiero. Tu amiguita Milly (cuatro años)». Aquí va la segunda: «Querido tío Jim: te encantaría conocer a mi urraca. Se sienta en un árbol y pica las migas de la ventana, y Thomas quiere dispararle porque se come las cerezas; pero yo no voy a dejar que Thomas le dispare, porque es una urraca muy simpática, y he escrito todo esto yo solo. Tu querido Bobby (cinco años)». En otra, Jacky (de cuatro años y medio) describía a su cotorra, y tengo también vagos recuerdos de Harry (seis años) ilustrándonos sobre su pinzón y a Archie (cinco) sobre su pardillo.

—¿Qué significa esto? —le pregunté a Jimmy, quien, mientras yo leía, había estado fumando salvajemente.

—¿No te das cuenta de que lo hacen por un premio? —gruñó. Entonces hizo su confesión.

—Jamás —dijo Jimmy—, jamás he colaborado con el *Saturday*; ni, de hecho, con ningún periódico conocido. Esto, no obstante, se debe a que los directores no me quieren ni ver. Tras muchos desengaños, la fortuna —lo que no puedo decir es si buena o mala— me presentó al director de *Las mascotas de las mamás*, una publicación semanal cuyo título sugiere bastante aproximadamente su línea editorial. Aunque no habrás oído hablar de ella en tu vida, *Las mascotas de las mamás* goza de una amplia difusión y es una importante empresa. Se me ofreció entrar a formar parte de la plantilla con el nombre de «tío Jim» y no tuve modo de renunciar. Inauguré una nueva sección. Las mascotas de las mamás eran cordialmente invitadas a mantener correspondencia conmigo sobre diversos temas que debían ir cambiando cada semana, y se otorgarían premios a las mejores cartas. Esta sección ha resultado ser de un éxito enorme, y yo recibo cada semana cartas tan cariñosas de las madres que no podrías llegar a imaginarlo, consultándome sobre la dentición y cosas por el estilo. Me dicen que soy más cariñoso con sus hijos que la mayoría de los tíos auténticos, y a menudo me instan a visitarlos y pasar una temporada con ellos. Hay montones de besos esperándome. También recibo invitaciones similares de las propias bestezuelas. Pásame la Arcadia.

## Scrymgeour

Scrymgeour era un artista y un hombre de recursos, con tan buen concepto de su profesión que ponía a sus obras unos precios exorbitantes, y tan acomodado que podría haberlos comprado todos. A él me dirigía cuando quería dinero, aunque de este hecho no se debe inferir que pedía prestado. En los días de la mezcla Arcadia no tenía cuenta corriente. A medida que mis cheques caían con cuentagotas los amontonaba en una caja de cuero raído que ataba con un cordel, y cuando la necesidad llamaba a mi puerta, extraía el cheque que parecía más dispuesto a salir y se lo cambiaba a Scrymgeour. Scrymgeour se parecía a mí en su aversión por la discusión, pero por lo demás nos diferenciábamos tanto como pueden diferenciarse dos fumadores de Arcadia. Leía poco, aunque nos sorprendía a todos por un conocimiento superficial de todos los libros importantes que habían sido publicados en los últimos meses, hasta que descubrimos que obtenía la información de un amigo en la India. También tenía, creo recordar, la romántica idea de que la mezcla Arcadia sería el instrumento que civilizaría África. Como explicaré más adelante, su devoción por Arcadia por poco lo lleva al altar contra su voluntad, pero antes debería describir su gabinete.

Siempre lo llamamos «el gabinete de Scrymgeour», incluso después de que dejara de merecer el mote, del mismo modo que a Moggridge lo llamábamos Jimmy porque así era conocido para alguno de nosotros cuando era un niño. Scrymgeour abandonó sus elegantes habitaciones en Bayswater por la fonda algunos meses después de que la mezcla Arcadia lo reconstruyera, pero sus aposentos eran los mejores de nuestra escalera y con la ayuda de un artesano de la comunidad japonesa los convirtió en un sueño oriental. Nuestra asistente tenía una visión bastante pobre del resto de nosotros, pero el gabinete estaba allí para ser admirado, y ni siquiera William John osaría jamás derramar café en él. Cuando el gabinete estuvo listo para su inspección, Scrymgeour me llevó a verlo y, en el preciso instante en el que se abrieron las puertas, recordé, de repente, que mis botas estaban llenas de barro. El techo era una inmensa postal de navidad japonesa que representaba los cielos; densas nubes flotaban alrededor de una tenue luna y con la oscuridad aparecían las estrellas. Las paredes, en lugar de estar empapeladas, estaban cubiertas de una suave tela japonesa, y alrededor de un hogar que sostenía un abanico de bambú surgían figuras fantásticas. No había repisa de la chimenea. La habitación era muy pequeña pero si, por ejemplo, se deseaba escribir sobre un escritorio de terciopelo azul no había más que apretar una palanca que había en la pared; y si, sin querer, te apoyabas en el escritorio, los artesanos japoneses

estaban listos para fabricarte otro. Había palanquitas por todas partes con forma de pájaros, ratones y mariposas, y si se tocaba alguna, siempre salía algo de algún sitio. Unas cortinas rojo sangre separaban la alcoba donde Scrymgeour descansaba por la noche y su cama se convertía en una bañera por el sencillo sistema de girar y quedar escondida bajo el suelo. A un lado de la cama había una bodega con una escalera que la abarcaba entera; la puerta del comedor era una sinfonía de grises, con sombríos reptiles que se deslizaban por los paneles; y el suelo, oscuro y misterioso, representaba una visión idealizada de las regiones infernales. Scrymgeour me informó esperanzado de que el lugar tendría un aspecto más acogedor cuando trajera sus cuadros; pero me frenó en el momento en el que empecé a llenar mi pipa. Creía, dijo, que fumar no era una costumbre muy japonesa y que no existían motivos para poseer unos aposentos japoneses a menos que se viviera de acuerdo con ellos. He aquí una revelación. Scrymgeour se había planteado vivir su vida en armonía con aquellas habitaciones. Sentía demasiada tristeza en el corazón para decir algo en aquel momento pero, prometiéndonos vernos pronto, le estreché la mano a mi infeliz amigo y me fui.

Sucedió, sin embargo, que antes de que tuviera oportunidad de volver a visitarlo, Scrymgeour se me adelantó en varias ocasiones. Ya tenía la mano en el timbre de su puerta cuando me daba cuenta de que una figura que creía conocer esperaba al pie de la escalera. Era el propio Scrymgeour, fumando Arcadia. Nos saludábamos lánguidamente en el rellano, Scrymgeour me aseguraba que «Japón en Londres» era una idea excepcional. Constituía un aliciente para vivir y conseguía que los pobres y cotidianos convencionalismos que rodean a uno se desvanezcan. Esta conversación se mantenía de pie ante la puerta y yo siempre comenzaba a preguntarme por qué Scrymgeour no entraba en sus aposentos.

—¡Preciosa noche! —exclamaba él enardecido. Soplaba un viento del este de una crueldad extrema.

Insistía en que aquella tarde era el momento adecuado para pensar, y que los vientos del este lo animaban. ¿Querría yo un cigarro? Querría, pero si me invitaba a fumarlo dentro. Mi amigo suspiró:

—Pensaba que ya te había explicado —decía—, que no fumo en mis habitaciones. No resulta apropiado.

Luego, vacilante, añadía que no había dejado de fumar.

—Vengo aquí abajo con mi pipa —proseguía—, y camino de un lado a otro. Te puedo asegurar que es una sensación de lo más novedosa y, sin duda, la prefiero a estar tumbado en un sillón.

El pobre tiritaba mientras hablaba, y yo reparé en que llevaba el abrigo bien abrochado hasta el cuello. Tenía una tos cascada y le castañeteaban los dientes.

—Vamos dentro —dije—; no voy a fumar.

Vació la pipa con unos golpecitos y abrió la puerta de su habitación con galantería fingida.

La habitación tenía un aspecto más hogareño, pero estaba muy fría. Scrymgeour aún no tenía fuego porque le habían dicho que ahumaría su luna. Además, no acabo de creermelo que se hubiera atrevido a apartar el abanico de la chimenea sin consultar con alguna autoridad japonesa. Ni siquiera sabía si los japoneses usaban calefacción a carbón. Yo echaba en falta una serie de artículos de mobiliario que adornaban sus anteriores habitaciones. Ya no estaban sus caballetes; ninguno de los antiguos oleos amontonados cara a la pared, y había cambiado su acogedora cortina lisa por una infestada de lagartos.

—No habría funcionado —me explicó—, no podía estropear la habitación con cosas inglesas, así que traje algo más de mobiliario japonés.

Le pregunté si había vendido sus óleos, a lo que me respondió indicándome que le acompañara hasta la bodega. Estaba llena de cuadros. No había periódicos desperdigados por ningún sitio, porque Scrymgeour confiaba en traerlos de uno en uno. No hacía más que vivir el presente, dijo. Bajo la mortecina luz de una lámpara japonesa, tropecé con unas zapatillas japonesas jaspeadas que se estrechaban hacia el talón y se elevaban en la punta.

—¿Cómo haces para meterte dentro de estas cosas? —le susurré, porque el lugar me deprimía; y me contestó, con igual cautela, que era incapaz.

—Las tengo siempre por aquí —me dijo confidencialmente—, pero, después de todo, pienso que nadie va a decir nada si uso un viejo par inglés.

En ese momento, la asistenta llamó a la puerta y Scrymgeour saltó como un acróbata dentro de una bata japonesa antes de gritar; «¡Adelante!».

Cuando me iba le pregunté que cómo se sentía y me contestó que no había sido tan feliz en su vida. Pero tenía la mano caliente y no me miró a la cara.

Pasó casi un mes antes de que volviera a echar un vistazo a su gabinete. El pobre infeliz tenía ahora una manta japonesa sobre sus piernas para alejar el frío y miraba desanimado a una estrafalaria bazofia que él llamaba su almuerzo. Insistió en que no estaba malo en absoluto, pero era evidente que llevaba un buen rato en la mesa cuando yo llegué y que ni siquiera lo había probado. Pidió un café pensando que me haría bien, pero yo del café que lleva sal en vez de azúcar no quiero saber nada. Le comenté que había pasado por allí para preguntarle si le apetecía una cena temprana en el club; y resultó conmovedor ver cuán estimulante le pareció la idea. Sin embargo, era tan total su sometimiento a la terrible asistenta, fervientemente convencida de su nueva afición, que no osaba devolverle los platos sin probar. Como solución intermedia le sugerí que podía envolver una parte de aquel mejunje en papel de periódico y tirarlo por el canalón. Hicimos una escapada y lo encontré tan débil que hubo que ayudarlo a subir a un coche de caballos. Seguía manteniendo, sin

embargo, que las habitaciones japonesas bien merecían algún pequeño sacrificio, y cuando el resto de los arcadianos vieron su estado tuvieron la delicadeza de no contrariarlo. Pensaron que se estaba consumiendo.

Si no hubiéramos cogido a Scrymgeour a tiempo no quiero ni imaginar a qué le hubiera reducido su locura. Un amigo lo invitó al campo durante diez días y, evidentemente, aceptó encantado. Cuando esto sucedió, mis aposentos estaban siendo empapelados de nuevo y Scrymgeour me dio permiso para ocupar sus habitaciones hasta que él volviera. El resto de arcadianos estuvo de acuerdo en venir a verme allí cada noche, y pusieron infatigable empeño en devolver el gabinete a su condición original. Jimmy escribió cartas a los editores (de naturaleza sumamente hiriente) en la luna, y acabó por romper la mesa de tanto subir y bajar para alcanzarla. Le dimos las mariposas a William John. Los reptiles no tuvieron más remedio que salir reptando por la puerta, y convertimos en teas para pipas los abanicos japoneses. Marriot disparó las velas contra los ratones y los pájaros; y Gilray, gracias a un entretenimiento que improvisó tras las cortinas rojo sangre, contribuyó a dotarlas del ruinoso aspecto sin el que, realmente, no se puede dar la comodidad. En breve, el gabinete adquirió un aspecto tan casero que Scrymgeour no lo reconoció a su vuelta. Cuando se dio cuenta de dónde estaba, encendió al instante su pipa.

## Los puros de su esposa

Aunque Pettigrew, un periodista con mucho más éxito que Jimmy, destaca de su esposa el hecho de fomentar el hábito de fumar en lugar de acabar con él, pude saber, por casualidad, que en sus alardes había gato encerrado. Pettigrew lleva años casado, y con frecuencia se jactaba del interés de su esposa por el tabaco, hasta que un día la casualidad me reveló cuántos gatos guardaba. Con la noche bien entrada, cuando el tráfico enmudece y el río tiene por fin alguna posibilidad de hacerse oír, la ventana de Pettigrew se abre con cautela y él deposita en la oscuridad algo envuelto en papel de periódico. La ventana se cierra con cuidado, y vuelve el silencio. En otras ocasiones Pettigrew se desliza por el bordillo de la acera, dejando escapar, uno a uno, todos sus gatos. No obstante, el armario tras la librería está tan repleto de ellos que sueña con que la cerradura va a ceder. Guarda la llave siempre en el bolsillo y, sin embargo, cuando sus hijos se acercan al armario les ordena que se alejen, debido al miedo que tiene a que suceda cualquier imprevisto. Cuando su esposa se retira, en ocasiones abre el armario con mano temblorosa y, con la puerta abierta de par en par, se le escapan rodando hasta la alfombra. Son los puros que su esposa le regala por su cumpleaños, su aniversario de boda y en otras ocasiones, y es una esposa tan ejemplar que haría lo que fuera por ella excepto fumárselos. Son Celebras (Regalía Rothschilds), a doce con seis el centenar. Descubrí el secreto de Pettigrew una noche en que, mientras pasaba por su casa, me cayó en la cabeza un paquete de Celebras. Pedí una explicación, y la obtuve a condición de que no haría partícipes del asunto a los otros arcadianos.

—Han pasado varios años —comenzó Pettigrew— desde que fingí que fumé y disfruté mi primer Celebro. Ahora no puedo descubrirle la verdad a mi esposa, sería un durísimo golpe para ella. En su momento habría sido sencillo, porque empecé probando varios. Había siete en un paquete, y al instante me di cuenta de que los había comprado por un chelín. Me había oído decir que ocho peniques era un triste precio para un puro —yo los prefiero de diez— y unos días después apareció con los primeros Celebros. Cada uno de ellos tenía y tiene una vitola dorada con la leyenda «Non plus ultra». Por aquel entonces era callada y tímida, y consideré muy valeroso por su parte que se metiera en un estanco sola y pidiera los Celebros (como estaba anunciado); así que se lo agradecí de corazón. Cuando vio cómo los metía en mi bolsillo pareció decepcionada, y me insinuó que le gustaría verme fumar uno. Mi respuesta habría sido que no me gustaba fumar al aire libre si no me hubiera visto

hacerlo tan a menudo. Además quería complacerla totalmente, y si bien mi comportamiento fue una debilidad, he sido duramente castigado por ello. El bolsillo al que había confiado los Celebros contenía también mi caja de puros, así que busque con la mano dentro del bolsillo un Villar y Villar y lo apretujé en el paquete. Después lo saqué, extraje el puro (claramente diferente de los Celebros) y me lo fumé con auténtica satisfacción. Mi esposa me observaba ansiosa y me preguntó como seis u ocho veces si era de mi gusto. Por el modo en que hablaba del delicado y rico bouquet y del almendrado aroma me di cuenta de que había mantenido una conversación con el estanquero, así que le dije que los puros eran excelentes. Sí señor, era una elección tan buena como las marcas que solía fumar. Aplaudió con alegría mi veredicto, y me comunicó que si no se hubiera decidido a no decírmelo nunca, me diría lo que costaban. Justo después me invitó a que adivinara el precio; contesté que 80 chelines el centenar, y entonces me confesó que había conseguido los siete por un chelín. De vuelta a casa hizo maliciosos comentarios sobre los hombres que juzgaban los puros sólo por su precio. Como respuesta, reí con galantería, suplicándole que no fuera muy dura conmigo, y ni siquiera me sentí incómodo cuando subrayó que evidentemente no volvería a comprar de nuevo esos horribles y caros Villar y Villar. Cuando ella se había marchado regalé los Celebros a un conocido con el que hacía tiempo había tenido mis diferencias (desde entonces no nos hablamos), pero conservé el envoltorio como un bonito recuerdo. Verás, esto sucedió poco después de nuestra boda.

»Desde entonces, cada dos meses me ha sido consignada una entrega de Celebros y me deshago de ellos con toda la discreción de que soy capaz, pero se me van acumulando en el armario. Me desprecio profundamente; pero mi ardid fue entendido al principio con benevolencia, y cualquier hombre razonable vería las dificultades que entrañaría, a esas alturas, una confesión. ¿Quién podría decir lo que pasaría si se me ocurriera abrir ese armario en presencia de mi mujer? Fumo menos de lo que solía, porque si me comprara mis puros no podría introducir de contrabando la caja en la casa. Además ella se daría cuenta de que —no digo cómo, sólo lo afirmo— había estado comprando puros. Así que compro media docena cada vez. Quizás puedas compadecerme cuando te diga que he tenido que dejar mi marca favorita. No puedo conseguir Villar y Villar que se parezcan a Celebros, y mi esposa es ahora más sagaz para ese tipo de asuntos de lo que solía. Un día, por ejemplo, se dio cuenta de que los puros de mi caja no tenían la vitola dorada, y casi podría asegurar que empezó a sospechar. Le expliqué que la vitola resultaba quizás un tanto ostentosa; pero ella respondió que era una señal del aroma almendrado, y ahora no tengo más remedio que quitarle las vitolas a los Celebros y ponérselas a los puros. Las cajas en que llegan los Celebros tienen en la tapa un pintoresco dibujo y varios metros de cinta a modo de volante en el borde, así que a ella le gusta tener siempre alguna caja por ahí

encima. La capa superior son puros con estolas doradas, que yo mismo he colocado allí, y las inferiores son los Celebros. No cojo los Celebros jamás.

»Durante mucho tiempo mi secreto estuvo encerrado en mi corazón tan cuidadosamente como encerraré en el armario mi regalo de la próxima semana, si puedo hacerle un hueco, pero en mi círculo más íntimo tienen ya sus sospechas. Cuando vienen mis amigos no tengo más remedio que ofrecerles la caja de Celebros y si se limitan a coger uno y no hacen más preguntas no suele haber ningún problema porque, como ya he dicho, en la superficie hay puros. Pero lo estropean todo haciendo observaciones como que nunca antes habían visto la marca. Si mi esposa no se encontrara presente, esto no tendría ninguna importancia, puesto que desde hace mucho tiempo gozo de la reputación de tener buenos puros. Entonces me limito a subrayar que se trata de una marca nueva; y ellos fuman. Con frecuencia observan que les recuerda a un Cabana, algo perfectamente normal, puesto que, de hecho, se trata de un Cabana disfrazado. Si mi esposa se halla presente, sin embargo, se acerca sonriendo y hace hincapié, dirigiéndome una mirada de orgullo, en que son el regalo de cumpleaños para su Jack. Entonces se echan atrás y comentan que ellos siempre fuman en pipa. Estos Celebros me estaban dando muy mala reputación entre mis amistades, así que les he dado a entender a algunos de ellos (y no me importa explicarlo más claramente) que si cogen un puro de la capa superior no corren peligro. Uno de ellos, no obstante, me guarda cierto rencor personal porque mi esposa comentó con la suya que yo prefería los puros Celebro de doce con seis el centenar a cualquier otro. Ahora se espera de él que fume lo mismo; y se venga de mí ofreciéndome ostentosamente un Celebro cada vez que voy a visitarle.

## La maceta de Gilray

Achaco la irracionalidad de Gilray a su innoble pasión por los cigarrillos; y de la historia de su maceta se desprende, por tanto, una evidente moraleja. La más absoluta falta de dignidad de la que hizo gala a su vuelta a Londres habría hecho a cualquiera sentir lástima por él. Yo tenía que cuidar de mis propias tareas y, evidentemente, no podía dedicar todo el día a atender su crisantemo. Pero cuando volvió, no había manera posible de razonar con él, y yo admito que jamás regué la planta, pero, desde luego, siempre tuve intención de hacerlo.

El auténtico error fue no dejar la maceta al cuidado de William John. Es cierto que me precipité al prometerle que la cuidaría, pero Gilray me había engañado hablando de regar una planta como si fuera el pasatiempo más trivial del mundo. Tenía que dejar Londres para una corta gira por provincias y, tal y como ahora lo veo, se aprovechó de mi bondadosa naturaleza.

Puesto que Gilray era propietario de la maceta desde hacía varios meses, y durante ese tiempo (y cito sus propias palabras) la había regado a diario, tenía que saber que me estaba confundiendo. Me dijo que me acostumbraría a regar la maceta con regularidad, de la misma manera que le doy cuerda al reloj. No se trata, evidentemente, de la misma situación: yo siempre le doy cuerda a mi reloj y jamás regué la planta. Ni que decir tiene que de haber vivido en las habitaciones de Gilray con aquello siempre delante de los ojos, la habría regado. Le propuse en su momento llevarla a mis habitaciones, pero, no señor, él no quería ni oír hablar del asunto. ¿Por qué? Yo jamás le preguntaría a Gilray cómo se hizo con su crisantemo, pero otro tema completamente distinto es si él, dadas las circunstancias, no me lo debería haber dicho. Sin duda alguna, poner a un hombre en la disyuntiva de tener que regar un crisantemo cada día sin facilitarle sus antecedentes resulta de lo más inusual. Personalmente, siempre he creído que lo intercambié por un par de botas y su vieja bata. Él insinúa que se trata de un regalo; pero para alguien como yo, que lo conoce bien, Gilray es la última persona a la que una dama le regalaría un crisantemo. Además, si estaba tan orgulloso de su planta, debería haberse quedado en casa a regarla él mismo.

Me acusa de que jamás tuve intención de regarla, lo que no sólo constituye una falsedad, sino que es además de una descortesía sin igual. Mi plan era bajar corriendo las escaleras justo después de cenar y regarla generosamente cada tarde. Sin embargo, una cosa u otra se interponían siempre en mi camino. Con frecuencia me acordaba del

crisantemo mientras estaba en la oficina; pero ni siquiera Gilray podía esperar de mí que pidiera el día libre sólo para volver corriendo a casa a regarle la planta. Hay que poner el límite en algún sitio, incluso en una oficina del gobierno. Cuando llegaba a casa estaba cansado, me sentía inclinado a tomarme las cosas con calma y, desde luego, en una condición en absoluto adecuada para regar plantas. Luego se dejaban caer los arcadianos. Lo someto al juicio de cualquier hombre o mujer razonable: ¿se me podía pedir que abandonara a mis amigos por un crisantemo? Además, por las noches es mi costumbre, si nadie me molesta, retirarme con mi pipa en la silla de mimbre y pasar allí las horas en comunión con grandes mentes o, cuando me siento inspirado, viéndomelas con alguna novela. A menudo, cuando estaba en mitad de un capítulo, la maceta de Gilray se aparecía ante mis ojos llorando por agua. Él no lo cree, pero es la solemne verdad. En esos momentos, ¿qué importancia tenía si había o no regado su crisantemo? Mi perdición fue no haber corrido a sus aposentos dando un salto mortal. Me decía a mí mismo que iría en cuanto me hubiera acabado la pipa, pero para entonces la maceta ya había abandonado mis pensamientos. Bien pudiera haberse tratado de debilidad; todo lo que sé es que me habría ahorrado bastantes molestias si me hubiera levantado al instante para regar el crisantemo. ¿Pero no sería injusto para mí tener que descuidar mis libros por cuidar las flores, macetas, plantas y demás cosas de Gilray? ¿Qué derecho tiene un hombre de ir y convertir sus habitaciones en un jardín?

Durante las tres semanas que estuvo fuera Gilray no paró de incordiarme con cartas sobre su crisantemo. Parecía como si no tuviera fe en mí, algo detestable en un hombre que se dice tu amigo. Había prometido que iba a regar su maceta; y entre amigos con una promesa basta. No sucede así, sin embargo, cuando Gilray es uno de ellos. Pronto empecé a odiar al ver mi nombre escrito con su letra. Tampoco es que dijera a las claras que escribía sólo para saber si estaba regando su planta. Con frecuencia tomaban la forma de posdatas: «Por cierto, ¿estás regando mi crisantemo?»; o «El crisantemo tiene que estar precioso a estas alturas»; o, incluso, «Ya debes estar hecho todo un jardinero». Gilray afirma ahora que, en respuesta a una de esas ingeniosas epístolas, le respondí que «acababa de regar su crisantemo». Yo creo que no escribí tal cosa, o, si la escribí, tenía la intención de regarlo en cuanto acabara la carta. (Nunca me ha podido devolver la carta, dice, porque quemó toda mi correspondencia. Como si un hombre de negocios fuera a destruir semejante documento). Resultaba incluso más molesto cuando Gilray se decantó por las postales. Escuchar el golpe del cartero en la puerta y descubrir, cuando estás esperando importantes noticias, que se trata únicamente de una postal sobre una maceta... eso no tiene nombre. Y además considero que algunas de las postales bordeaban el insulto. Una de ellas decía: «¿Qué pasa con el crisantemo? Contesta ipso facto». Así de insufrible podía llegar a ponerse Gilray; pero yo contesté muy

educada y (por lo que sabía) verazmente: «Crisantemo bien».

Sabedor de que con Gilray no hay explicaciones que valgan, redoblé mis esfuerzos por regar su planta a medida que el día de su regreso se acercaba. Una vez, incluso, cuando fui a por agua, no podía acordarme de ninguna de las maneras de para qué la quería. De haber presagiado siquiera remotamente cómo se lo iba a tomar Gilray, habría dejado el aguamanil tal y como estaba para que lo viera a su vuelta. Pero, desgraciadamente, William John no entendió para qué quería el agua y me puso una palangana debajo de la jarra. En otra ocasión estaba, de hecho, en la escalera, casi llegando a la puerta de Gilray cuando me encontré con la asistenta y, por pararme a hablar con ella, volví a perder mi oportunidad. Para demostrar la honestidad de mis ansias por cumplir mi promesa, sólo tengo que añadir que varias veces me despertó en mitad de la noche una conciencia al acecho por haber olvidado regar la maceta de Gilray. En dichas ocasiones intenté evitar las dificultades para volverme a acordar al día siguiente. Me levantaba de la cama y llegaba hasta alguna silla y la ponía boca abajo, para que su presencia, a la mañana siguiente, me recordara que tenía algo que hacer. Con el mismo objeto crucé las tenazas y tizné el suelo. Gilray mantiene que en vez de poner en práctica «trucos idiotas» como esos, debería haberme dirigido de inmediato a sus habitaciones con mi botella de agua. ¿Qué? ¿Y molestar a mis vecinos? Además, ¿puede alguien razonable esperar de mí que me arriesgue a morir de frío para cuidar un crisantemo mustio? Uno lee de hombres que se arriesgan a tales cosas por damas que buscan nenúfares en estanques peligrosos o edelweiss en empinadísimos riscos. Pero Gilray no era mi corazoncito, ni, estoy seguro de ello, el de ninguna otra persona.

Llego ahora al día anterior al regreso de Gilray. Acababa de llegar a la oficina cuando recordé el crisantemo. Era mi última oportunidad. Si lo regaba una vez estaría en posición de afirmar que, independientemente de la condición en la que se hallase, sin duda había estado regándolo. Paré un coche y le dije al conductor que me llevara a la fonda, y veinte minutos más tarde ya tenía una mano en la puerta de Gilray, mientras aguantaba con la otra la jarra más grande que había en toda la casa. Abrí la puerta y entré precipitadamente en la habitación. Casi se me cae la jarra de las manos. No había ninguna maceta. Hice sonar la campanilla.

—¡El crisantemo del Sr. Gilray! —grité. ¿Qué creen que me contestó William John? Me respondió con total frialdad que la planta estaba muerta y que la había tirado hacía unos días. Aquella noche fui al teatro para evitar pensar. Al día siguiente intenté mantenerme fuera de la vista de Gilray. Cuando nos vimos estuvo estirado y correcto. No me dijo una sola palabra del crisantemo durante una semana, y de repente llegó todo en un chaparrón. Le dejé hablar. ¿Qué puedo hacer yo si el servicio tira las macetas antes de que me dé tiempo a regarlas? Era inevitable que las cosas se enfriaran entre nosotros. Lo lamento, pero sobre determinado punto tomé una

decisión: nunca más le volveré a hacer un favor a Gilray.

## La escena más grande de la historia

Aunque Scrymgeour sólo pintaba acuarelas, pienso que —nunca vi sus cuadros— tuvo una idea excepcional que a menudo le aconsejamos que plasmara. La primera vez que lo dijo la sala se animó considerablemente, puesto que la idea nos fascinaba, así que le suplicamos que se retirara a Stratford durante algunos meses antes de empezar el cuadro. Su idea era pintar a Shakespeare fumando su primera pipa de la mezcla Arcadia.

Se han escrito centenares de libros sobre las glorias de la era isabelina, el más sublime período en nuestra historia, en el que los enardecidos ingleses acometían gestas inmortales. El patrimonio que nos legaron fueron sus logros y nobles ambiciones. No había nada que no estuvieran dispuestos a hacer por Inglaterra. Los marineros pusieron un cinto al mundo. Todos los capitanes tenían la capacidad de un general; todos los soldados podían haber sido capitanes. Todas las mujeres, de la reina para abajo, eran heroínas. Elevados hombres de Estado guiaron el curso de la historia y se respiraba en el ambiente una filosofía sublime. El período de las grandes gestas fue también la época dorada de la literatura. Londres bullía de genios poéticos. Inmortales dramaturgos caminaban en parejas entre las entradas de los teatros y las tabernas.

Tanto se ha escrito al respecto, que la lectura de estas brillantes explosiones sobre la era isabelina evoca en nuestras mentes el redoble de un tambor. Pero, ¿por qué estuvo este período más maduro para las grandes gestas y la noble literatura que ningún otro en la historia de Inglaterra? Todos sabemos cómo responden a eso los pensadores, historiadores y críticos de ayer y hoy; pero nuestros corazones y cerebros nos dicen que yerran. Debido a un asombroso descuido no han mencionado siquiera la Influencia del Tabaco. Bien se podría haber llamado a la época isabelina el comienzo de la era del tabaco. De las personas sin prejuicios que han reflexionado sobre el asunto, no hay una sola que ose cuestionar lo apropiado de una división de nuestra historia en dos períodos: el pretabaco y el del tabaco. En el momento en que Raleigh, en honor del cual Inglaterra debería cambiar su nombre, introdujo el tabaco en este país, la gloriosa era isabelina dio comienzo. Soy consciente de que esas odiosas personas llamadas investigadores de fuentes originales sostienen ahora que no fue Raleigh, pero yo hago oídos sordos. Yo sé, yo siento que con la introducción del tabaco Inglaterra se despertó de un prolongado letargo. De repente la vida tenía un nuevo aliciente. La gloria de la existencia se convirtió en algo de lo que hablar.

Hombres que hasta entonces sólo se dedicaban a las pequeñas cosas cotidianas pusieron pipas en sus bocas y se convirtieron en filósofos. Poetas y dramaturgos fumaron hasta que alejaron de ellos todas las ideas innobles y en su lugar irrumpieron pensamientos más elevados de lo que el mundo había visto nunca. Los hombres de Estado abandonaron sus insignificantes celos y, mientras fumaban, empezaron a trabajar juntos por el bienestar público. Los soldados y marineros sintieron, ante enemigos extranjeros, que luchaban por sus pipas. El país entero estaba revuelto por el afán de vivir para el tabaco. Todos consiguieron en poco tiempo un elevado ideal presente ante ellos en todo momento. Dos anécdotas de la época, que hasta la fecha no han sido correctamente relatadas, ilustran este hecho. Todos sabemos que Gabriel Harvey y Spenser se tumbaban en la cama a discutir sobre poesía inglesa y las formas que debería adoptar. Esto acontecía cuando el tabaco era conocido sólo por unos pocos elegidos, entre los que se contaba Spenser (amigo de Raleigh) con toda seguridad. No me cabe la menor duda de que ambos amigos fumaban en la cama. Muchos poetas han hecho lo mismo desde entonces. Además está también la preciosa historia de la Armada Invencible. En un famoso cuadro inglés sobre la Armada los marineros ingleses han sido representados fumando, lo que hace tanto más sorprendente el hecho de que la anécdota nos haya llegado de manera incorrecta. Según los historiadores, cuando la Armada Invencible apareció en el horizonte los capitanes ingleses estaban jugando a los bolos. En lugar de precipitarse hacia sus barcos para recibir las noticias, hicieron la siguiente observación: «Antes, vamos a terminar la partida». Yo no me puedo creer que fuera eso lo que dijeron. Estoy convencido de que sus auténticas palabras fueron: «Antes, vamos terminar nuestras pipas», que, evidentemente, es una observación mucho más memorable.

Aquella tarde se había estrenado *El judío de Malta* de Marlowe; y de los dos hombres que acaban de salir del Teatro Blackfriars, uno es el que ha dado vida a Barrabás. Una maravilla para todos los «insignificantes hacedores de farsas y pependencias», excepto para uno, «el famoso Ned Alleyn», puesto que cuando el dinero le sonrío no se lo bebe todo hasta que lo acaba; y que se está retirando para confundir a los eclesiásticos, que lo insultan por haber fundado el Dulwich College. «Ni Roscio ni Esopo», dijo Tom Nashe, que por aquellos entonces necesitaba probablemente alguna que otra corona, «representaron jamás con tanta destreza». Además es un buen tipo, puesto que, si consigue reunir a sus amigos, los gastos de la cena que esa noche ofrece en El Globo en honor de la nueva pieza irán por cuenta de Ned. El actor-gerente sacude la cabeza, porque Marlowe, que se tenía que encontrar con él en dicho lugar, debe de haber sido seducido en alguna taberna por el camino; pero su compañero, Robin Greene, no hace más que preguntarse si dicha taberna no será más bien un calabozo a la vuelta de la esquina. Robin, el de los «aires de rufián», *utriusque academiæ in artibus magister*, se acerca al fin de sus días, y podría dirigirse

esta noche al *Shoemaker Islam's house*, cerca de Dowgate, para decirle a cierta «moza grande, gorda y lujuriosa» que le prepare su último lecho y compre una corona de laurel. Ned debe dirigirse al Saba en Gracious Street, donde sin duda encontrará a Burbage y al «honesto jugador Armin», pero Greene no osa mostrarse en público sin Cutting Ball y otros selectos rufianes que le hacen de guardaespaldas. Ned se alegra de dejarlo atrás, puesto que Robin se ha negado a formar parte de la compañía esta noche si también invita a ese «principiante Will», y el actor aprecia a Will. No hay un hombre de tanta valía en el teatro, le ha dicho al «Signior Kempino» ese mismo día, para retocar las obras antiguas; y Will es además un joven tenaz, si no directamente brillante.

Ned Alleyn va de taberna en taberna, recogiendo a sus hombres. Hay una cervecería en Seacoal Lane —la misma donde el afeminado George Peele fue encontrado por el barbero, que una hora antes había suscrito su entierro decente «sin nada más aparte de un capazo de ostras»— y aquí se entretiene Ned durante un tiempo excesivo. Justo cuando está a punto de salir, acompañado de Kempe y de Cowley, Armin y Will Shakespeare irrumpen a gritos pidiendo vino. Es Armin el que pide, pero su compañero paga. Reparán en Alleyn, y Armin no tiene más remedio que dar su mensaje. Es el portador de un desafío al actor gerente de parte de unas almas felices que se hallan en el Saba; y Ned Alleyn se vuelve blanco y después rojo cuando lo escucha. Entonces ríe con ganas y acepta la apuesta. Algunos habituales del teatro, animados por el vino, lo han retado a representar ciertos papeles en los que Bentley y Knell, en opinión de dichos habituales, sobresalen especialmente. Ned no entiende que aquellos hombres estén tan dispuestos a perder su dinero; sin embargo allí está Will, que da fe, y Burbage, que se ha quedado en el Saba para impedir que los osados retadores escapen.

El joven de veinticuatro años en El Caballo Blanco, de Friday Street, es Tom Nash, y sólo puede ser Peele el que le jura que es un tipo monstruosamente inteligente mientras le ayuda a terminar su vino. Pero Peele se alegra de ver a Ned y a Cowley en la puerta, puesto que Tom siente cierta debilidad por leer en voz alta los aciertos de sus propios manuscritos. Ya sólo queda uno de los presentes que no esté hasta la coronilla de las sátiras de Nash sobre Martin Marprelate; e incluso puede que también él esté harto de ellos, sólo que no es aún lo bastante conocido como para admitirlo: Will. Nash le obliga a detenerse unos instantes para hacerle escuchar sus últimas líneas sobre la controversia Marprelate. Marprelate aparece ahora como «de ingenio desgastado por el uso, retorcido y consumido como una mecha que ya ha ardid; *quantum mutatus ab illo!* Qué diferencia con el bellaco que antes fuera, no porque hubiera perdido vileza, sino mordacidad. El tonel ya se ha desbordado, y nada se puede extraer de él salvo heces». Will le dice que es muy buena; y Nash sonrío para sí mientras se vuelve a meter los papeles en los bolsillos y piensa vagamente que

podría hacer algo por Will. Shakespeare no tiene estudios, y se dice que hasta no hace mucho se encargaba de cuidar los caballos en las puertas de El Globo; pero sabe reconocer algo bueno cuando lo oye.

Durante todo este tiempo Marlowe ha estado en El Globo, preguntándose por qué tardan tanto en llegar los demás, pero sin inquietarse en exceso porque no es mal vino el que le dan en El Globo. Incluso antes de que la fiesta dé comienzo, los ojos de Kit están ya inyectados en sangre y sus manos temblorosas. La muerte se está fraguando en una taberna de Deptford y ante nuestros ojos la última escena de una vida breve y salvaje: una sórdida cervecería, palabras de borrachos, y un hombre de genio recibe un golpe mortal. Qué epitafio para la mayor quimera de la literatura inglesa: «Christopher Marlowe abierto en canal por un truhán en un tugurio de borrachos, a la edad de veintinueve años». Pero para cuando Shakespeare alcance su cuadragésimo aniversario, todos los colegas del teatro que esa noche comparten mesa con él se habrán precipitado a la muerte.

El rudo y bajito caballero al que le encanta gastar bromas, y no es especialmente escrupuloso a la hora de repartirlas, ha oído otra buena anécdota sobre Tarleton. Se trata del comediante secundario Kempe, que recientemente ha pasado a ocupar el lugar del estrábico y chato Tarleton y no acaba de rellenarlo. Se la susurra a Cowley por detrás de Will antes de que llegue al dominio público; y poco se imagina, mientras cuchichea, que la inmortalidad que tanto él como su amigo ganarán, se va a deber a que, antes de que acabe el siglo XVI, representarán los papeles de Dogberry y Verges en una comedia de Shakespeare, a quien, en ese momento, tienden a mirar con condescendencia. La anécdota es recibida con sonoras carcajadas, como corresponde a tal lugar y momento.

Peele se halla en medio de una canción de amor cuando Kit cruza la habitación tambaleándose para dirigir una palabra amable a Shakespeare. Eso es síntoma de que George aún no está muy achispado, puesto que es un caballero galante con las damas, siempre y cuando esté sobrio. No hay mesonera en Fleet Street que no considere a George Peele el hombre más correcto de todo Londres. Aún así, con Greene ausente, limpiando la calle con Cutting Hall —cuya hermana es la madre del pobre Fortunatus Greene— Peele es el más disoluto de todos los hombres que esa noche se encuentran en El Globo. En casa le espera una triste hermanita que esa noche va a tener que esperar sentada hasta que empiece a clarear el día. Las alabanzas de Marlowe llegarían más profundamente al corazón de Will si se pudiera mantener más firme sobre sus piernas. Y sin embargo acoge las palabras de Kit con alborozo, y se alegra de escuchar que *Tito Andrónico*, que se ha representado hace dos días, complace al hombre cuya alabanza más anhela. Will Shakespeare levanta la mirada hacia Kit Marlowe, y *Tito Andrónico* es la obra de un joven dramaturgo que ha intentado escribir como Kit. Marlowe lo sabe, y se lo toma como una especie de cumplido,

aunque no cree en las imitaciones. Ahora le gustaría volver a su asiento al lado de Ned Alleyn, pero el suelo de la habitación ha empezado a tambalearse y Ned parece bastante lejos. Además, la copa de Shakespeare nunca se rellenaría si no le ayudara alguien a beber.

El jolgorio estalla rápido y frenético, y el amo del Globo hace acto de presencia, para honrar ostensiblemente a sus invitados sirviéndoles él mismo. Pero le asusta cómo puede acabar el motín y, si se atreviera, pondría a Nash de patitas en la calle. Tom es el único hombre que disgusta al amo personalmente, ¡si fuera un Boswell!; de hecho Nash tampoco es muy apreciado, ni entre sus compadres. Tiene una lengua muy afilada y no conviene anegar su corazón de vino. La mesa ruge ante sus dardos, de los que el propio amo desconoce ser diana, y Kempe y Cowley patalean ante su sátira. Comediantes tan brillantes se enfrascan en una diferencia de opinión trivial; y el hermoso Nash —él mismo nos dice que era hermoso, así que no puede haber duda sobre ello— mantiene que deberían decidir la disputa a golpe de puño sin mayor demora. Mientras Kempe y Cowley amenazan con romperse las respectivas crismas —cosa que, de hecho, no importaría si lo hicieran en silencio— Burbage recita impetuoso sin que nadie le haga caso; y Marlowe insiste en pelear con Armin sobre la existencia de una deidad. Porque cuando Kit se emborracha se convierte en un infiel. Armin no tiene intención de pelear con nadie y Marlowe se exaspera.

Pero, ¿dónde ha estado Shakespeare durante todo este tiempo? Se ha retirado a una mesa vecina con Alleyn, que tiene otro papel histórico que requiere ser alterado. Su conversación es de relativa poca importancia; lo que debemos apreciar con el aliento contenido es que Will está rellenando una pipa. Su rostro se muestra apacible, puesto que desconoce que el tabaco que Ned le está ofreciendo es la mezcla Arcadia. Adoro a Ned Alleyn y me gusta pensar que fue él quien le facilitó Arcadia a Shakespeare.

Dejemos por un instante a Shakespeare con esta crisis en su vida. Alleyn lo ha dejado y está pagando la cuenta. Marlowe sigue donde cayó al suelo. Nash ha olvidado dónde se aloja, así que se marcha con Peele a una cervecería en Pye Corner donde conocen a George demasiado bien. Kempe y Cowley han sido enviados a sus casas en dos canastos.

Volvamos de nuevo a la figura de la esquina: veremos que hay tal brillo en su rostro que ensombrece nuestros ojos. Está fumando Arcadia y, a medida que las bocanadas se suceden, la tragedia de Hamlet toma forma en su cerebro.

Éste es el cuadro que Scrymgeour jamás se atreverá a pintar. Sé que no hay mención del tabaco en las obras de Shakespeare, pero aquellos que fuman Arcadia jamás cuentan su secreto, y nunca se molestan en hablar de otras mezclas.

## **Mi hermano Henry**

En rigor, yo nunca tuve ningún hermano Henry y, sin embargo, no puedo decir que se tratase de un impostor. Cobró vida de manera bastante curiosa y ahora pienso en él, un niño de humo, sin malicia. La primera vez que oí hablar de Henry fue en casa de Pettigrew, en un suburbio de Londres tan convenientemente situado que puedo ir y volver en un día. Estaba probando unos nuevos Cabanas, recuerdo, cuando Pettigrew comentó que había estado almorzando con un hombre que conocía a mi hermano Henry. Puesto que, aparte de Alexander, no tengo más hermanos, pensé que Pettigrew se había equivocado de nombre.

—Oh, no —respondió él—, también habló de Alexander.

Tampoco esto me convenció, así que pregunté a mi anfitrión por el nombre de su amigo. Scudamour era la gracia del buen hombre, y había conocido a mis hermanos Alexander y Henry unos años antes en París. Entonces me acordé de Scudamour, y probablemente fruncí el entrecejo, porque mi hermano Henry no era otro que yo mismo. Recordaba sin problemas cuándo Scudamour y yo fuimos presentados en París, y que me llamaba Henry, a pesar de que mi nombre empieza por J. Le expliqué el malentendido a Pettigrew, y hasta aquí, por el momento, llegó la cosa. Sin embargo, ni mucho menos dejaría de oír hablar de Henry.

Unas cuantas veces después de aquello escuché de distintas personas que Scudamour quería saludarme porque conocía a mi hermano Henry. Al final nos encontramos en las habitaciones de Jimmy y, tan pronto como me vio, me preguntó dónde se encontraba ahora Henry. Eso era precisamente lo que más me temía. Soy un hombre que siempre ha tenido aspecto de muchacho. Pocas personas en Londres han mantenido su aspecto añinado durante tanto tiempo como yo; es, de hecho, la maldición de mi vida. Aunque ya estoy llegando a los treinta, paso por veinte, y he observado que los caballeros mayores fruncen el ceño ante mi precocidad cuando tengo alguna buena ocurrencia o me sirvo un segundo vaso de vino. No encontré, por lo tanto, nada excepcional en el hecho de que Scudamour observara que cuando tuvo el placer de conocer a Henry, éste debía tener entonces la edad que yo tenía en aquel momento. No habría sucedido nada si yo le hubiera explicado a aquel molesto personaje cuál era la auténtica situación, pero por desgracia para mí, odio empezar a dar explicaciones a cualquiera sobre cualquier cosa. Es lo que tiene fumar Arcadia. Cuando hago sonar la campanilla para que me traigan un horario y, en vez de eso, William John me sube carbón, lo acepto como sustituto. Imaginen, pues, cuánto temía

una discusión con Scudamour, su sorpresa al descubrir que Henry era yo y sus comentarios sobre mi apariencia juvenil. Además estaba fumando la mejor de las mezclas. No había probabilidades de que volviera a encontrarme con Scudamour, así que la manera más fácil de deshacerme de él parecía ser complacerlo. Le dije entonces que Henry estaba en la India, casado y que se encontraba bien. «Dele a Henry recuerdos de mi parte cuando le vuelva a escribir», fue lo último que me dijo aquella tarde.

Varias semanas más tarde, alguien me dio unos golpecitos en el hombro mientras caminaba por Oxford Street. Era Scudamour.

—¿Sabe algo de Henry? —me preguntó. Le dije que sabía algo por el último correo—. ¿Algo en especial, en la carta? —Pensé que no resultaba apropiado contestar que no había nada en especial en una carta que venía desde la India, así que insinué que Henry estaba teniendo problemas con su esposa. Yo quería decir que su salud no era muy buena, pero él se lo tomó en otro sentido y no le corregí.

—Vaya, vaya —dijo sacudiendo la cabeza de manera sagaz—, lamento oír eso. ¡Pobre Henry!

—¡Pobre chico! —fue todo lo que se me ocurrió contestar.

—¿Qué tal los niños? —preguntó Scudamour.

—¡Oh, los niños! —dije, con lo que yo pensé era circunspección—, vuelven a Inglaterra.

—¿Para quedarse con Alexander? —preguntó. Mi respuesta fue que Alexander los estaba esperando para mediados del mes siguiente, y al final Scudamour se fue murmurando: —¡Pobre Henry!

Al cabo de más o menos un mes nos volvimos a ver.

—¿No hay noticias de si Henry pide la baja? —preguntó Scudamour. Contesté rápidamente que Henry se había ido a vivir a Bombay, y que no volvería a casa durante años. Se dio cuenta de que había estado brusco y me llevó a un apartado para ofrecerme una explicación más pausada—. Supongo —dijo—, que está molesto porque le conté a Pettigrew que la esposa de Henry le había dejado. Pero el hecho es que lo hice por su bien. ¿Sabe usted que se me ocurrió hacer algún comentario a Pettigrew sobre su hermano Henry y me dijo que tal persona no existía? Evidentemente, me reí ante aquello, y le hice saber que no sólo tenía el placer de figurar entre los conocidos de Henry, sino que usted y yo manteníamos una conversación sobre él cada vez que nos veíamos. «Bien —dijo Pettigrew—, eso es algo sin duda notable, puesto que él —refiriéndose a usted— me confesó en esta misma sala que su único hermano era Alexander». Me di cuenta de que Pettigrew estaba molesto porque usted le había ocultado la existencia de su hermano Henry, así que pensé que lo mejor que podía hacer por un amigo era contarle que su reticencia había estado motivada sin duda por el desgraciado estado en el que se encuentran los

asuntos privados de Henry.

Le estreché la mano, no sin antes comentarle que había actuado juiciosamente; pero si hubiera podido apuñalarlo en aquel momento, debo decir que lo habría hecho sin vacilar.

Durante una buena temporada no volví a ver a Scudamour, puesto que me cuidé mucho de apartarme de su camino; pero primero tuve noticias suyas y más tarde se puso en contacto conmigo. Un día me escribió contando que su sobrino iba a ir a Bombay y que si no me importaría darle una carta de presentación para mi hermano Henry. También me pidió que tuviera la cortesía de cenar con él y con su sobrino. Decliné el ofrecimiento pero envié al sobrino la requerida carta de presentación. Lo siguiente que supe de Scudamour fue por boca de Pettigrew.

—Por cierto —me dijo Pettigrew—, Scudamour está ahora mismo en Edimburgo. Me eché a temblar, porque Alexander vive en Edimburgo.

—¿Qué es lo que le ha llevado allí? —pregunté con fingida despreocupación.

Pettigrew pensaba que los negocios.

—Pero —añadió—, Scudamour me pidió que te dijera que tenía intenciones de visitar a Alexander, porque estaba ansioso de conocer a los hijos de Henry.

Unos días más tarde recibí un telegrama de Alexander, que suele utilizar este sistema en su correspondencia conmigo. «¿Conoces a un tal Scudamour? Contesta», fueron las palabras de Alexander. Pensé en contestarle que habíamos conocido a un hombre del mismo nombre en París, pero tras reconsiderarlo, contesté tajantemente: «No conozco a nadie con el nombre de Scudamour».

Hace unos dos meses me crucé con Scudamour en Regent Street y me lanzó una mirada malvada. Lo podría haber soportado si se hubiera acabado la historia de Henry pero sabía que, ahora, Scudamour le estaba contando a todo el mundo lo de la mujer de Henry. Con el tiempo recibí una carta de un amigo que me preguntaba si había algo de verdad en la información de que Alexander se iba a Bombay, después Alexander me escribió diciendo que varias personas le habían dicho que yo me iba a ir a Bombay; en breve me di cuenta de que había llegado el momento de matar a Henry. Así que le dije a Pettigrew que Henry había muerto de fiebres, profundamente afectado; y le pedí que se asegurara de hacer partícipe de la noticia a Scudamour, que siempre se había interesado por el bienestar del finado. Pettigrew me relató con posterioridad que había comunicado el triste suceso a Scudamour.

—¿Cómo se lo tomó? —pregunté.

—Bien —contestó Pettigrew con cierta reticencia—, me dijo que cuando estuvo en Edimburgo no se entendió muy bien con Alexander. Pero mostró gran curiosidad por los hijos de Henry.

—Ah —respondí—, los dos niños se ahogaron en el Forth; un asunto muy desgraciado. Aún no podemos soportar hablar de ello.

No es probable que vuelva a ver a Scudamour de nuevo, ni tampoco Alexander. Scudamour ahora va diciendo que Henry era el único de nosotros por el que sentía aprecio.

## La casa-bote *Arcadia*

Scrymgeour tenía una casa-bote llamada, cómo no, *Arcadia*, a la que en una ocasión cometió la insensatez de invitarnos a todos. Por aquel entonces estaba amarrada cerca de Cookham intentando plasmar la llegada del verano en un lienzo, y todos estuvimos, por desgracia, en situación de aceptar la invitación. Considerando retrospectivamente aquella pesadilla de vacaciones, me asombro de que no pudiéramos llevarnos bien, puesto que si cinco solteros que se conocen bien y son todos fumadores del mismo tabaco no se llevan bien en una casa-bote, ¿quién va a hacerlo? Marriot sostiene ahora que quizás fuéramos felices sin saberlo, pero eso es una tontería. Éramos completamente infelices.

He llegado a la conclusión de que nos conocíamos demasiado bien. Aunque acostumbrados a vernos cada tarde en mis habitaciones, en Londres teníamos cada uno nuestros aposentos privados para retirarnos, pero en *Arcadia* la soledad era imposible. No había manera de que ninguno escapara del resto.

Scrymgeour, creo, sostenía que habíamos sido desgraciados porque cada uno de nosotros actuaba como si la casa-bote fuera suya. Nosotros replicamos que el chico —en absoluto comparable a William John— era el origen de todos nuestros problemas, a lo que Scrymgeour respondió que él siempre se había opuesto a tener un criado. Nosotros tampoco queríamos contratarlo al principio, porque imaginamos que podríamos disfrutar haciendo nuestra propia comida. En vista de que éramos bastantes, esto no debería haber supuesto una dificultad, pero la cocina era pequeña y siempre estábamos chocando unos con otros y tirando cosas. Tuvimos que romper un panel de la ventana para dejar salir el humo; además, Gilray, tras patear el horno porque se había quemado los dedos, debió de incomodar al artilugio, y antes de que pudiéramos intervenir lanzó por los aires la pierna de cordero, que hizo diana en el depósito de carbón. En un alarde de insensatez, Jimmy puso a secar nuestras tazas en el alféizar de la ventana y un golpe de viento las empujó al río. Las corrientes eran un fastidio. Este hecho se debía a que las ventanas estaban enfrentadas y todo el mundo se las dejaba abiertas, lo que se traducía en que las prendas de ropa desaparecían de manera tan misteriosa que estábamos convencidos de que teníamos un ladrón o un sonámbulo a bordo. El tercer o cuarto día, sin embargo, cuando me dirigía al salón, sorprendí a mi sombrero de paja huyendo en las alas del viento. La última vez que fue visto iba camino de Maidenhead, dando vueltas sobre sí mismo a una velocidad de varias millas por hora. Así que llegamos a la conclusión de que tampoco estaría tan

mal tener un chico. Por lo que yo recuerdo, éste fue el único punto en el que estuvimos de acuerdo unánimemente durante todo el tiempo que estuvimos embarcados. Nos dijeron en el Hotel Ferry que era bastante difícil encontrar chicos en Cookham, pero nos dedicamos a una búsqueda intensiva casa por casa. Al final hicimos salir a uno de su madriguera y nos lo llevamos.

Para todos los implicados resultó de lo más penoso que el muchacho no durmiera a bordo. De todos modos, no había sitio para él, así que llegaba a las siete de la mañana y se iba cuando sus tareas diarias habían terminado. Digo que llegaba, pero, de hecho, ahí radicaba la dificultad con el chico. No podía llegar. Llegaba tan lejos como podía; es decir, caminaba por el sendero de al lado del río hasta el lugar en el que estaba amarrada la casa-bote, en el lado opuesto del río, y entonces gritaba para ser subido a bordo, para lo que alguien tenía que subir en la canoa e ir a buscarlo. En todo el tiempo que pasamos en la casa-bote, aquel chico no llegó cinco minutos tarde ni un solo día. Lloviera o hiciera bueno, a las siete de la mañana encontraban al muchacho en el sendero, berreando. Tan pronto como nos dormíamos, el chico convertía en abominable el alba brumosa. En cama, con las mantas sobre nuestras cabezas para amortiguar sus gritos, su frescura, aquella voz obscenamente joven que perforaba madera, mantas, sábanas, todo... «Eo, eo, eo, eooooo, eo, eooooo...», para poder subir.

Lo que a esto seguía se puede imaginar sin demasiada dificultad. Nos quedábamos todos quietos como tumbas, esperando que algún otro se levantara y subiera a bordo a la impaciente criatura. Al final, la quietud la rompía alguien voceando que ya iba él a por el crío. Un segundo echaba pestes en sueños; un tercero se convertía él mismo en favorito para la ocasión cuando gritaba a través del tabique de madera que le tocaba ir al quinto. El quinto explicaba al resto dónde prefería ver al chaval antes que ir a buscarlo. Después, de nuevo silencio. Al final, alguno se ponía un abrigo por encima del pijama y anunciaba sin asomo alguno de caridad su intención de arrebatarse al muchacho la vida. Oído esto, todos los demás nos volvíamos a dormir de golpe. Durante algunos días conseguimos engañar al chico subiendo las cortinas y creándole la impresión de que nos estábamos levantando. Entonces no tenía preparado el desayuno cuando nos levantábamos, cosa que, naturalmente, nos enfurecía.

En cuanto llegó a bordo, aquel muchacho consiguió hacer sentir su presencia. Era muy fuerte y enérgico por las mañanas, y pasaba la primera media hora, más o menos, lanzando trozos de carbón contra el carbón. Era su manera de romperlos, y era de naturaleza tan paciente que se sentía más bien halagado cuando el carbón no se rompía hasta el vigésimo intento. Nosotros soñábamos que nos rompía carbones en la cabeza. Con frecuencia, uno de nosotros irrumpía en la cocina y lo amenazaba con tirarlo al río si no se sentaba quietecito en una silla durante las dos horas siguientes.

Sometido a tales amenazas parecía lo suficientemente asustado como para contentar a todo el mundo, pero en cuanto volvía el silencio se arrastraba de nuevo a la carbonera y volvía a sus juegucitos.

Hiciéramos lo que hiciéramos, el chico siempre conseguía interrumpirnos. Intentábamos permanecer en silencio, y a los diez minutos ya teníamos un «eo, eo, eooooooooo» desde la otra orilla. Era el muchacho que volvía con las verduras. Si nos poníamos a leer, «oe, oe, ooooooooo» y alguien tenía que cruzar a por el chico y el bidón de agua. El muchacho nos esperaba en el sendero en el momento en que sucumbíamos a una ligera modorra; o teníamos que cruzarlos a él y a la leche en el momento de encender nuestras pipas. Todavía está en el aire la cuestión de si era más molesto traerlo o ir a por él. En dos o tres ocasiones intentamos ser sociables y fuimos juntos al pueblo, pero tan pronto como empezábamos a divertirnos nos acordábamos de que había que volver para dejar al muchacho en la orilla. Tennyson habla de un grupo de amigos que hacía creer que era feliz cuando, en realidad, el espíritu del que había marchado los acechaba en todos sus juegos. Ése era exactamente el efecto que el chico producía en nosotros.

Incluso sin el muchacho, tengo mis dudas de que hubiéramos sido capaces de comportarnos de manera sociable. La visión de tanta humanidad reunida en una sola habitación se convirtió en un fastidio. Recurrimos a todo tipo de subterfugios para huir unos de otros; y, normalmente, el que primero acababa el desayuno solía ser el que salía de excursión con el bote. Los demás eran libres de verlo alejarse en la distancia, en medio de la corriente, tumbado boca arriba en la popa del bote; y eso era más de lo que podíamos soportar. La única manera de hacerlo regresar era extorsionar al muchacho para que asegurara que necesitaba volver al pueblo para comprar beicon o carbón o sardinas. En dichas ocasiones, incluso el chico tenía su utilidad.

Las cosas fueron de mal en peor. Sólo recuerdo un día en el que cuatro de nosotros se hallaban en disposición comunicativa. Pero esta sociabilidad temporal se debía únicamente al hecho de que teníamos que unirnos para despedazar a Jimmy con la más devastadora de las fuerzas. Jimmy nos había mencionado en un artículo en el que se había representado como una especie de ser superior que hacía un estudio de nosotros. Aquella cosa constituía una caricatura tan obtusa y feroz, que lo lamentamos más por Jimmy que por nosotros mismos. De todos modos, lo rodeamos como un solo hombre y le comentamos lo que pensábamos del asunto. Todo habría ido mucho mejor si los cuatro hubiéramos sido capaces de permanecer en una piña. Desgraciadamente, Jimmy consiguió poner a Marriot de su parte y al día siguiente había una especie de muro imaginario alrededor de todos nosotros que nos tenía divididos en cinco facciones.

Un día vino a visitarnos Pettigrew. Trajo consigo su bolsa Gladstone, pero no se quedó a dormir. Se alegró de marchar, puesto que, me temo, ninguno de nosotros se

comportó de manera muy civilizada con él, aunque después aflojamos un poco. Volvió a Londres y le contó a todo el mundo la situación en la que nos había encontrado. Admito que no estábamos preparados para recibir compañía. La casa-bote contaba sólo con cinco apartamentos: un salón, tres habitaciones y una cocina. Cuando subió a bordo nos encontró distribuidos de la siguiente manera: yo estaba sentado fumando en el salón, Marriot estaba sentado fumando en la primera habitación, Gilray en la segunda, Jimmy en la tercera y Scrymgeour en la cocina. El chico no hacía compañía a Scrymgeour. A él lo enviamos a cubierta, donde se sentó con las piernas cruzadas, el mismísimo retrato de la desazón porque no tenía carbones que romper. Unos días después de la visita de Pettigrew lo seguimos a Londres (dejando a Scrymgeour en la casa-bote), y al poco recuperamos nuestras relaciones.

## Arcadia, una vez más

Un día, a las pocas semanas de abandonar la casa-bote de Scrymgeour, estaba a solas en mis aposentos, muy ocupado fumando, cuando William John me interrumpió con un telegrama. Era de Scrymgeour y decía: «En menudo lío me has metido. Vuelve aquí primer tren».

Preguntándome en qué lío podría haber metido a Scrymgeour, obedecí sus órdenes con buena voluntad y en breve estaba fumando plácidamente en la cubierta de la casa-bote, mientras Scrymgeour, sombrío y nervioso, recorría pesadamente el barco de un lado a otro. Me di cuenta al instante de que sus problemas se debían al tabaco, porque empezó anunciando que la misma tarde en que partimos se había encontrado con que nos habíamos fumado toda su Arcadia. Habría enviado al chico a Londres a por ella, pero el chico había estado todo el día en el pueblo comprando pan y no iba a volver en horas. Scrymgeour no tenía intención alguna de fumar los puros que vendían en Cookham y sólo podía soportar los cigarrillos si estaban hechos de Arcadia.

El tabaco que encontraba en Cookham le hacía sentir incómodo. Como había empezado a usar hacía poco una nueva petaca, rebuscó en vano en sus bolsillos por ver si encontraba briznas de la mezcla a la que tan vilmente se había sometido. De muy mal humor cogió el bote, vociferando durante un rato que iba a romper las cadenas que lo ataban a un tabaco, y después, tras recuperar el sentido común, que arrancaría a Arcadia de su corazón. Había avanzado cierta distancia por el río sin tomar como referencia los bosques de Cliveden, cuando, de repente, se encontró envuelto en un resplandor de farolillos chinos. Era una casa-bote llamada..., en fin, cambiémosle el nombre por el de *Chino politeísta*. Scrymgeour detuvo su bote con un movimiento brusco y echó un vistazo, cuando, de repente, una maravillosa visión se plantó ante sus ojos. En la ventana abierta de un salón aparentemente desierto había una lata de tabaco etiquetada como «Mezcla Arcadia».

Scrymgeour se sentó boquiabierto. Además de un suave chapoteo del agua alrededor de la casa-bote sólo se oía a un sirviente en la cocina, rompiendo la vajilla de la cena. La romántica figura del bote alargó la mano y la volvió a retirar, recordando que existían leyes que penaban este tipo de cosas. Pensó para sí: «Si esperara a que el propietario volviese, sin duda, un hombre que fuma Arcadia se pondría en mi situación». Entonces su terrible horror a las explicaciones le susurró: «Puede que el dueño sea un idiota y un cretino y que te tenga aquí durante toda la

noche explicándole tu situación». Me gustaría que el lector comprendiese que Scrymgeour, como yo mismo, es ese tipo de hombre que cuando se le pregunta si no opina que «In Memoriam» es el mejor poema del Sr. Browning, responde que sí, por ser el modo más fácil de terminar una conversación. Evidentemente, se iba a ahorrar muchos problemas si se anexionaba la lata sin más aspavientos. La cogió y se fue remando.

Los fumadores —aquél que conoce el tabaco desarrolla una sensibilidad extremadamente delicada— apenas necesitarán que se les relate lo que ocurrió después. De repente Scrymgeour recordó que estaba dejando al propietario del *Chino politeísta* sin mezcla Arcadia. De inmediato llenó su petaca y remó con suavidad hasta la casa-bote, volvió a dejar la lata en la ventana, con el pecho henchido por el orgullo del que ofrece un precioso regalo. En ese mismo instante una mano lo agarró del cuello y una chica, desde algún lugar del puente, chilló.

El captor de Scrymgeour, que no era otro que el propietario del *Chino politeísta*, lo arrastró con fuerza a bordo y lo estuvo arengando durante unos cinco minutos. Mi amigo sufría convulsiones sólo de pensar en las explicaciones que se iban a suceder cuando se le permitiera hablar, pero poco a poco se fue dando cuenta de que le habían tomado por otro; parecía ser que algún mozalbete había estado cortejando clandestinamente a la hija del anciano caballero. «Me va a llevar una hora —pensó Scrymgeour— convencerle de que no soy tal persona, y otra hora explicarle por qué estoy aquí en realidad». Entonces la débil criatura tuvo una idea: «¿No sería más sencillo confirmarle que sus sospechas son correctas, prometerle que voy a dejar en paz a su hija y largarme de aquí lo más pronto posible?» Empezó a preguntarse si la hija sería bonita, pero se dio cuenta de que no sería de gran ayuda decir que se reservaba su defensa hasta que pudiera comprobarlo.

—Admito —prorrumpió, al final—, que admiro a su hija; pero ella me ha rechazado y ayer decidimos separarnos para siempre.

—¡Ayer!

—¿O fue antes de ayer?

—¡Explíqueme entonces, caballero, por qué le he pillado con las manos en la masa!

—Ha sido un accidente —explicó Scrymgeour—, y prometo no volver a hablar nunca más con ella.

Después añadió, como colofón: —... por muy doloroso que me resulte.

Antes de que Scrymgeour regresara a su embarcación se le avisó de que si se le volvía a ver cerca de la casa-bote lo ahogarían. Mientras retrocedía miró de reojo a la hija, a quien me describió, para no alargarnos mucho, como de un encanto tal que alejarse seis yardas de ella ya suponía una dura prueba.

«Aquí termina el asunto», pensó Scrymgeour aquella noche ante una pipa de la

mezcla, «aunque me atrevería a jurar que la damisela me va a llamar de todo cuando descubra que he suplantado a su amante. Ahora debería cuidarme de no volver a ver al padre, porque pensará que lo he estado siguiendo. Quizás debería haber contado toda la verdad; pero es que odio las explicaciones».

Dos días más tarde Scrymgeour adelantó a padre e hija por el río. La dama le dijo «gracias» con la mirada y, lo que fue aún más increíble, el padre le saludó con la cabeza. Scrymgeour volvió a pensar sobre aquello. «Ella me está agradecida», fue su conclusión, «por alejar las sospechas del otro hombre, pero, ¿por qué el padre es tan cordial? Suponiendo que ella no le habrá dicho que soy un impostor, debería seguir viéndome como un villano; y, si se lo ha dicho, debería estar aún más furioso. Es curioso, pero de ningún modo asunto mío». Aún volvió a encontrarse otras tres veces con la dama, en el sendero u otros lugares, con un joven caballero de aspecto anodino que, pensó, debía ser el auténtico Lotario. En una ocasión lo adelantaron cuando él estaba a la sombra de un árbol, y la dama le ponía morritos con un cigarrillo en la boca. La casa-bote *El Chino Politeísta* no estaba amarrada a más de unos metros de allí; y Scrymgeour pudo ver a su propietario mirando a su hija plácidamente, con una pipa entre los labios. «Será que ahora aprueba su conducta», fue la conclusión natural de mi amigo. Por otra parte, una tarde Scrymgeour tuvo que ir a la ciudad en el mismo compartimiento que el del anciano caballero, que aquel día se sentía extremadamente comunicativo, e hizo observaciones veladas sobre los románticos jóvenes que se encuentran a escondidas cuando podrían hacerlo abiertamente. «¿Qué querrá decir?». Vio terribles y elaboradas explicaciones al acecho, y las eludió.

Un día Scrymgeour, que estaba pasando un día fuera en una barcaza, se encontró al anciano caballero en una canoa. El anciano, con el rostro morado por la pasión, le informó de que iba de camino a hacerle una visita de negocios al Sr. Scrymgeour:

—Sí, señor —prosiguió—; sé quién es; si no hubiera descubierto que era usted un hombre de medios no habría permitido que la cosa siguiera adelante, y ahora insisto en una explicación.

¡Una explicación!

Se dirigieron a la casa-bote de Scrymgeour, sin apenas réplicas por parte del hombre más joven; pero el padre masculló algunas cosas, como que su hija sabía a dónde se dirigía cuando dejó *El Chino Politeísta*, y que había visto cómo Scrymgeour cortejaba a otra muchacha una hora antes.

—¡No lo niegue! —gritó el indignado padre—. Le he reconocido por el abrigo de terciopelo y el sombrero ancho.

Entonces Scrymgeour empezó a verlo todo claro. La muchacha había contribuido al engaño y se le había permitido encontrarse con su amante porque se suponía que no se trataba de ningún aventurero sino del acomodado Sr. Scrymgeour. Le debió de decir al individuo que se agenciara un abrigo y sombrero como los suyos para hacer

creíble la trama. En aquel momento, el artista sólo pudo vislumbrar esto en la maraña.

Scrymgeour estaba valerosamente determinado a explicarlo todo, pero cuál no sería su asombro cuando, al entrar en el salón, se encontró con la propia dama. El anciano caballero vaciló y la muchacha miró a Scrymgeour con ojos implorantes.

—¡Ahora! —estalló el padre—, ¡explíquese!

Las lágrimas de la muchacha empezaron a desbordarse. Sin siquiera imaginarse lo que estaba a punto de hacer, la rodeó con el brazo.

—Bien, sigue —le dije cuando, llegados a este punto, Scrymgeour calló.

—No hay nada más que contar —contestó—; como ves la chica me permitió, bueno, encubrirla, y el anciano caballero cree que estamos comprometidos.

—No me lo puedo creer. ¿Qué dice la dama?

—Dice que fue corriendo por la orilla y subió a mi casa-bote por la pasarela. Intentaba encontrarme antes que su padre y convencerme para huir.

—¿Con ella?

—No, sin ella.

—Pero, ¿qué piensa de explicarle la situación a su padre?

—Dice que no se atreve, y por mi parte, tampoco puedo. Ése es el motivo por el que te he teleografiado.

—¿Quieres que interceda por ti? Lo siento, Scrymgeour, pero la única salida honrosa es el matrimonio.

—Pero... tienes que ayudarme. Todo esto es culpa tuya, por enseñarme a apreciar la mezcla Arcadia.

Consideré esto tan pretencioso por parte de Scrymgeour que le di las buenas noches inmediatamente. En la escalera, todavía pensamos que Scrymgeour ahora estaría casado con la dama de no ser porque ésta cortó por lo sano fugándose con su doble.

## El romance de un limpiapipas

Seguimos visitando la *Arcadia*, aunque ahora de uno en uno, y Gilray, que era el que iba más a menudo, también fue el que se quedó más tiempo. En otras palabras, estaba enamorado de nuevo, y esta vez ella vivía en Cookham. Los asuntos amorosos de Marriot me los quitaba de encima con una bocanada de mi pipa, pero el segundo caso de Gilray era algo serio.

Con el tiempo, de todos modos, volvió a la mezcla *Arcadia*, aunque eso no sucedió hasta que la casa-bote estuvo retirada en su guarida de invierno. Fui testigo de su completa recuperación, que tuvo lugar en sus aposentos. En realidad es una historia bastante patética, así que voy a ponerla en boca de una rosa que la dama entregó en una ocasión a Gilray. Piensen en la rosa abandonada, tal y como yo la veo, en la alfombra de Gilray, e imagínensela susurrando de este modo:

—Me enrollaron un torzal alrededor aquella blanca noche cerca del río en la que ella le permitió que yo le fuese arrebatada. Entonces odié el hilo. Pero ¡ah!, escuchen el final.

»Mis días están contados, y si tengo que exponerlos con mi aliento moribundo, no puedo permitirme sentimentalismos sobre mi propia suerte. Estaban en una barcaza, la mano de ella jugueteaba con el agua cuando fui suya. Cuando aquella noche se despidieron en el muelle de Cookham él sostuvo la cabeza de ella entre sus manos y se miraron a los ojos. Entonces él se dio la vuelta y se fue rápidamente; cuando llegó a la barcaza de nuevo estaba silbando. Varias veces metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que yo aún estaba allí, antes de que llegáramos a la casa-bote donde vivían él y otro hombre. Allí me metió en un jarrón con agua fuera de la vista de su amigo, y con frecuencia se escabullía como un ladrón hasta donde yo estaba. A la mañana siguiente, temprano, me colocó en su ojal, y me dirigió dulces apelativos. Cuando su amigo me vio, también él se puso a silbar, pero no del mismo modo. Entonces mi dueño lo miró con odio. Esto sucedió hace muchos meses.

»Al día siguiente estaba yo en el jardín que desemboca en el río. Estaba en su pecho, y durante unos instantes también lo estuvo ella. Su voz era tan suave y calmada cuando le repitió las palabras que me había dicho a mí la noche anterior que caí en un ligero ensueño. Cuando me desperté de repente él estaba furioso con ella, y ella lloraba. Desconozco el motivo por el que se pelearon tan deprisa, pero era sobre alguien al que él se refería como “ese tipo”, mientras que ella le llamaba “el amigo de papá”. La volvió a mirar durante un largo lapso de tiempo, y después le deseó

fríamente que pasara una velada excepcional. Ella asintió y se dirigió a la casa, murmurando algo que desprendía felicidad, mientras que él fingió encender un cigarrillo de un tabaco que tenía en gran estima. Aquel día lo escuché caminar arriba y abajo por el puente de la casa-bote hasta altas horas mientras su amigo le gritaba que no fuera merluzo. En cuanto a mí, me había arrojado con fiereza al suelo de la casa-bote. Hacia las doce volvió abajo, con la cara blanca, me recogió y me volvió a meter en su bolsillo. Volvimos a la barcaza, que empujó hasta tener de frente el jardín. Allí dejó la pértiga y se tumbó en la barcaza, que dejó que la corriente llevara, mientras la llamaba su queridísimo diablillo. De repente me sacó del bolsillo, me besó y me lanzó en la oscuridad. Sentí que estaba entre hierbajos, boca abajo; allí pasé toda aquella gélida y horrenda noche. Por fin llegó la bruma de la mañana, y más tarde el sol, y por último primero un bote y después otro. Pensé que había encontrado mi tumba, cuando vi su barcaza aproximarse a los matojos. Me buscó por todos sitios, y al final me encontró. Estaba tan encantado y cariñoso que le perdoné mis sufrimientos; sólo me sentía un poco celosa por una carta que tenía en el otro bolsillo, que leyó y releyó en innumerables ocasiones, murmurando que lo explicaba todo.

»A ella nunca más la volví a ver, aunque escuché su voz. Ahora me guardaba en un estuche de cuero, en uno de los bolsillos interiores, donde me había apretujado muy plana. No pude entender lo que se dijeron el uno al otro; pero lo comprendí más tarde, porque siempre me repetía sus conversaciones, y unas veces estaba encantador, y otras enfadado, como un mal hombre. Llegó un día en el que él recibió una carta que contenía muchas cosas, entre ellas un anillo con el que parecía que ella se estaba haciendo una colección. Lo que significaba todo aquello no lo pude averiguar nunca con certeza, pero él lanzó el anillo al Támesis llamándola todas aquellas horribles cosas, y algunas nuevas, no menos horribles. Recuerdo cómo corrimos a su casa, esta vez por la orilla, y que ella le pidió que se comportara como un hermano; pero él le gritó vituperios, volvió a hablar de “ese tipo” y declaró que se iba al día siguiente a Manitoba.

»Por lo que yo sé nunca se volvieron a ver. Ahora caminaba tanto por el puente que su amigo volvió a Londres porque, decía, no había manera de conciliar el sueño. A veces emprendíamos largos paseos a solas; con frecuencia mirábamos el río sentados durante horas, y en aquellas ocasiones me extraía del estuche y me depositaba en su rodilla. Un día su amigo regresó y le dijo que se iba a reponer pronto, puesto que él mismo había pasado por una experiencia similar una vez; pero mi amo respondió que nadie había amado como él amaba y murmuró “Vixi, vixi” para sí hasta que el otro le dijo que no fuera tonto y que le acompañara al hotel a comer algo. Discutieron sobre este asunto: mi amo sugirió que no volvería a comer nunca más, pero comió de buena gana en cuanto su amigo se hubo marchado.

»Tiempo después abandonamos la casa-bote y nos instalamos en las habitaciones de una gran fonda. Aún seguía en su bolsillo, desde donde escuché múltiples conversaciones entre él y la gente que venía a visitarle. Les decía que odiaba las costumbres sociales de las mujeres. Cuando ellos le contaban, como hizo más de uno, que estaban enamorados, él contestaba siempre que había pasado por esa fase hacía años. Sin embargo, algunas noches me sacaba de mi estuche cuando se encontraba a solas, y me miraba; tras lo cual caminaba arriba y abajo por la habitación muy excitado y lloraba, “Vixi”.

»Con el paso del tiempo me dejó en un abrigo que ya no usaba. Antes de llegar a esta situación, me cambiaba a cada abrigo que se ponía. Me tuvo descuidada, creo, durante un mes, hasta que un día palpó los bolsillos del abrigo buscando otra cosa y me sacó. No creo que al principio recordara lo que había en el estuche de cuero, pero cuando me miró su rostro se emocionó y al día siguiente me llevó con él a Cookham. El invierno había llegado, y era un día frío. En el río no había botes. Caminó por la orilla hasta el jardín de la casa donde ella había vivido; pero el lugar estaba ahora abandonado. Se sentó en la puerta del jardín y me extrajo del bolsillo; y allí, creo, pretendía recordar aquellos días perdidos. Pero soplaba un viento frío e hiriente, y miró el reloj en incontables ocasiones, llevándose lo al oído como si pensara que se había parado. Poco después, empezó a lanzar piedras al río, como por hacer algo; y más tarde se fue al hotel donde se quedó hasta que tuvo otro tren en dirección a Londres. Habíamos vuelto mucho antes de lo que él esperaba, así que aquella noche fuimos al teatro.

»Ésa fue la última noche que pasé en el estuche de cuero. Ahora él guarda otra cosa. Me tiró entre papeles viejos, envoltorios de cigarrillo, zapatillas y otras cosas en un cajón de sastre, donde he permanecido hasta esta misma noche. Hace cosa de un mes estuvo rebuscando en el cajón antiguas cartas, se le enganchó el torzal en el dedo y me encontró por casualidad. “¿Y tú de dónde sales?”, me preguntó. Entonces lo recordó y me volvió a tirar entre los papeles con una carcajada. Ahora llegamos a esta noche. Hace aproximadamente una hora lo escuché aspirando algo, y después, patear el suelo. Por sus palabras deduje que su pipa se había obstruido. Le escuché hacer sonar una campanilla y preguntar enfurecido quién se había llevado su limpiapipas. Puso la habitación patas para arriba buscándolos o intentando encontrar un sustituto, y algo después gritó con fuerza: “Lo tengo, eso podría servir, pero ¿dónde la vi por última vez?”. Abrió varios cajones, miró en su escritorio, y por último levantó la tapa de la caja donde yo me encontraba. Volcó el contenido, rebuscando hasta que me encontró, y me cogió exclamando “¡Eureka!”. Me derrumbé, puesto que comprendí todo a medida que caía hoja por hoja en la alfombra donde ahora me encuentro. Me quitó el hilo y lo utilizó para limpiar su pipa».

## ¿Qué podía hacer?

Ésta era otra de las contradicciones del corazón de Marriot. Había estado en el Continente, y en el mismo momento en que llegó supe por su cara que me iba a tocar una noche de Marriot.

—El cuatro de septiembre —empezó, jugando nervioso con mi petaca de tabaco, que no era en absoluto para manos como aquellas—, había caminado desde Spondinig hasta Franzenshohe, una posada tirolesa cerca de la cumbre del paso de Stelvio. Desde la posada hasta un magnífico glaciar no hay más que un paseíto de pocos minutos; pero el sendero está cortado por un ruidoso torrente. El único puente consiste en una tabla, que pareció ceder tan pronto como puse el pie encima. Di un paso atrás, puesto que el torrente pasaría en Inglaterra por una enorme cascada. Aunque soy un apasionado admirador del valor, pierdo con facilidad los papeles, y no me atreví a cruzar el tablón. Remonté el curso a pie, buscando en vano otro lugar por donde atravesar, y acabé sentándome en unos peñascos, desde los que, por casualidad, tenía una buena vista del tablón. Un grupo de turistas iba caminando por el sendero en grupos de dos o tres; pero también les asustó cruzar el puente. Los vi comprobar la resistencia de la tabla con sus cayados, pero ninguno fue capaz de poner encima más de un pie. Se quedaron allí mirándolo, visiblemente aturdidos. De repente, pude ver a alguien encima del tablón. Era una joven dama. Me puse de pie y observé. Estaría a una cien yardas de donde yo me encontraba, pero pude vislumbrar con claridad su cimbreante y aniñada figura, su sombrero de cazador de ciervos, y el final de su boa (como creo que se llaman esas cosas largas y peludas) ondear en el viento. En un segundo se encontró sana y salva al otro lado; pero en medio del tablón se había girado para ofrecer su mano a alguno de sus otros tímidos compañeros, y fue en ese preciso instante cuando me enamoré de ella. Sin duda alguna se trataba del lugar más adecuado para el amor, si iba uno lo suficientemente abrigado, pero no soy “susceptible”, como suele decirse, y nunca antes había amado. Por otro lado, he sido siempre un ferviente defensor del amor a primera vista, que, como podrás comprobar, está en los orígenes de mi actual sufrimiento.

»El resto del grupo, alejados sus miedos, cruzó el tablón, pero yo quise alejarme cuanto antes y una hora más tarde me encontré en la falda de una colina rodeado de vacas tintineantes. Durante todo ese tiempo había estado pensando en un tablón con una chica encima. Volví raudo a la posada para oír que la heroína del puente y sus amigos ya se habían dirigido al otro lado del paso. Mi intención era permanecer en

Franzenshohe aquella noche, pero, por supuesto, me encaminé inmediatamente hacia la fila de carruajes que subía reptando por la serpenteante carretera. No fue difícil alcanzarlos, y en media hora ya estaba a pocas yardas del carruaje más retrasado. En su interior se hallaba aquella en cuya búsqueda había partido. Estaba de espaldas, pero reconocí el sombrero y la boa. Confieso que estaba nervioso por ver su cara, que aún no había visto. Las damas me han decepcionado tan a menudo cuando muestran sus rostros, que me repetí el aforismo de Jimmy: “Lo más triste que hay en la vida es que muchas mujeres están mejor de espaldas”. Pero cuando se dio la vuelta, se despejó cualquier posible ansiedad. En lo que a tu consejo respecta, no importa cómo era. Resumiendo, era encantadora.

»Soy de natural tímido, y por lo tanto tenía más dificultades para trabar relación con ella que la mayoría de los viajeros. Fue en los baños de Bormio cuando coincidimos. Había sobornado a un camarero para que me sentara junto a su padre en la cena; pero, cuando llegó el momento, no fui capaz de decirle nada debido a mi angustiado afán por crearle una impresión favorable. Sin embargo, por la tarde, encontré a la familia reunida alrededor de un poste con unos cuantos bolos en la base. Se preguntaban cómo se jugaba a los bolos italianos y, aunque no tenía ni idea, me ofrecí voluntario a enseñarles. Afortunadamente ninguno de ellos hablaba italiano y, en consecuencia, no se tuvieron en cuenta las protestas del chico encargado de dicha labor. No es mi intención recrearme en aquellos días —¡ah, y las noches!— que pasamos en aquellos baños de Bormio. Empecé a amarla en el momento en el que cruzó el tablón; pero ahora tengo más motivos para amarla, y fue en Bormio —y digo esto con humildad— donde ella aprendió a amarme. El banco en el jardín donde me declaré continúa allí, sin duda alguna, junto a la silla donde, en aquel preciso momento, estaba sentado su papá con un pie encima de una mesilla. Durante los siguientes tres días, mi vida fue un sueño delicioso, sin señal alguna de que el despertar pudiera aguardar a la vuelta de la esquina.

»Hasta ese momento no le había mencionado el incidente de Franzenshohe. Quizás juzgarás despreciable mi reticencia, pero el hecho es que temía perder parte de su estima. No podía hablar del tablón sin admitir que me había dado miedo cruzarlo; y entonces, ¿qué pensaría ella, una heroína, de un hombre tan lejos de ser un héroe? Por lo tanto, a pesar de que le había dicho en múltiples ocasiones que me había enamorado de ella a primera vista, pensó que me refería a la primera vez que ella me vio a mí. Le encantaba oírme decir que yo no creía en más amor que el amor a primera vista; y en retrospectiva, recuerdo haberlo dicho por lo menos una vez en cada banco del jardín de los baños de Bormio.

»¿Conoces Tirano, una aldea en un nido de vides, donde los soldados italianos se pavonean y las mujeres duermen al sol entre cestas de fruta? Qué felices llegamos; ¿éramos las mismas personas que lo abandonaron una hora después? Ahora viajaba

con su comitiva, y en Tirano, mientras los otros descansaban, ella y yo bajamos paseando por una carretera entre viñedos y maizales. Desconozco el motivo por el que le dije que yo ya la amaba un día antes de que ella me viera. Puede que fuera algo que ella dijo, quizás sólo un irresistible movimiento de su cabeza; puesto que su gracia no hacía más que cogerme por sorpresa, y era como una revelación unas cien veces al día. Pero fuera lo que fuera lo que me hizo hablar, de repente le dije que me había enamorado de ella cuando la vi de pie sobre el tablón en Franzenshohe. Recuerdo que ella frenó en seco en un punto donde probablemente alguna vez hubo una entrada a los viñedos, y pensé que se había enfadado conmigo por no haberle contado antes el incidente de Franzenshohe. Muy pronto la palidez de su rostro empezó a alarmarme. Me rogó que le dijera que no había sido en Franzenshohe donde la amé por primera vez, y me imaginé que estaba asustada porque su comportamiento en el puente podría haber parecido un poco temerario. Le dije que había estado divina, y representé la escena como sólo un enardecido enamorado podría haber hecho. Entonces rompió en llanto, y volvimos silenciosamente hacia donde estaba su familia. No me dirigió una palabra más.

»Nos encaminamos hacia Sondrio, y antes de que llegáramos diría que estaba tan pálido como ella. Un pensamiento horrible había fustigado mi mente como un fogonazo. En Sondrio tomé a su padre aparte y, sin decirle lo que había ocurrido, le pregunté sobre sus impresiones de Franzenshohe. «¿Se acuerda del pequeño puente —dijo—, que todos temíamos cruzar? Por Júpiter que me he preguntado a menudo quién sería la muchacha que se aventuró primero por él».

»Me alejé para pensar. Mis temores se habían confirmado. No fue ella la primera en cruzar el tablón. Por lo tanto, no era ella de quien me había enamorado. Nada estaba tan claro como que estaba enamorado de la persona equivocada. Durante todo el tiempo había estado amando a otra. Pero, ¿quién era aquélla? Además, ¿la amaba? Ciertamente no. Sí, pero, ¿por qué amaba a ésta? Todos los cimientos de mi amor se habían derrumbado. Y sin embargo, el amor allí seguía, algo, sin duda alguna, absurdo.

»En Colico le planteé el problema a su padre; pero es una persona eminentemente práctica y no entendió su magnitud. Dijo que no entendía la importancia que le daba. En cuanto a ella, no se lo he vuelto a mencionar; pero no deja de pensar en ello, y yo también. Se ha levantado un muro entre nosotros y no sé cómo escalarlo o si tengo algún derecho a hacerlo. ¿Nos ayudarás a mí y... a ella?»

—Evidentemente, no —le dije.

## Primus

Primus es el hijo mayor de mi hermano y una vez pasó las vacaciones de Pascua conmigo. Ni yo lo quería ni él tenía un interés particular en venir, pero las circunstancias nos superaron a ambos y, para ser justo con Primus, debo decir que puso todo su empeño en hacerme ver que yo no estaba en su camino. Se encontraba entonces en esa edad en que los niños empiezan a dirigirse los unos a los otros por sus apellidos.

Ya he mencionado que me cuido mucho de saber cuánto tabaco fumo en una semana, y quizás esté formulando una acusación contra Primus cuando digo que mientras estuvo conmigo la Arcadia desaparecía misteriosamente. Aunque se refería a la mezcla con respeto —como sobrino mío que era— la volcó toda encima de la mesa para fabricarse un teléfono con las latas, y sentía pasión por lo que él llamaba «decapitar puros». Scrymgeour le había regalado un cortapuros con forma de pistola: se ponía el puro al final del agujero, se apretaba el gatillo, y el cigarro quedaba decapitado. La simplicidad del artilugio fascinó a Primus, y tras su regreso a la escuela descubrí que había irrumpido en mis cajas de Cabana y había decapitado casi trescientos puros.

Tan pronto como llegó puso en estado de sitio el corazón de William John, lo capturó en seis horas y lo desmoralizó en veinticuatro. Nosotros, que conocíamos a William John desde hacía años, lo considerábamos muy práctico, pero Primus lo enardeció con cuentos sobre terribles venganzas contra «el viejo Poppy» —que era el sobrenombre que Primus le daba a su preceptor—, y en poco tiempo William John estaba tan henchido de romanticismo que no podíamos confiarle ni el cepillado de las botas. Él y Primus tenían un plan para robar un barco y convertirse en piratas en el que Primus sería el capitán, William John el contra maestre y el viejo Poppy el prisionero. A la tripulación se le añadió un crío con un tirachinas, un tal Johnny Fox, que era otra de las víctimas del tirano Poppy, y practicaban el arrojarlo al mar desde la ventana de Scrymgeour. Habían sacado casi la mitad del tablón por la ventana, y desfilaban por ella hasta que se balanceaba y eran lanzados al patio. Era tal el romanticismo de William John que caminó por el tablón con los brazos atados, gritando ridículamente a petición de los presentes: «¡Capitán, yo os desafío, ja, ja, ja! ¡No ha nacido bucanero que haga palidecer las mejillas de Dick, el Alquitrán temerario!». Entonces William John desapareció de nuestra vista. Le tuvieron que poner cataplasmas.

Mientras William John estaba en cama recuperándose lentamente de su heroísmo, el capitán pirata y Johnny Fox se dedicaron a crearme problemas colocando una cuerda tensa a unos seis pies del suelo, contra la que numerosos sombreros de copa tropezaron para acabar por tierra. Un mejorado tirachinas que disparaban desde el Lowther Arcade conseguía tener al cristalero en la fonda a todas horas. Primus y Johnny Fox se fueron a pasear por Holburn, le quitaron la gorra a un limpiabotas y volvieron con la frente llena de chichones. Un día fueron vistos en Hyde Park —a donde se podría temer que fueron con cigarrillos— corriendo tras las ovejas, de las que huían las damas, mientras unos árabes perseguían a los piratas y policías perseguían a los árabes. El único libro que leyeron fue la *Historia de Roma en viñetas*, propiedad de Gilray. Les gustó tanto que Primus empapeló el interior de la caja donde guardaba sus cosas con las viñetas. Los únicos autores sobre los que me consultaron eran «dos tipos importantes» llamados Descartes y James Payn, de quien Primus descubrió que uno trabajaba mejor en la cama y el otro consideraba el latín y el griego un error. El propósito de los piratas era llamar la atención del viejo Poppy sobre los puntos de vista de estos dos caballeros.

Poco después de que Primus llegara a mi casa supe que su preceptor le había encomendado una tarea durante las vacaciones. Todos sus «colegas» de clase tenían que escribir un ensayo titulado «Mis vacaciones, y cómo las convertí en algo de provecho» y enviárselas a su maestro. La redacción proporcionó a Primus pocos quebraderos de cabeza mientras se mantuvo alejada, pero a medida que se acercaba el momento se refería a ella con indignación y tildaba la actuación de su profesor de «truco sucio». Asustó a nuestra asistenta hasta el punto de hacerla llorar afirmando que no pensaba escribir una sola línea de la tarea y, lo que era peor, que su profesor se iba a «enterar» por habérsela impuesto; también escuché que Johnny y él incluso se habían planteado escribir el ensayo en la forma que les había sugerido su escrutinio de la *Historia de Roma en viñetas*. Un día encontré un escrito en mis habitaciones que me indicó que, en cualquier caso, la tarea era objeto de una seria ponderación. Eran las instrucciones que el profesor de Primus le había dado para realizar el ensayo, que debía ser «en forma epistolar» y «no inferior en extensión a quinientas palabras». El escritor, se sugería, debía dar una visión general de cómo estaba pasando el tiempo, qué libros estaba leyendo y «cómo daba esplendor a su bogar». Desconocía que Primus estuviera capacitado para ello hasta que, un día después de su partida, recibí la carta de su preceptor, que quería saber cuánto de verdad había en ella. Aquí está el ensayo de Primus sobre sus vacaciones y cómo dio esplendor a su hogar:

«Estimado Sr.:

Me dirijo a Ud. para confiarle un tema de interés jeneral para todos aquellos implicados en la educación, y el tema que deseo confiarle es: “Mis bacaciones y cómo les saqué partido”. Han pasado tres semanas y dos días desde que abandoné su

establecimiento escolástico, y abandoné su establecimiento escolástico con lágrimas en los ojos, puesto que se trata del establecimiento escolástico de entre los que he estado en el que más me gusta residir, y todo el mundo era dispuesto y amable. Las vacaciones son buenas para reemprender nuestros estudios con renovado vigor, los moluscos necesitan ser vigorizados y yo, en mis vacaciones no he extenuado ni cuerpo ni mente. Encontré bien a mi tío, y le traje un adorno para la puerta y él pensó que yo había mejorado tanto en apariencia como en modales; y le dije que tal cosa se debía al amantísimo cuidado que mi profesor pone en conseguir que la mejora de la apariencia y los modales suponga un placer para la juventud de Inglaterra. A mi tío le complació cronquetamente la mejora que había hecho, no sólo en mi aspecto y modales, sino también en mis estudios; y le conté que César era el escritor latino que más me gustaba y cité *veni, vidi, vici* y otras que lamento no recordar en este momento. Con su amable permiso me gustaría relatarle brevemente como pasé mis días durante las vacaciones; y la primera manera que tuve de pasar mis días durante las vacaciones fue haciendo todo lo que mis manos encontraron para hacer, haciéndolo con toda mi voluntad; también me determiné noblemente a no erir los sentimientos de los demás y, recordé decir, antes de ir a dormir, “Algo intenté, algo hice, para ganar el reposo nocturno”, como Ud. me aconsejó, mi estimado comunicante. Pasé mis días durante las vacaciones levantándome temprano para llegar a tiempo al desayuno y dar ningún problema. En el desayuno me comportaba como un modelo, para dar ejemplo; y después salía con mi querido y joven amigo John Fox, a quien escogí cuidadosamente como amigo, puesto que temía corromper mis valores alternando con muchachos maleducados. El J. Fox al que me refiero es estimado por todo aquel que lo conoce por su inusual y amable disposición; y Ud. mismo, mi muy respetado Sr., lo conoce personalmente, puesto que se encuentra en mi clase y es más conocido en censurable argot como “Foxy”. Andemos por Hyde Park admirando las obras de la naturaleza, rememoremos nuestro latín llamando “arbor” a los árboles cuando veíamos alguno y repasando las declinaciones; pero jamás escalemos los árboles por miedo a ensuciar las ropas otorgadas a nosotros por nuestros amantísimos padres con el sudor de sus frentes; y nos neguemos a tirar piedras a los bellos jilgueros que llenan la atmósfera con música. Por las tardes pasé mis días durante las vacaciones hablando con la asistenta sobre cosas que ella entiende, como que no me quitaría los pantalones de franela hasta el 15 de junio, o alababa a la matrona del colegio por enmendar mis calcetines. Al anochecer me dedicaba con fervor a cualquier buena causa en la que pudiera pensar; y siempre me quitaba las botas y me ponía las zapatillas para no estropear la moqueta. Quisiera, mi respetado Sr., informarle de los libros que he estado leyendo cuando mis obligaciones me lo permitían; y los libros que he leído son las obras de William Shakspeare, John Milton, Albert Tennyson y Francis Bacon. John Fox y yo también estudiemos la

*Historia de Roma*, con objeto de abastecernos de la grandeza del pasado; y confiamos en que los gloriosos ejemplos de Rómulo y Remo, pero especialmente el de Anibal, se anclarán en nuestras mentes para guiarnos en nuestras vidas. Me encuentro deseoso de comunicarle el modo en que di esplendor al hogar de mi tío; pero ya he llegado a las 500 palabras. Así que esperando ansiosamente terminar mis hestudios, suyo, mi respetado Sr., su diligente pupilo.»

## Primus a su tío

Aunque todos fingimos alegría cuando Primus se fue, de vez en cuando hablábamos brevemente de él, y yo leía en voz alta sus cartas en nuestras reuniones vespertinas. Aquí ofrezco una serie de las que todavía guardo en mi escritorio. Primus era ya un año mayor y había mejorado su ortografía.

### I.

16 de noviembre

Querido tío:

Aunque no te he escrito desde hace mucho tiempo pienso a menudo en ti y en el Sr. Gilray, así como en el resto y en la mezcla Arcadia, y espero que mi madre te haya informado de que estoy bien y feliz, aunque un poco extenuado, puesto que me encuentro deseoso de complacer a mi preceptor mediante la obtención de una posición reputada en los exámenes, y desayunamos a las 7:30 en punto. Supongo que para Navidad volverás a regalarme algo de seis chelines, así que te envío unas líneas para que no me compres algo que no quiero, puesto que sólo quedan treinta y nueve días para Navidad. Creo que quiero otro libro, pero no un cuento de hadas o algo por el estilo, ni *La Familia Robinson* ni ninguno de los libros de antes. Hay una historia fascinante llamada *Secuestrados* de H. Rider Haggard, pero sólo vale cinco chelines, así que si piensas sobre ello puedes llegar a los seis chelines comprándome un cinturón de fútbol. El año pasado me regalaste *La formación del carácter* y lo leí con un gran progreso mental y todo eso, pero este año quiero un cambio, a saber, (1) nada de cuentos de hadas, (2) nada de cuentos de antes, (3) nada de progresos mentales. No te decidas por nada sin antes comentarlo conmigo. Dile a William John que peleé con Darky y lo puse en su sitio en tres *rounds*. Recuerdos al Sr. Gilray y a los demás.

### II.

19 de noviembre

Querido tío:

Nuestro preceptor está en contra de que escribamos cartas que no supervisa, así que tengo que subir el papel a mi dormitorio escondido en el chaleco y escribir allí, y

desearía que el viejo Poppy fumara la mezcla Arcadia para que lo convirtiera en más parecido a ti. Olvida el cinturón de fútbol porque he conseguido el de Johnny Fox por una miseria; así que ya no quiero el *Secuestrados* del que te escribí, porque prefiero que te centres en un libro de seis chelines. Hay uno que se llama *La roca del muerto*, del que ha oído hablar Dickson Secundus, y suena bien; pero no es muy seguro guiarse por el nombre, así que no lo compres hasta que no sepa algo más de él. Si ves reseñas en los periódicos, podrías enviármelas, porque por el título podría tratarse de un libro de piratas, pero el autor no da su nombre, lo que, francamente, resulta sospechoso. Así que, acuérdate, no lo compres todavía, pregunta el precio, si está ilustrado y cuántas páginas tiene. El de Ballantyne de este año es sobre la brigada contra incendios; pero no creo que me apetezca porque en los últimos tiempos se está pasando de informativo, y además ya tengo uno suyo de la brigada contra incendios. Por supuesto no pienses que no lo quiero; sólo que no lo tienes que comprar por el momento. Tampoco compres *La roca del muerto*. Trabajo con diligencia y dile a la asistenta que mis calcetines están bien. Puede que acabemos decidiéndonos por *La roca del muerto*, pero es mejor no apresurarse.

### III.

24 de noviembre

Querido tío:

Creo que no quiero *La roca del muerto* porque Hope ha sacado dos libros, y es siempre una baza segura. Lo peor que tienen es que valen tres con seis cada uno, y Dickson Secundus dice que uno es la continuación del otro, así que lo mejor es tenerlos los dos o ninguno. Los dos a tres con seis hacen 7 chelines, y me pregunto si este año querrías llegar tan lejos. En griego voy de los primeros y me convertiré en el mejor si mi salud no se quebranta con tanta presión. Quizás si compras los dos juntos te los rebajan a 6 chelines y 6 peniques. O, ¿qué tal si le dices a la asistenta que te dé un chelín y que no me envíe las corbatas?

### IV.

26 de noviembre

Querido tío:

Me decepcionó no saber de ti esta mañana, pero supongo que estás muy ocupado. Ya no quiero los libros de Hope, prefiero una pelota de fútbol. Jugamos contra Gloucester el martes y los machacamos (¡¡¡Cinco goles a uno!!!). Costaría 7 chelines y 6 peniques, aunque pondré el uno con seis de mi paga; pero ahora lo pagas todo tú

y yo ya te lo daré cuando esté un poco más desahogado de lo que voy ahora. Mejor lo compro yo por si tú no eliges el adecuado, así que podrías enviarme el dinero en un giro postal. Puedes enviar el giro en la oficina de correos más cercana y añadirlo en una carta. Quiero la pelota de fútbol ya. (1) Ningún libro de ninguna clase; (2) un balón de fútbol, pero ya lo compro yo; (3) precio 7 chelines con 6 peniques; (4) envía un giro postal.

V.

29 de noviembre

Querido tío:

Informa amablemente a William John de que le debo un favor por ayer y también a ti por tu mensaje, preguntándome si estaba seguro de que lo que quería era una pelota de fútbol. Debo informarte de que he cambiado de opinión y que, después de todo, vuelvo al libro (o a dos libros según el precio). Dickson Secundus ha visto una reseña de un periódico sobre *La roca del muerto* y es fascinante, pero desgraciadamente habla mucho de una chica. Así que no me compres *La roca del muerto*. He hablado con Fox sobre los dos libros de Hope y me aconseja que me compres uno (3 chelines y 6 peniques) y me des el resto en metálico (2 chelines con 6 peniques), que hacen seis chelines. No sé si me gusta ese plan, aunque es justo para ambas partes, porque Dickson Secundus recibió una vez dinero de su padre en vez de un libro y se le fue como el viento sin que le quedara nada para enseñar; pero pensaré en ello durante mis tareas escolares y ya te volveré a escribir, aunque no hagas nada hasta que tengas noticias mías, y acuérdate de que no quiero la pelota.

VI.

3 de diciembre

Querido tío:

No compres los libros de Hope. Acaba de salir un relato fabuloso de Julio Verne sobre un hombre que construyó una máquina que le permitía caminar boca abajo por el espacio, con setenta y cinco ilustraciones; pero lo peor que tiene es que cuesta media guinea. Por supuesto no te pido que desemborses tanto, pero es una pena que cueste tanto, porque evidentemente es un libro genial, y no hay nada que se le pueda comparar. Diez con seis es mucho dinero. ¿A ti qué te parece? Adjunto, para que la estudies, una reseña de un periódico sobre el libro, que dice que despertará la imaginación y enseñará a los chicos a comportarse como hombres y a tener confianza en sí mismos. Por supuesto podrías no regalármelo; pero creo que me haría bien y

estoy trabajando tan duro que no tengo ni tiempo para el ejercicio físico. Deben tenerlo en todas las librerías. P. D.: Fox ha leído *La roca del muerto* y su valoración ha sido 9 sobre 10.

## VII.

4 de diciembre

Querido tío:

Anoche estuve pensando en la cama sobre el libro de Julio Verne y veo un modo de obtenerlo que tanto Dickson Secundus como Fox consideran justo. Quiero que el libro sea el regalo de esta y la siguiente Navidad. Es decir, que el año que viene no te pediré ningún regalo por Navidad; pero eso no me importa con tal de conseguir el libro. Un libro de seis chelines este año y otro el que viene, hacen un total de 12 chelines, y el de Julio Verne cuesta sólo 10 chelines y 6 peniques, así que, a largo plazo, este plan te ahorra 1 chelín y 6 peniques. Creo que deberías comprarlo inmediatamente, por si acaso se agota antes de Navidades.

## VIII.

5 de diciembre

Mi querido tío:

Espero que aún no hayas comprado el libro, porque Dickson Secundus ha encontrado una tienda en el Strand donde se venden todos los libros rebajados. Te ahorras tres peniques por chelín, así que puedes conseguir un libro de diez con seis por 7 chelines y 10 peniques. Eso te permitiría comprarme, después de todo, uno más barato para el año que viene. Adjunto la dirección.

## IX.

7 de diciembre

Querido tío:

Dickson Secundus estaba hoy echándole un vistazo a *La formación del carácter*, que me regalaste el año pasado, y ha descubierto que lo compraste en la tienda del Strand sobre la que te escribí, así que lo conseguiste por 4 chelines y 6 peniques. Hemos estado mirando el resto de libros que me enviaste las otras Navidades, y todos tienen el sello que indica que fueron comprados en la misma tienda. Algunos de ellos me los regalaste cuando era un niño, y eso era en la época en que me regalabas libros

de 2 chelines y de 3 chelines y 6 peniques; pero Dickson Secundus y Fox me han estado ayudando a contar cuánto me debes como sigue:

		Valor nominal			Precio pagado	
		£	s.	d.	s.	d.
1880	<i>Sol y sombra</i> .....	0	2	0	1	6
1881	<i>Honestamente Jack</i> .....	0	2	0	1	6
1882	<i>El muchacho hace al hombre</i> .....	0	3	6	2	7½
1883	<i>Grandes exploradores</i> .....	0	3	6	2	7½
1884	<i>Salvar los rápidos</i> .....	0	3	6	2	7½
1885	<i>Los viajes de un muchacho</i> .....	0	5	0	3	9
1886	<i>La formación del carácter</i> .....	0	6	0	4	6
		<hr/>			<hr/>	
		1	5	6	19	1½
		0	19	1½		
		<hr/>			<hr/>	
		0	6	4		

De lo que se infiere que 6 chelines y 4 peniques es la suma exacta. Lo mejor para ti va ser que no me compres nada hasta que tenga vacaciones y mi padre me pueda llevar a Londres. Dile a William John que voy.

P. D.: Le hablé a mi padre de la mezcla Arcadia, y ese es el motivo por el que va a Londres.

## Tabaco propio

Pettigrew me pidió un día que fuera a su casa a probar un tabaco que su hermano había cultivado en el jardín que tenía en Devonshire. Hasta aquel momento jamás había tenido oportunidad de juzgar por mí mismo si el intento de cultivar tabaco en suelo inglés tenía futuro. Fue muy amable por parte de Pettigrew su aseveración de que se había abstenido de fumar el tabaco hasta que pudiéramos probarlo juntos. Durante la cena, en presencia de la Sra. Pettigrew habíamos conseguido hablar algún tiempo de otros temas; pero teníamos el tabaco en mente, y me alegró comprobar que, a pesar de las bromas de su esposa, mi anfitrión tenía interés genuino en el experimento que íbamos a llevar a cabo. Ella esbozó un entretenido cuadro, sin duda un tanto exagerado, de la dificultad de su marido para contenerse antes de que yo llegara, y declaró que cada vez que entraba en el salón de fumar lo encontraba mirándolo fijamente. Pettigrew se tomó esto con humor y me informó de que en varias ocasiones ella lo había llevado a la salita para mostrárselo orgullosa a sus amigas. Estaba encantado, dijo, con que me fuera a quedar allí a dormir, ya que eso nos permitiría una prolongada velada dedicada a catar el tabaco en profundidad. Uno de sus vecinos también había estado experimentando, y Pettigrew, que tiene un considerable sentido del humor, me contó una divertida historia sobre este hombre y unos amigos, que habían empezado a emitir juicios sobre el tabaco cultivado en casa tras fumar ¡una sola pipa! Nos reímos largo y tendido sobre el ridículo e insatisfactorio carácter de dicha prueba (por llamarla de algún modo) mientras nos trasladábamos al salón de fumar. Antes de eso la Sra. Pettigrew me deseó buenas noches. También había dejado órdenes estrictas al servicio de no molestarnos bajo ningún concepto.

Tan pronto estuvimos cómodamente instalados en nuestros sillones de fumadores, algo que cuesta más de lo que la mayoría pudiera pensar, Pettigrew me ofreció un Cabana. Yo habría preferido empezar de inmediato con el tabaco, pero, evidentemente, él era mi anfitrión, y me puse en sus manos por completo. Reparé en que, desde el momento en que su mujer nos dejó, Pettigrew se encontraba un tanto excitado y hablaba más de lo que era su costumbre. Parecía como si pensara que no cumplía con su deber de anfitrión si permitía que la conversación decayera por un momento, y lo que era todavía más curioso, habló de todo excepto del tabaco de jardín. Quiero hacer hincapié en esto desde el principio para que nadie piense que yo fui responsable de alguna manera por el modo en que llevamos a cabo nuestro

experimento. Si hubo algún error, éste debe recaer por completo en Pettigrew. Recuerdo con claridad haberle preguntado —no de una manera sibilina, sino directamente— por qué no fumábamos su tabaco. Formulé la pregunta durante los preliminares del proceso, justo después de haber encendido mi segundo puro. La razón por la que encendí aquel puro resultará obvia para cualquier caballero fumador. Si lo hubiese declinado Pettigrew hubiera podido pensar que la marca no era de mi gusto, lo que habría resultado doloroso para él. Sin embargo, no sacó inmediatamente el tabaco; de hecho recuerdo que dijo —fueron sus palabras precisas— que teníamos muchísimo tiempo. Como invitado no podía insistir más.

Pettigrew fuma más rápido que yo, y ya había llegado al final de su segundo puro cuando a mí todavía me quedaban unos cinco minutos del mío. Me exaspera tener que contar lo que aconteció después. Inmediatamente encendió un tercer puro y, entonces, abrió el armario y sacó unas dos onzas del tabaco de jardín. Lo que pretendía era demasiado evidente. Como acababa de encender su tercer puro no se podía esperar que probara el tabaco en ese momento, mientras que no había nada que me impidiera hacerlo a mí. Miré a Pettigrew con no poco desdén, y después observé el tabaco con gran interés. Era bastante negro. Cuando levanté la mirada sorprendí a Pettigrew con un ojo puesto en mí. Miró hacia otro lado disimulando, pero poco después lo volví a ver observándome de la misma manera sibilina. Transcurrió un doloroso silencio durante algún tiempo, tras el que me preguntó si tenía algo que decir. Repliqué con convicción que estaba deseoso de probar el tabaco. Para entonces mi puro se había reducido a una colilla, pero por razones que Pettigrew malentendió, continué fumándomelo. De alguna manera, nuestros sillones habían cambiado de posición, y ahora estábamos sentados dándonos la espalda. Sentí que Pettigrew me miraba furtivamente por encima del hombro, y le lancé una mirada sesgada para comprobarlo. Nuestros ojos se cruzaron, y yo me mordí los labios. Si hay algo que odio es que alguien me observe con esa mirada culpable.

Seguí fumándome la colilla del puro hasta que me chamuscó el labio inferior, y a intervalos Pettigrew comentaba, sin darse la vuelta, que mi puro parecía interminable. Hice caso omiso a sus indirectas, pero, a la postre, tuve que desistir de fumarme el final del puro. Para no hacer ruido lo tiré silenciosamente, pero Pettigrew debía de estar pendiente de mis movimientos. Se giró de repente y empujó el tabaco hacia mí. Jamás, con casi total seguridad, lo había tenido por un ser tan ruin como en aquel momento. Mi indignación debía mostrarse en mi rostro, porque se retrepó en su sillón diciendo que pensaba que «quería probarlo». Ahora bien, yo nunca dije que no quería realizar el experimento, y el lector habrá podido comprobar que fui a casa de Pettigrew con el único objeto de degustar el tabaco. ¿Tenía entonces Pettigrew algún motivo para insinuar que no pensaba catarlo? Reprimiendo mi indignación me encendí un tercer puro, y después le planteé abiertamente la pregunta: ¿tenía o no

tenía él intenciones de probar aquel tabaco? Debo reconocer que quizás fui un poco brusco, pero hay que tener en cuenta que había hecho todo el camino desde la fonda, tomándome molestias considerables, para someter al tabaco a un examen intensivo.

Como es costumbre en los hombres de la clase de Pettigrew cuando se encuentran arrinconados, intentó echarme a mí todas las culpas. «¿Por qué no había probado el tabaco —inquirió—, en vez de empezar un tercer puro?». Como respuesta, pregunté con mordacidad si no era ése su tercer puro. Lo admitió, lo era, pero dijo que él fumaba más rápido que yo, como si eso justificara su comportamiento. Me fumé el tercer puro con mucha lentitud, pero no porque quisiera echar a perder el experimento, puesto que, como todo el mundo habrá podido observar, yo estaba realmente ansioso por catar el tabaco, sino para ver qué sucedería después. Cuando Pettigrew acabó su tercer puro —que me pareció eterno— miró durante un rato el tabaco de jardín y cogió una pipa de la repisa de la chimenea. Primero la sostuvo en una mano, después en la otra, y, por último, se le iluminó el rostro y me comunicó que iba a limpiar sus pipas; algo que hizo con una lentitud pasmosa. Cuando terminó, volvió a mirar el tabaco de jardín, que yo le acerqué. Me miró como si no hubiera obrado amistosamente, y entonces dijo, como disculpándose, que se fumaría una pipa mientras me acababa el puro. Le dije «De acuerdo» de manera cordial, pensando que tenía intención de comenzar el experimento, pero cuál no sería mi sorpresa cuando sacó un tarro de la mezcla Arcadia. Llenó la pipa con su contenido y procedió a encenderla, al tiempo que me lanzaba una mirada desafiante. Su excusa de esperar a que yo terminase daba demasiada lástima como para tenerla en consideración. Me terminé el puro al cabo de unos minutos, y llegó el momento en el que me habría gustado dar comienzo al experimento. Sin embargo, como huésped de Pettigrew no podía tomarme semejante libertad, aunque él, con una falta de pudor absoluta, me volvió a acercar el tabaco de jardín. Llené mi pipa con la única intención de cargarla por la mitad de Arcadia para que Pettigrew y yo termináramos al mismo tiempo. La costumbre, no obstante, me llevó a ser generoso e, inadvertidamente, la colmé, y sólo me di cuenta del error cuando ya era demasiado tarde. Aunque le aconsejé que empezara con el tabaco de jardín sin esperarme, insistió en fumarse media cazoleta de Arcadia para hacerme compañía. Por increíble que pueda parecer, aunque lo intentamos, no conseguimos acabarnos las pipas al mismo tiempo.

Hacia las dos de la madrugada, Pettigrew dijo algo acerca de irse a dormir; y yo me levanté y vacié mi pipa. Estuvimos un rato de pie ante el fuego y expresé contrariedad por el hecho de que yo tuviera que irme tan temprano por la mañana. Después apagó las luces y ambos miramos el tabaco de jardín. Pareció tener una repentina idea; porque metió con diligencia el tabaco en un impoluto paquetito de papel y me lo regaló, comentando que quizás quisiera probarlo en la fonda. Lo cogí sin decir una palabra, pero abrí la mano sin querer y lo dejé caer. Mi primer impulso

fue recuperarlo; pero entonces reparé en que Pettigrew no se había dado cuenta de lo que había pasado y que si me veía recogerlo podría llegar a pensar que no lo había tratado con el merecido cuidado. Así que lo dejé allí y, tras desearle buenas noches, me fui a dormir. Ya estaba al pie de la escalera cuando pensé, que después de todo, quizás me gustara el tabaco, así que di la vuelta. No pude ver el paquete por ningún sitio, pero había algo que crepitaba en la chimenea y Pettigrew tenía las tenazas en la mano. Murmuró algo acerca de que su esposa iba a hacerse una idea equivocada. Al día siguiente, dicha dama se mostró muy irónica sobre el hecho de que nos hubiéramos fumado las dos onzas enteras.

## Cómo fuman los héroes

Sobre una piel de tigre, en las regiones heladas de un norte en perpetuo crepúsculo, descansan los héroes de Ouida con puros con aroma de rosas en sus bocas; gloriosos, indolentes y desdeñosos, pero, quizás, demasiado cerca los unos de los otros a juzgar por el alojamiento limitado. Strathmore está aquí. Pero Strathmore nunca me inspiró total confianza. ¿Había menos en él de lo que parecía a simple vista? Su vivienda, Whiteladies, era un hogar digno de reyes; pero él no era la lujosa y magnánima criatura que fingía ser. A un anfitrión se le conoce por los puros que guarda; y, aunque pueda parecer algo sorprendente, tenemos buenos motivos para creer que Strathmore no compraba buenos puros. Cuestiono seriamente que en Whiteladies guardara muchos habanos, incluso de segunda clase; y si los tenía, desde luego era bajo llave. Sólo en una ocasión se digna a referirse a ellos cuando se encuentra en su casa, e incluso entonces en un tono de lo más general y sospechoso. «¡Bah!», exclama ante un amigo, «ya está Phil fumando otra vez esos abyectos cigarrillos aromatizados al almizcle; sólo son adecuados para Lady Georgie o Eulalie Papellori. ¡Qué mal gusto, habiendo puros como mis habanos y mis *cheroots!*». La puntualización, se mire por donde se mire, es sin duda sugerente. En primer lugar, la hace entrada la noche, después de que Strathmore y su amigo hayan abandonado el salón de fumar. Se trata pues de un comentario que no le compromete a nada. Yo no iría tan lejos como para afirmar que no tenía habanos en la casa; lo más probable es que tuviera algunos en su caja de puros, aunque colocados allí más para admirar que para ser consumidos. Éstos, si entiendo al personaje, serían de una buena marca pero pequeños —quizás Reinas— y difícilmente de una cosecha conocida. De color tirando a oscuro —maduro, se llama; y relatará que los compró porque le gustan las hierbas llenas de sabor. Es posible que tuviera alguna caja de Villar y Villar con seis u ocho al fondo, pero las cajas no son puros. Lo que les ofrecía a sus amigos eran Manilas. Él mismo los fumaba, y se puede apreciar página sí página no cuán cuidadoso era con ellos. Se detiene con mucha frecuencia en mitad de la conversación para «volver a enrollar una hoja suelta de su Manila» cuando lo que uno espera de un héroe como Strathmore es que en el momento en que se empiecen a desenrollar las hojas de su puro, lo tire y encienda otro. Tan ahorrador es Strathmore que incluso se dedica a la laboriosa tarea de «enrollar las hojas alrededor de sus cigarrillos». Pero no lo hace para fingir que son egipcios; no señor, incluso cuando se pelea con su querido amigo Errol (a quien dispara en el corazón), se saca el cigarrillo

de la boca y «vuelve a colocar una hoja suelta» alrededor de él.

Si los Manilas de Strathmore fueran Capitanes Generales le costarían más o menos 24 chelines el centenar. Lo más probable, sin embargo, es que fueran de peor calidad, pongamos 17 chelines y 6 peniques. No hace falta decir que un buen Manila no requiere constantemente que se le «enrollen» las hojas. Cuando Errol va al jardín a fumar, tiene que «encender una cerilla» cada pocos minutos; de lo que se deduce que su puro se apaga con bastante frecuencia. Esto resulta ya sospechoso en sí mismo. Errol ha sido visto por su anfitrión en más de una ocasión paseando sin rumbo por los campos, de noche, con un puro entre los dientes. Strathmore sospecha que su susceptible amigo tiene una historia de amor a la vista; pero ¿no sería igual de probable una explicación como que Errol tiene su propia provisión de puros en Whiteladies, y que por delicadeza no le guste fumarlos en presencia de su anfitrión? En una ocasión, de hecho, vemos a Strathmore fumando un buen puro, aunque no se nos informa de cómo llegó hasta él. Cuando está hablando del Vavasour, «clava su cortaplumas en el Cabana», con el evidente objeto de fumárselo hasta el amargo final. Otra dama novelista, que es también una autoridad en tabaco, la señorita Rhoda Broughton, descarta desdeñosamente a un aspirante al puesto de héroe en una de sus historias por ser el tipo de hombre que da una vuelta al bajo de sus pantalones. Habría resultado igual de mordaz decir de él que clavaba un cortaplumas en sus puros.

Me viene en mente otro héroe, cuya creadora no le hace justicia de manera inintencionada. Es el de *A través del centeno*, un caballero que ningún ama de llaves del siglo XIX dejaría morir si pudiera evitarlo. Sin duda alguna es grande y, sin embargo, cuanto más piensa uno en él, más claro resulta que si la heroína se hubiese casado con él, habría sufrido un amargo desencanto. En su compañía era magnánimo, divino, pródigo; pero en su salón de fumador se quitaba la máscara. Todas las damas recordarán la escena en que va hasta la casa de la heroína para implorarle que vuelva con él junto al lecho de su esposa moribunda. El repentino anuncio de que su esposa —que él pensaba se encontraba con buena salud— está muriendo basta, sin lugar a dudas, para que hasta un tacaño olvide toda su mezquindad, no digamos un héroe; y, sin embargo ¿qué hace Vasher? La heroína, en un frenesí vesánico, tiene que atravesar el salón de fumar y ¿qué es lo que ve en la mesa?: «Un puro a medio fumar». Estaba fumándolo cuando un criado fue a avisarle de la última voluntad de su esposa; y antes de precipitarse a cumplir sus deseos, dejó cuidadosamente lo que quedaba de su puro encima de la mesa... con la intención patente de volverlo a encender cuando regresara. Aunque ella no lo pensó, el padre de nuestra heroína era un hombre mucho más distinguido que Vasher. «Expulsaba grandes y acogedoras nubes» que provocaban que la totalidad de su numerosa familia «tosiera y parpadeara una y otra vez». Ningún padre normal y corriente podría hacer eso.

Entre mis favoritos de salón de fumar se encuentra el héroe del relato de la

señorita Adeline Sergeant, *Tocar y desaparecer*. Es un corresponsal de guerra y cuando ve el cuerpo de un enemigo abalanzándose sobre él y el oficial herido a quien ha intentado salvar, le ofrece imperturbable un puro a su compañero. Se lo fuman pausadamente hasta que el enemigo se aleja. Hay algo grande en esto, aunque no se mencione el tipo de puro.

Veo a un héroe con barba, gorra, un cayado de pastor y una pipa de arcilla en su boca. Proviene de Bohemia, desde siempre un tipo popular de héroe, y el bohemio es conocido en el mundo entero por su pipa, que prefiere a un puro. El hombre alto y desdeñoso, que está perezosamente reclinado en la puerta, «expulsando grandes nubes de humo en el aire», es el héroe de cientos de novelas. Así es como se encuentra cuando la heroína, que siempre necesita algo que ha dejado en la salita y tiene que deslizarse en medio de la noche por las escaleras en camisón (la preciosa melena liberada de los lazos cayendo en cascada por su cuello y hombros), se encuentra frente a él de manera completamente inesperada. Él es joven y en su rostro «se dibuja durante un segundo una sonrisa» cuando la heroína dice algo pueril. Ella (confundiendo por completo sus sentimientos) cree que lo odia. Fuma de manera poco ostentosa, mas, aunque un tanto inclinado a las «impertinencias» discretas, es un hombre de profundos sentimientos. Poco a poco él se abrirá a ella y acabará abrazándola. La befa está servida. Lo veo, sombrío, con ojos tristes, un caballero con aire displicente que ha sido adorado por todas las criaturas de quince edades, y que, sin embargo, habla de las mujeres con una presunción arrogante. Qué grande es, sin embargo, el amor; y la vulgar chiquilla de modales callejeros le demostrará en nuestro próximo libro que por lo menos hay una sin igual de entre las de su sexo. ¡Ah, qué maravillosa cosa es el amor! Me flanquean oscuros y atractivos hombres con algo siniestro en sus sonrisas, «que lanzan sus puros con una maldición contenida». Ninguna novela estaría completa sin ellos. Cuando son heridos por la valiente narradora, proceden habitualmente a lanzar sus puros con una maldición contenida. Podría valer cualquier tipo de maldición; pero se prefieren las contenidas.

## El fantasma de Nochebuena

Hace unos años, como algunos recordarán, se publicó un artículo sobre un fantasma estremecedor en el órgano de difusión mensual de la Sociedad de las Casas Encantadas. El escritor daba fe de la veracidad de los hechos narrados, e incluso proporcionaba el nombre de la mansión de Yorkshire donde tuvo lugar el incidente. Tanto el artículo como el debate que suscitó me inquietaron mucho, y consulté a Pettigrew sobre lo aconsejable de verter luz sobre el misterio. El autor escribió que «vio claramente cómo su brazo atravesaba la aparición y salía por el otro lado» y, en efecto, aún recuerdo cómo se refirió a este acontecimiento a la mañana siguiente. El hombre tenía la cara descompuesta por el miedo, pero tuve la suficiente presencia de ánimo para continuar comiéndome mis rollitos con mermelada como si mi pipa de brezo no hubiera tenido nada que ver con el milagroso asunto.

En vista de que hasta escribió un «artículo» sobre aquello, supongo que algún derecho tenía a retocar los detalles circunstanciales. Dice, por ejemplo, que antes de irnos a la cama nos relataron la historia del fantasma que se dice vaga por la casa. Por lo que yo recuerdo, éste sólo se mencionó en el almuerzo e, incluso entonces, fueron comentarios escépticos. En lugar de estar nevando mientras un aterrador viento ululaba entre los esqueletos de los árboles, la noche era tranquila y pegajosa. Por último, yo desconocía completamente, hasta que la revista llegó a mis manos, que había sido alojado en la habitación conocida como «la Alcoba Encantada», como tampoco sabía que en dicha estancia el fuego es célebre por dibujar sombras inquietantes en las paredes. Ese hecho, sin embargo, podría ser cierto. La leyenda del fantasma de la mansión la relata exactamente como yo la conozco. La tragedia data de la época de Carlos I, y tiene su origen en una patética historia de amor que ustedes no tienen necesidad de saber. Basta decir que durante siete días y noches el antiguo mayordomo estuvo esperando con ansiedad el regreso de sus jóvenes amos de su luna de miel. En Nochebuena, después de irse a dormir escuchó un insistente repiqueteo de la campanilla de la puerta. A trompicones, se apresuró en camisón al piso de abajo. Según la leyenda fue visto por una serie de sirvientes que vieron, por la luz de su vela, que tenía el rostro de un blanco ceniciento. Quitó las cadenas de la puerta, descorrió el cerrojo y la abrió. Lo que vio no lo sabe ningún ser humano, pero debió de ser algo horrible, porque sin emitir sonido alguno el viejo mayordomo cayó muerto en el recibidor. La parte más extraña de la historia es la siguiente: la sombra de un hombre de aspecto noble, con una pistola en la mano, entró por la puerta, pasó

por encima del cuerpo del mayordomo, se deslizó escaleras arriba y desapareció nadie sabe dónde. Ésta es la leyenda. No hace falta que explique las muchas ingeniosas explicaciones de la misma que se han llegado a ofrecer. Sin embargo, cada Nochebuena se dice que la escena se vuelve a repetir; y la tradición afirma que ninguna persona a la que el fantasmal intruso apunta con su pistola sobrevive más de doce meses.

El día de Navidad el caballero que relata la historia en una publicación científica causó cierta sensación durante el desayuno cuando aseguró solemnemente que había visto al fantasma. Muchos de los hombres presentes consideraron la historia absurda, la cual se podría condensar en pocas palabras: se había retirado a su alcoba a una hora bastante temprana y, tan pronto como abrió la puerta, se apagó la luz de su vela. Intentó avivar el fuego, pero las brasas estaban demasiado débiles, y al final se fue a dormir en penumbras. Le despertó, no sabe a qué hora, el sonido de una campanilla. Se retrepó en la cama y la historia del fantasma le volvió a la mente. Se le había apagado el fuego y la habitación estaba consecuentemente a oscuras; sin embargo, poco a poco fue dándose cuenta, aunque no escuchó ningún ruido, de que su puerta se había abierto. Gritó «¿Quién anda ahí?», pero no obtuvo respuesta. Con gran esfuerzo se puso en pie y fue hasta la puerta, que estaba entreabierta. Su habitación se hallaba en el primer piso, y cuando miró hacia arriba por las escaleras no alcanzó a ver nada. Sin embargo, sintió un escalofrío en el corazón cuando miró hacia el otro lado. Poco a poco y sin hacer ruido, un hombre anciano estaba bajando las escaleras. Llevaba una vela. Desde la parte de arriba de las escaleras sólo es visible parte del zaguán, pero en cuanto la aparición salió de su ángulo de visión, el observador tuvo el valor de bajar unos cuantos escalones tras él. Al principio no podía ver nada porque la luz de la vela se había desvanecido, pero una luz muy tenue entraba por los grandes y estrechos ventanales que flanquean la puerta de entrada, y poco después fue capaz de apreciar que éste se encontraba vacío. Estaba maravillado de la repentina desaparición del mayordomo, cuando, para su espanto, vio caer un cuerpo al suelo del recibidor a unos pocos pies de la puerta. El observador no puede decir si gritó, ni cuánto tiempo se quedó allí temblando. Volvió en sí de un sobresalto cuando se dio cuenta de que algo estaba subiendo por las escaleras. El miedo le impidió huir y en un segundo la cosa había llegado hasta él. Entonces pudo comprobar que no se trataba de la figura que había visto descender. Vio un hombre joven, con un abrigo pesado, pero sin sombrero. Su rostro irradiaba una extraña satisfacción. El invitado dirigió temerariamente su brazo hacia la figura. Para su sorpresa el brazo la atravesó. El fantasma se detuvo un instante y miró hacia atrás; y fue entonces cuando se dio cuenta de que llevaba una pistola en la mano derecha. Para entonces se encontraba ya en una situación de tal tensión que se puso de pie temblando por miedo a que la pistola estuviera apuntándole a él. La aparición, sin embargo, subió rápidamente por

las escaleras y pronto se perdió de vista. Éstos son los hechos más relevantes de la historia, de los que, en su momento, no contradije ninguno.

No puedo asegurar totalmente que llegue a aclarar este misterio, pero mis sospechas se ven confirmadas por una buena cantidad de pruebas circunstanciales. Lo que voy a contar no podrá ser comprendido a menos que explique mi extraña obsesión. A cualquier lugar donde iba tenía la sensación de haberme olvidado mi pipa. A menudo, incluso sentados a la hora de la cena, me detenía en el medio de una frase como acometido por un dolor repentino. Entonces mi mano iba directa al bolsillo y, había veces, incluso después de haber notado mi pipa, en que tenía la convicción de que se había obstruido. Sólo con un esfuerzo desesperado podía abstenerme de sacarla y soplar por ella. Recuerdo con absoluta claridad una vez en la que soñé tres noches consecutivas que estaba en el Scotch Express sin ella. En más de una ocasión, lo aseguro, he estado vagando en mis sueños buscándola por toda suerte de lugares, y antes de meterme en la cama lo normal es que vaya a buscarla, sólo para asegurarme. Creo firmemente, por lo tanto, que yo fui el fantasma que vio el autor del artículo. Supongo que me levanté en sueños, encendí una vela y vagué por el zaguán para comprobar que mi pipa se encontraba segura en mi abrigo, que estaba allí colgado. La luz se debió de apagar cuando llegué a la puerta de entrada. Probablemente el cuerpo que vio caer en el suelo era otro abrigo que tiré para llegar con mayor facilidad al mío. No puedo responder de la campanilla, pero quizás el caballero de la Alcoba Encantada soñó esa parte de la historia. Me puse el abrigo antes de volver a subir; de hecho, a la mañana siguiente me sorprendió encontrarlo en una silla de mi habitación, así como descubrir varios largos goterones de cera en mi camisón. Supongo que la pistola que le daba a mi rostro ese aspecto de satisfacción era mi pipa de brezo, que encontré al día siguiente bajo mi almohada. Lo más extraño de todo, quizás, fue que cuando me desperté olía como si alguien hubiera estado fumando en la habitación.

## Sin Arcadia

Aquellos que no conocen Arcadia puede que tengan una mezcla que sus no instruidos paladares adoran, pero siempre están preparados para probar otras mezclas. El arcadiano, no obstante, nunca podría abastecerse de petacas rebeldes. Sin embargo, hubo una semana negra en la que todos tuvimos que fumar otros tabacos. Debido a una terrible falta de previsión de nuestro proveedor, no había Arcadia que fumar.

Deberíamos haber dejado de lado nuestras pipas y subsistir con los puros; pero las pipas eran viejas amigas y jamás habríamos podido abandonarlas. Cada uno de nosotros compró una mezcla distinta, pero todas sabían parecido y eran igual de abominables. Me puse enfermo. El doctor Southwick, sin más datos, llamó a mi enfermedad por algún nombre docto, pero yo sabía a qué se debía. Jamás olvidaré la alegría que me embargó cuando Jimmy irrumpió en mi habitación un día con una lata de una libra de Arcadia. Débil como estaba, abrí la ventana y, levantando en el aire el paquete medio vacío del tabaco que me había puesto enfermo, lo lancé en medio de la calle. El tabaco se desperdigó antes de que el paquete llegara al suelo, pero me senté en la ventana y disfruté mirando el sucio trozo de papel arrollado por los coches. Lo que yo llamo calle es más concretamente una plaza, porque mis ventanas daban a la parte trasera de la fonda y tenían una vista un tanto plebeya. La plaza es el lugar de encuentro de cinco calles y en la esquina de cada una de ellas el papel era arrastrado hasta la siguiente.

Aquí, se podría pensar, olvidé felizmente la causa de mis disgustos, pero la verdad es que estuve mirando el envoltorio durante días. Mi doctor vino cuando aún estaba pendiente de él, y en vez de prescribirme medicamentos, apostó conmigo. El trozo de papel desaparecería antes de que se disolviera el gobierno. Yo afirmé que todavía estaría por ahí danzando antes de que se disolviera y si perdía le regalaría al doctor un nuevo estetoscopio y si ganaba no me cobraría la factura. Por lo tanto, por extraño que pueda parecer, ahora tenía un motivo para sentir un amigable interés por el paquete que previamente había odiado. Antes, su sola visión me hacía sentir desgraciado; ahora temía perderlo. Pero lo buscaba cuando me levantaba por las mañanas, y al instante adivinaba por su aspecto qué tal había pasado la noche, y mucho más: me creía capaz de adivinar qué viento había soplado desde la puesta de sol, si había habido mucho tráfico y si el coche de bomberos había tenido que salir. Desde mi ventana se ve un parque de bomberos, y el papel presentaba un aspecto especialmente arrugado si el pesado coche le pasaba por encima. Sin embargo,

aunque estaba seguro de que podía reconocer mi trozo de papel entre otros cien, el doctor insistió en que nos aseguráramos. La apuesta se plasmó por escrito en el mismo trozo de papel que la había sugerido. Fue el propio doctor el que salió a buscarlo. En la parte trasera se establecieron formalmente las condiciones de la apuesta y ambos las firmamos. Entonces abrimos la ventana y volvimos a lanzarlo. El doctor se comprometió solemnemente a no interferir en su devenir; y yo le di mi convaleciente palabra de honor de informarle cabalmente de su situación.

Pasaron varios días y el tiempo dejó de pesar en mis manos. Mi atención estaba dividida entre dos papeles, el pedazo caído en la plaza y mi *Times* diario. Cualquiera mañana podría uno indicarme que había perdido la apuesta o el otro que la había ganado; y me apresuraba a la ventana temiendo que el papel hubiera migrado a otra plaza y confiando en que mi *Times* contuviera la información de que el gobierno estaba acabado. Tenía el presentimiento de que ninguno de los dos podría ya durar mucho más. Es notable lo mucho que aumentó mi interés por la política desde la apuesta.

El doctor, creo, confiaba sobre todo en los barrenderos. Pensaba que pronto caerían sobre el trozo de papel. Sin embargo, yo no veía por qué habría de temerles. Venían a la plaza con tan poca frecuencia, y se quedaban tan poco tiempo cuando esto ocurría, que no los tuve en consideración. Si el doctor hubiera llegado a saber el monto de lo que recogían, habría pensado que los estaba sobornando. Pero quizás conociera su modo de actuar. Un día me asustó un perro. Era uno de esos animales de mirada caída que de vez en cuando infestaban la plaza de seis en seis, pero en muy rara ocasión solos. Recorrió uno de los lados de la calle, y de pronto me di cuenta de que ya tenía el papel en el hocico. Entonces se quedó quieto y miró a su alrededor. Aquél fue para mí un momento muy tenso. Me puse de pie delante de la ventana.

Mi primer impulso fue abrir la hoja de la ventana y agitar mi puño contra aquella bestezuela; pero, afortunadamente, recordé a tiempo mi promesa al doctor. Me pregunto si algún hombre habrá estado alguna vez tan interesado en los chuchos. En una de las esquinas se alquilaba una casa que hasta ese momento pensaba que estaba a cargo de la mujer de un jefe de policía. Con frecuencia se veía un gato de la zona que se paseaba por delante de la casa. Creo firmemente que le debo a aquel gato no haber perdido la apuesta en aquel momento. ¡Qué fiel criatura! Llegó a la puerta, se desperezó y en ese momento vio al perro y se erizó. El perro, resentido por esta demostración de hostilidad, soltó el trozo de papel y se fue a por el gato. Me dejé caer en mi silla.

Al día siguiente sobrevino un desastre aún peor que no puedo dejar de referir. Uno de los trabajadores de la plaza, buscando algo para encender la pipa, reparó en el papel que revoloteaba cerca del bordillo. Lo cogió con la evidente intención de prenderlo en el brasero de un vendedor ambulante de castañas calientes que acababa

de cruzar la plaza. El trabajador se acercó, enroscando el papel a medida que llegaba, cuando —¡buena suerte de nuevo!— un joven carnicero casi corrió a su encuentro, y el haragán, con auténtica presencia de ánimo, le pidió rápidamente una cerilla. En cualquier caso la cerilla pasó de uno a otro y, para mi infinita tranquilidad, volvió a tirar el papel.

Le oculté a William John el motivo de mi nerviosismo. Sin duda se preguntaba por qué iba corriendo hasta la ventana cada vez que parecía que se levantaba el viento y me ponía frenético cuando llovía. No podía entender por qué estaba tan interesado en el tiempo cuando mi salud me impedía salir de casa. Una vez pensé que estaba sobre la pista. Un repentino golpe de viento había arrastrado el papel y lo había elevado por los aires. Debí de prorrumpir en alguna exclamación, porque se acercó a la ventana. Me encontró señalando abobado lo que ya era un puntito blanco navegando por el tejado del parque de bomberos:

—¿Es un pichón? —preguntó. Cogí la idea.

—Sí, un pichón mensajero —murmuré como respuesta—; a veces, creo, se envían mensajes a los parques de bomberos mediante ese sistema.

Por muy fríamente que lo dijera, fui consciente de que, de los mismos nervios, estuve arañando con frenesí el alféizar hasta que el trozo de papel volvió a caer a la plaza.

Lo siguiente que sucedió es que fue aplastado entre las paredes de un desagüe. Eso fue lo último que vi de él, y al día siguiente el doctor ganó su estetoscopio... aunque sólo por unas horas, porque el fin del gobierno fue anunciado en la edición vespertina. Mi derrota me tuvo abatido durante algún tiempo, pero pronto me alegré de haber perdido. No quiero saber nada de ganar apuestas por otra mezcla que no sea Arcadia.

## Un rostro que embrujó a Marriot

—Esto no es una historia de amor —gritó Marriot, como disculpándose.

Había vuelto a quedarse cuando los otros ya se habían ido, pero cuando vi sus intenciones escapé a mi dormitorio y ahora me negaba a salir.

—Escúchame —gritó cambiando el tono—, como no salgas te lo pienso contar todo por la cerradura, es lo más extraordinario que me ha sucedido y no me lo puedo guardar para mí solo. Te doy mi palabra de honor de que no se trata de una historia de amor... o, por lo menos, no exactamente.

Le dejé hablar después de haberme metido en la cama.

—Debes saber —empezó, tirando en mi almohada continuamente las cenizas de su cigarrillo—, que hace cierto tiempo fui a ver al padre de Jack Goring, el coronel Goring. Jack y yo habíamos sido uña y carne en Cambridge y, aunque no nos habíamos visto en años, yo estaba deseando que nos volviésemos a encontrar. Era viudo y su padre y él compartían casa. Pero la casa estaba ahora bastante melancólica porque el coronel se encontraba solo. Jack estaba fuera en una expedición científica en el Pacífico, y las chicas hacía años que se habían casado. Después de cenar mi anfitrión y yo pasamos una hora más bien insulsa en el salón de fumar. Yo no podía creer que Jack se hubiera convertido en un tipo corpulento. «Le voy a enseñar una fotografía», dijo el coronel. Trajo un álbum de una estantería polvorienta y entonces no tuve más remedio que admitir que mi viejo amigo estaba, efectivamente, entrado en carnes. Pero no es de Jack de quien quiero hablar. Empecé a hojear con languidez las páginas del álbum, pero de repente me detuve en el rostro de una bellísima muchacha. ¿Te has dormido?

»No soy de natural sentimental, como bien sabes, y sin embargo aún no estoy preparado para admitir que me enamoré de aquel rostro. No se trataba, creo, de ese tipo de atracción. Probablemente habría ignorado la fotografía si no me hubiera recordado los viejos tiempos, unos viejos tiempos cubiertos con un velo, por lo que no pude identificar el rostro. Estaba completamente seguro de que en algún momento de mi vida había conocido el original, pero rebusqué en mis recuerdos en vano. La dama era una encantadora rubia de abundante melena clara, cuyos rasgos podrían decirse romanos, cuando no griegos. Describir una mujer hermosa es algo que me supera. Sin duda, su rostro no estaba exento de imperfecciones. Recuerdo, por ejemplo, que su barbilla tenía poca personalidad y que los ojos eran más “melosos” que expresivos. Se trataba de un retrato, y ella aparecía con las manos entrelazadas

con gracia tras la cabeza. Mis dedos tamborileaban en el álbum mientras reflexionaba, pero no era capaz de recordar donde había conocido el original. El coronel no me pudo dar más información; el álbum era de Jack, me dijo, y probablemente nadie lo había abierto en años. La fotografía, además, era antigua; estaba seguro de que había estado rondando por la casa desde años antes del matrimonio de su hijo, así que (y aquí el anciano y curtido caballero estalló en carcajadas) ya no podía ser como el original. Como parecía inclinado a sacar a relucir su ingenio a mi costa, cerré el álbum y poco después me despedí. Te he dicho que te despiertes.

»Desde aquella tarde el rostro empezó a perseguirme. No quiero decir que me poseyó hasta el punto de excluir todo lo demás, pero en los momentos en que me encontraba a solas se alzaba ante mí y yo sucumbía al éxtasis. Has tenido que darte cuenta de lo pensativo que he estado últimamente. Con frecuencia dejaba de lado mi periódico en el club e intentaba rememorar el original. Probablemente Jack Goring la conocía mucho mejor que yo. De lo único que estaba seguro es de que la habíamos conocido ambos. La primera vez que Jack y yo nos vimos fue en Cambridge. Pensé en todas las damas que conocí allí, en particular, las que también habían sido amigas de Goring. Jack nunca fue exactamente un “conquistador”, pero, como solía decir, comparándose conmigo, “él tenía corazón”. Rebusqué en vano en los anuarios de nuestros días de Cambridge. Lo intenté en la casa de campo donde ambos pasábamos buena parte de nuestras vacaciones. De repente recordé el grupo de lectura que teníamos en Devonshire; pero no, aquella era morena. En una ocasión Jack y yo tuvimos una aventura romántica en Glencoe en la que intervinieron una dama y su hija. Intentamos sacarle el máximo partido, pero en nuestro fuero interno sabíamos que, vista a la luz del día, la hija no era bella. También estaba aquella muchacha francesa de Argel. Jack me había hecho quedarme en Argel una semana más de lo que era nuestra intención. La postura de la cabeza, las manos entrelazadas detrás, una postura que me resultaba tan irritantemente familiar... ¿sería la chica francesa? No, la dama que me esforzaba por ubicar era sin duda inglesa. Estoy seguro de que te has dormido.

»Pasó un mes antes de que tuviera oportunidad de volver a ver la fotografía. Me había venido a la mente una idea que tenía intención de poner en práctica: seguir el rastro de la fotografía por el fotógrafo. Sin embargo, no quería volver a mencionarle el asunto al coronel, así que me las apañé para buscar el álbum mientras él se hallaba fuera del salón de fumar. Lo único que quería era el número de la fotografía y la dirección del fotógrafo; pero en cuanto saqué la fotografía del álbum mi anfitrión regresó. Deslicé con rapidez aquello en mi bolsillo y él ya no me dio oportunidad de volverla a poner en su sitio. Por lo tanto, que me llevara la fotografía se debió sólo a un accidente. Mi robo no me fue de ninguna utilidad. Efectivamente, el nombre y

dirección del fotógrafo figuraban en el reverso, pero cuando me dirigí al lugar mencionado había desaparecido para dar lugar a «habitaciones residenciales». Tengo algunos otros compañeros de Cambridge en Londres, así que aproveché para enseñarles la fotografía. Uno de ellos, ahora soy consciente, tiene la impresión de que me voy a casar en breve, pero el resto se comportó de modo racional. Grierson, del Ministerio de la Guerra, reconoció al instante el retrato. «Ahora se dedica a hacer papeles secundarios en el Criterion», me contó. Finchley, un hombre con una prometedora carrera en la judicatura, también la reconoció. «Su retrato estaba en toda la prensa ilustrada de hace cinco años», me dijo, «cuando cumplió los doce meses». No obstante, uno y otro se contradecían, y yo satisfice mis dudas comprobando que ni se trataba de una actriz del Criterion ni de la aventurera de 1883. Por supuesto, era posible que se tratara de una actriz, pero si efectivamente lo era, su rostro no era conocido en los escaparates de moda de las papelerías. ¿Me estás escuchando?

»Me di cuenta de que no podría resolver el misterio hasta que Jack volviera a casa; y cuando la semana pasada recibí una carta suya en la que me pedía que cenara con él, acepté ansioso. Acababa de llegar y yo tenía ganas de volver a ver a un viejo amigo de Cambridge. Íbamos a cenar en el club de Jack y llevé la fotografía conmigo. Reconocí a Jack tan pronto como entré en la sala de espera del club. Un hombre muy bajito, muy gordo y con un rostro muy delicado estaba sentado a su lado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Creo que me quedé boquiabierto. “¿Te acuerdas de Tom Rufus?”, preguntó Jack, “solía representar el papel femenino en el centro de arte dramático de Cambridge. Tú me ayudaste a escoger su peluca para Fox. Debo de tener por casa alguna fotografía suya disfrazado. Quizás lo recuerdes por su manía de sentarse con las manos entrelazadas detrás de la cabeza”. Estreché la mano de Rufus. Pasamos a cenar y probablemente me comporté con dignidad. Ahora que todo ha terminado, no puedo por menos que agradecer no haberle preguntado a Jack el nombre de la dama antes de ver a Rufus. Buenas noches. Creo que te he hecho un agujero en el cojín.»

## Los arcadianos a la defensiva

Ya he mencionado que Jimmy dedicaba gran parte de su tiempo a hacer contribuciones periodísticas en algunas de las más importantes papeleras del país, y que por la tarde se le podía encontrar normalmente tumbado en la alfombra de delante de mi chimenea. Cuando entraba en mi habitación estaba siempre deseoso de explicarnos lo que pensaba de los editores, pero poco a poco su espuma de mar con el tallo de cerezo expulsaba toda la pasión de su pecho, y en lugar de insultar a hombres con más éxito que el suyo propio, les escribía perezosamente cartas en el papel de mis paredes. La pared a la derecha de la chimenea estaba gris a causa de dichas epístolas, que parecían proporcionarle a Jimmy tranquilidad, aunque William John tuviera, a la mañana siguiente, que rascar y borrar con goma de India. El sarcasmo de Jimmy —del que aquel papel probablemente aún puede dar fe— adoptaba por lo general esta forma:

A la atención del Sr. G. Buckle, Columbia Road, Shoreditch

Sr.:

Le escribo en nombre del Sr. James Moggridge, director del *Times*, con objeto de devolverle los siete manuscritos adjuntos y para expresarle cuánto lamenta que actualmente no exista ningún puesto libre en el departamento editorial del *Times* que el Sr. Buckle aspira amablemente a ocupar. Atentamente suyo,

P. R. (en nombre de J. Moggridge, Dir. *Times*)

A la atención del Sr. James Knowles, Brick Lane, Spitalfields

Estimado Sr.:

Lamento tener que devolverle el artículo adjunto, que no se ajusta a los contenidos de *Nineteenth Century*. Es mi opinión que los escritos de hombres desconocidos, por muy buenos que sean en sí, atraen poca atención. Le adjunto una lista de nuestros colaboradores del mes próximo, en la que, como podrá apreciar, se incluyen las firmas de siete políticos de renombre. Su obediente servidor,

J. Moggridge, Dir. *Nineteenth Century*

A la atención del Sr. W. Pollock, Mile-End Road, Stepney

Sr.:

Ya le había rogado en otras dos ocasiones que se abstuviera de seguir enviando artículos con periodicidad diaria al *Saturday*. Si continúa haciéndolo nos veremos obligados contra nuestra voluntad a emprender acciones legales contra Ud. ¿Por qué no lo intenta en el *Sporting Times*? Atentamente suyo,

James Moggridge, Dir. *Saturday Review*

A la atención de los Sres. Sampson, Low & Co., Peabody Buildings, Islington

Estimados Sres.:

El manuscrito que enviaron para nuestra aprobación ha recibido la atención debida, pero no consideramos que vaya a tener éxito, por lo que se les devuelve junto a esta carta. No nos dedicamos a publicar libros de tercera categoría. Suyo devoto,

J. Moggridge & Co. (antiguamente Sampson, Low & Co.)

A la atención del Sr. H. Quilter, Oficina de Correos de Bethnal Green

Sr.:

Debo devolverle su ensayo sobre arte universal. Sin duda alguna, no carece de mérito, pero considero el arte un tema tan importante que prefiero dedicarme a él yo exclusivamente. Agradeciéndole sus amables observaciones sobre mi reciente cargo, sinceramente suyo,

J. Moggridge, Dir. *Universal Review*

A la atención del Sr. John Morley, Smith Street, Blackwall

Sr.:

Sí, recuerdo perfectamente aquella ocasión en que nos encontramos a la que usted refiere, y por supuesto me resulta grato saber que disfruta tanto con mis escritos. Por desgracia, me resulta imposible aceptar su generoso ofrecimiento para realizar el capítulo dedicado a Lord Beaconsfield en los fascículos del «English Men of Letters», puesto que dicho ejemplar ya ha sido adjudicado. Atentamente suyo,

J. Moggridge, Dir. Fascículos «English Men of Letters»

A la atención del Sr. F. C. Burnand, Peebles, N. B.

Sr.:

Los chistes que envié al *Punch* son tan buenos que ya los usamos hace tres años. Sinceramente suyo,

J. Moggridge, Dir. *Punch*

A la atención del Sr. D'Oyley Carte, Cross Stone Buildings, Westminster Bridge Road

Estimado Sr.:

La ópera cómica de sus amigos, los Sres. Gilbert y Sullivan, que ha sometido a mi juicio, como único arrendatario y gerente del Teatro Savoy, se le devuelve sin haber sido leída. La breve pieza, a juzgar por la página del título, es inteligente y encantadora, pero ya he llegado a un acuerdo con otros dos caballeros para que escriban mis óperas durante los próximos veintiún años. Atentamente suyo,

J. Moggridge, único arrendatario y gerente, Teatro Savoy

A la atención del Sr. James Ruskin, Railway Station Hotel, Willesden

Sr.:

Le advierto que no voy a aceptar ni un solo ejemplar más de sus libros. No conozco al tal Tennyson al que hace Ud. referencia pero si se trata del escribano que se pasa la vida enviándome versos, haga el favor de comunicarle que no leo ninguna otra poesía aparte de la mía. ¿Por qué no me deja en paz?

J. Moggridge, Poeta Laureado

Estas cartas de Jimmy me recuerdan nuestra famosa competición, que tuvo lugar durante las celebraciones con ocasión del 50.º aniversario de la coronación de la reina Victoria. Encontrándose todo Londres (incluido William John) en la calle, los arcadianos se reunieron como era su costumbre y Scrymgeour, a petición mía, corrió las cortinas para preservarnos del ruido. Sucedió aquella tarde que Jimmy y Gilray estaban de un humor de perros: a Jimmy, que estaba tan ansioso por ser periodista, le acababan de devolver por decimoséptima vez un artículo del *St. John's Gazette*, y los principales periódicos habían «cubierto de fango» a Gilray por su actuación en una

nueva obra teatral. En aquel momento se dedicaban a arruinar el tabaco que fumaban discutiendo sobre quién era de la peor calaña, si los críticos o los directores de los periódicos. Entonces llegó Pettigrew, que hacía meses que no nos visitaba. Pettigrew tiene tanto éxito como periodista, como Jimmy infortunio, y la palidez de su rostro revelaba cuántos artículos había tenido que escribir durante los últimos dos meses sobre el aniversario de la coronación. Pettigrew nos ofreció a cada uno un Splendididad (la nueva marca de su esposa), que arrojamos al fuego. Entonces llenó mi pequeña Remo con Arcadia y, desplomándose exhausto sobre una silla, dijo:

—Mi querido Jimmy, la maldición del periodismo no es que los directores no acepten nuestros artículos, sino que nos exigen demasiados.

A Jimmy esto le pareció una sandez tan monstruosa que le dio la espalda a Pettigrew, y Gilray arremetió de nuevo contra los críticos:

—Los críticos —dijo Pettigrew— merecen más compasión que escarnio.

Con lo que Jimmy y Gilray ya tenían un enemigo común. No podría asegurar si fue la aparición de Pettigrew o los fuegos artificiales en la calle lo que nos volvió tan locuaces aquella noche, pero estuvimos bastante brillantes y cuando Jimmy empezó a relatarnos su sueño de asesinar a un editor, Gilray contó el suyo de criticar a los críticos y Pettigrew, al que no hay que desmerecer, refirió el suyo sobre lo que podía llegar a ser de él si tenía que volver a escribir algún otro artículo sobre el 50.º aniversario de la coronación, Marriot sugirió la idea del certamen:

—Dejemos que cada uno de los quejumbrosos —dijo—, describa su sueño, y el hombre cuyo sueño resulte más jocoso obtendrá de los jueces una lata de una libra de Arcadia, como regalo del aniversario de la coronación.

Los quejumbrosos estuvieron de acuerdo, pero todos quisieron que los otros soñaran en primer lugar. Al final, comenzó Jimmy tal y como sigue:

## El sueño de Jimmy

Veo ante mí (dijo Jimmy, enardecido) un tribunal, donde yo, James Moggridge, me encuentro acusado de agresión al director del *St. John's Gazette*, con resultado de muerte. El caso ha despertado poco interés. En el momento del arresto me declaré culpable, y hasta el día de hoy se ha sugerido que el asunto iba a resolverse fuera de los tribunales. Sin embargo, puesto que en el momento del arresto el detenido no manifestó su arrepentimiento, la ley debe seguir su curso. La defensa se apoya en que el asalto fue un comentario justo en un asunto de interés público, y que estaba justificado en sustancia y en hechos. La aparición del acusado en el banquillo es recibida con cierta simpatía.

El Sr. John Jones es el primer testigo que llama la acusación. Su declaración:

—Soy secretario del director del *St. John's Gazette*. Es un diario vespertino con un punto de vista pronunciadamente radical. Nunca había visto al acusado hasta el día de hoy, pero me he comunicado con él con frecuencia. Formaba parte de mi trabajo devolverle sus artículos, hecho éste que con frecuencia me suponía quedarme hasta tarde.

En el turno de preguntas de la defensa, el testigo niega haber enviado nunca al acusado artículos de otras personas por error. Bajo presión, admite que quizás pueda haberlo hecho alguna vez. El fiscal suele presentar junto a los artículos cartas, sobre cuyas características peculiares llama la atención. En algunas ocasiones dichas cartas son de naturaleza amenazante, pero nada hay de extraño en eso.

Turno de la defensa: Las cartas no son lo que él calificaría de alarmantes. Él mismo ni siquiera pensó en tomar ninguna precaución especial. Evidentemente, desde su puesto no tenía más remedio que obedecer. Por lo que recuerda, el acusado no quería ver publicados sus artículos en su propio beneficio, sino en el del público. Él (el acusado) se sentía vejado, declaró, al ver el periódico plagado de material de calidad tan inferior. El testigo había visto multitud de cartas al director de otros colaboradores desinteresados formuladas en términos similares. Si no se equivocaba, en la sala se hallaban varios de estos caballeros. (Aplauso de las personas mencionadas.)

El Sr. Snodgrass declara:

—Soy poeta. No compongo de día. La presión sería demasiado intensa. Cada tarde salgo a la calle y compro la última edición de los diarios vespertinos. Si hay algo en ellos que merece ser conmemorado en verso, compongo. Normalmente hay

algo. No podría decir a qué periódico envió la mayoría de mis poemas, puesto que los envió a todos. Una de las carencias del *St. John's Gazette* es su poesía. No merece dicho nombre. Se trata de ripios. Intenté mejorarla, pero el director rechazaba mis contribuciones. Seguí enviándolas con la esperanza de que educaran su gusto. Una noche le envié un extenso poema que al día siguiente no apareció en el periódico. Estaba terriblemente indignado y fui directo a las oficinas. Aquello fue el día del aniversario de la coronación. Me comunicaron que el director había dejado dicho que se acababa de ir al campo a pasar un par de días. (Murmullos.) Sin embargo, a pesar de que me lo impedían subí igualmente las escaleras, y cuando llegué al piso de arriba no supe hacia qué lado ir. Había una serie de puertas con carteles de «prohibido pasar». (Más murmullos.) Oí voces que discutían en un despacho cercano. Pensé que se trataría de el del director. El acusado se hallaba en la habitación. Había tirado al director al suelo y le estaba saltando encima. Pregunté: «¿Es ése el director?». Contestó: «Sí.» Volví a preguntar: «¿Le ha matado?». Volvió a contestar: «Sí.» «¡Oh!», exclamé, y me fui. Es todo lo que recuerdo del asunto.

Turno de la defensa:

—No se me ocurrió intervenir. Entonces sabía muy poco del asunto. Creo habérselo mencionado a mi esposa por la noche, pero no podría jurarlo. Puesto que no soy el Herr Bablerr que obligó a su hija a casarse con un hombre al que no amaba, podría escribir una oda celebrando los desposorios. No tengo ninguna hija y soy poeta.

El impresor en jefe declara haber tenido noticia del asesinato del director hacia las tres en punto. En aquel momento se encontraba muy ocupado. Aproximadamente una hora más tarde vio el cadáver y lo cubrió con un cartel. Le habló al ayudante de impresión del asunto, quien sugirió que deberían llamar a la policía. Lo hicieron.

Uno de los contables del periódico narra:

—Recuerdo perfectamente la tarde del asesinato. Me viene a la memoria sin dificultad puesto que fue la tarde posterior a mi velada en el teatro, una ocurrencia nada usual en mí. Subía por las escaleras cuando me crucé con un hombre —señaló al acusado como dicho hombre—. Me dijo: «He matado a su editor». Yo contesté: «En ese caso debería avergonzarse de lo que ha hecho». No cruzamos ni una palabra más.

J. O'Leary es el siguiente llamado a declarar. Su testimonio:

—Soy irlandés de nacimiento. Me vi obligado a abandonar mi país cuando entró en vigor una inicua Ley de Coerción. Actualmente soy periodista y escribo titulares fenianos para el *St. John's Gazette*. Recuerdo la tarde del asesinato. Fue el subdirector el que me lo comunicó. Me pidió que escribiera un «parrafito» sobre el asunto para la cuarta edición. Así lo hice, pero como tenía prisa por coger un tren, no fueron más que un par de líneas. Le hicimos mayor justicia al día siguiente.

Turno de la defensa: El testigo niega que se sintiera orgulloso al escuchar que

podía escribir sobre un tema nuevo. Más bien lo lamentó.

Un policía aporta pruebas de que el día del aniversario de la coronación, alrededor de las cuatro y media, vio una pequeña concentración de gente frente a la entrada a las oficinas del *St. John's Gazette*. Pensó que era su deber investigar el asunto. Entró y preguntó a un chico de los recados qué había sucedido. El muchacho contestó que creía que habían matado al director, pero le aconsejó que preguntara en el piso de arriba. Así lo hizo y la afirmación del chico se vio confirmada. Volvió a bajar y comunicó a los allí congregados que era el director quien había sido asesinado. La multitud se dispersó.

Un detective de Scotland Yard explica cómo fue capturado el acusado. Moggridge escribió al superintendente para comunicarle que tenía que pasar por Scotland Yard por asuntos de negocios el miércoles siguiente. Tres detectives, incluido el testigo, tenían la misión de arrestarlo, y así lo hicieron con éxito. (Largo y prolongado aplauso.)

Aquí intervino el juez. No conseguía ver, dijo, la relevancia de este testimonio. Por lo que había escuchado hasta ahora, la cuestión no era si se había cometido o no un asesinato, sino si, en las circunstancias que rodeaban el caso, se trataba de un delito penal. Concluyó que el acusado no debería haber llegado a aquel tribunal. Era un caso para las vistas preliminares. Si el fiscal no podía argüir algún motivo para seguir aportando pruebas, no pensaba someter el caso a la valoración de un jurado.

Tras algunas observaciones del fiscal y de la defensa, que hizo hincapié en el carácter elevado y noble del acusado, el juez recapitula. Le corresponde al jurado, concluye, decidir si el prisionero ha cometido un delito. Ésa es la cuestión, y para tomar la decisión el jurado debe tener en cuenta lo deseable que resultaría eliminar los casos de simple vejación. La gente no debería acudir a la justicia para resolver disputas sin importancia. Sin embargo, el jurado debía recordar que, sin excepción, la vida humana es sagrada. Tras algunas otras puntualizaciones del juez, el jurado (que delibera durante algo más de tres cuartos de hora) regresa a la sala con el veredicto de culpable. El acusado es sentenciado a una multa de cinco florines o prisión de tres días.

## El sueño de Gilray

Imaginadme (dijo Gilray con la cara radiante) invitado a escribir una crítica de la Sociedad Dramática de Críticos para el *Standard*. Elijo el *Standard* por ser el diario que se ha ensañado de modo más cruel conmigo. No obstante, los odio a todos por igual. Mi sueño es la siguiente crítica:

¿Qué es la Sociedad Dramática de Críticos? Pudimos descubrirlo el miércoles por la tarde, y, puesto que nos dirigimos a Drury Lane en interés del público, es justo que también el público lo sepa. Además, en este caso podremos sobrellevarlo juntos. Sabíamos, pues, que esta Sociedad Dramática está compuesta de «críticos» que ofrecieron en la *matinée* del miércoles *La escuela de la murmuración* para demostrar cómo debía representarse esta obra. El Sr. Augustus Harris había «puesto amablemente el teatro a su disposición», por lo que deberá responder ante Sheridan a su llegada a los Campos Elíseos. Puesto que la representación fue con mucho la peor jamás perpetrada, sería una lástima privar al siglo xx de su reparto. Algunos de los actores, como se podrá comprobar, son demasiado conocidos para escapar a la ignominia. El resto aún tiene posibilidades de permanecer en las profundidades de lo ignoto.

Sir Peter Teazle	Sr. JOHN RUSKIN
Joseph Surface	Sr. W. E. HENLEY
Charles Surface	Sr. HARRY LABOUCHERE
Crabtree	Sr. W. ARCHER
Sir Benjamin Backbite	Sr. CLEMENT SCOTT
Moses	Sr. WALTER SICHEL
Old Rowley	Sr. JOSEPH KNIGHT
Sir Oliver	Sr. W. H. POLLOCK
Trip	Sr. G. A. SALA
Snake	Sr. MOY THOMAS
Sir Harry Bumper (con canción)	Sr. GEORGE MOORE
Sirvientes, invitados, etc.	Sres. SAVILLE CLARKE, JOSEPH HATTON, PERCY FITZGERALD, etc.

Con la colaboración de:

Lady Teazle

Srta. ROSIE LE DENE

Sra. Candour

Srta. JENNY MONTALBAN

Maria

Srta. JONES

Constituyó un pecado de omisión por parte de la Sociedad Dramática de Críticos no avisar de que la obra que se iba a representar era una «nueva y original comedia» en gran parte de sus actos. Si hubieran tenido el valor de hacerlo, y de cambiar el título, nadie se habría dado cuenta. Por otro lado, constituyó un pecado de obra permitir que el profesor Henry Morley se hiciera cargo de la gestión del escenario, tratándose, como es el caso, de un hombre de letras que goza del respeto de algunas personas honorables. Pero quizás los pecados por obra y omisión se contrarresten. Consiguieron poner de mal humor al auditorio antes incluso de que comenzara el espectáculo, pues el telón se levantó con quince minutos de retraso. Empero, una vez alzado, tardó una eternidad en caer. Lo que se conoce como el «negocio» en el primer acto, incluida la disputa entre Sir Benjamin Backbite y Crabtree y sus revoluciones alrededor de Joseph, fue conducido con una deliberación que era una crueldad para el auditorio, y justo cuando parecía que por fin iba a terminar el acto, estos infatigables amateurs empezaron a bailar un minueto. Ante esto un suspiro coral se elevó desde el auditorio inundando el teatro; un suspiro tan cargado de sufrimiento como cuando un ministro, ya concluido su «en tercer y último lugar», empieza de nuevo con «no puedo dejar pasar esta oportunidad». Es posible que la Sociedad Dramática de Críticos se felicitaran a sí mismos por el hecho innegable de que, a medida que la función iba avanzando, los suspiros y murmullos se redujeron agradablemente. Pero ello era debido a que el auditorio también disminuyó. No se puede esperar de un hombre que suspire como veinte; aunque, de hecho, algunos de los miembros del auditorio del miércoles suspiraban, por lo menos, como media docena.

Si es cierto que todos los hombres —incluso los críticos— tienen sus defectillos y sus aciertos, en ese caso no hubo ni un Charles ni un Joseph Surface en esta única *matinée*; puesto que el tosco caballero que interpretó el papel de Charles lo convirtió, o más bien intentó convertirlo, en un ser sin mácula alguna; y el Joseph del Sr. Henley era hermano gemelo del Mefistófeles de Irving. Quizás la idea del Sr. Labouchere y su amigo, el Sr. Henley, era que entre los dos podrían representar a un solo hombre joven. Lo tuvieron difícilísimo. El Sr. Labouchere aún no ha aprendido que las bufonadas no son exactamente ingenio, y que los Charles Surface que oprimen las costillas de sus tíos Oliver y después se dan la vuelta para recibir el aplauso del público figuran entre las cosas de las que el siglo XIX puede perfectamente prescindir.

El Sr. William Archer representaba a Crabtree, o más bien, el Sr. Archer y el

apuntador que había entre ambos. Hasta que pudimos ver al apuntador le atribuimos al Sr. Archer la habilidad de un ventrílocuo dado a emplazar su voz en las bambalinas. El Sr. Clement Scott —el Sir Benjamin Backbite— era también ventrílocuo, pero no tan bueno como el Sr. Archer. Su voz, por cuanto pudimos discernir por alguna interferencia ocasional, residía en sus botas, donde le hacía compañía a su coraje. No había actor más ambicioso en el reparto que el Sr. Pollock. El Sr. Pollock representaba a Sir Oliver, y ofreció una lectura extremadamente original del papel del anciano caballero. Nos resulta imposible describir la opinión personal que el Sr. Pollock tiene del personaje de Sir Oliver; recompensaría con creces a un entrevistador para que lo averiguara. Pero si piensa que Sir Oliver es un molinero, podemos informarle al instante de que está equivocado. Del Moses del Sr. Sichel sólo podemos decir que cuando dejó caer el brazo derecho y levantó el otro por encima de la cabeza era clavadito a una tetera. El Sr. Joseph Knight era Old Rowley. Caracterizado como dicho personaje sólo pudimos ver su espalda, y estamos obligados a admitir que ésta tuvo un comportamiento intachable. Sheridan llamó a uno de sus criados Snake y al otro Trip. El Sr. Moy Thomas intentó parecerse cuanto pudo a una serpiente y lo consiguió con cierto éxito. El Trip del Sr. Sala, sin embargo, era un tanto pesado y cuando en escena se puso entre el auditorio y el resto de los actores asistimos a un eclipse parcial. En cuanto a los papeles secundarios, los caballeros que los personificaban hicieron una interpretación magistral de extras aquejados de fiebre del escenario. El miércoles ha sido un día memorable en la historia del teatro; pero si de nosotros dependiese, lo olvidaríamos.

## El sueño de Pettigrew

Mi sueño (dijo Pettigrew) contrasta tristemente con el de mis más jóvenes amigos. Ellos sueñan con la venganza, mientras que mi sueño es trágico. Yo veo a mi director escribiendo mi esquila. Así es como reza:

El Sr. Pettigrew, M. A., cuya triste muerte se recoge en otra columna, tenía cuarenta y dos años (no cuarenta y cuatro, como se afirmaba en la edición vespertina), y había realizado una buena cantidad de trabajo conmemorando la coronación antes de aceptar el encargo que lo llevó a la tumba. Es un secreto a voces que escribió setenta de las escenas que para celebrar el aniversario de la coronación aparecieron en este diario. El panfleto que se vende actualmente en la calle por un penique, titulado «Cincuentenarios del ayer», era suyo. Escribió el capítulo introductorio de *Cincuenta años de Progreso*, y su *Hombres de Estado durante el reinado de la Reina Victoria* va por la segunda edición. La idea de una colección de odas al aniversario de la coronación no fue suya sino del editor. Sin embargo, sus amigos y parientes no le culpan. El Sr. Pettigrew se estremeció cuando le llegó el encargo, pero lo aceptó, y entre aquellos que lo conocían la impresión general era que un hombre que había sobrevivido a *Hombres de Estado durante el reinado de la Reina Victoria* era capaz de cualquier cosa. Como podemos comprobar, sobreestimamos la capacidad de resistencia del Sr. Pettigrew.

Puesto que las «Odas al aniversario de la coronación» serán, sin duda, recopiladas por otra mano, poco cabe decir aquí del trabajo. El Sr. Pettigrew debía elaborar una antología tan completa como le permitiera el espacio limitado del que disponía (dos volúmenes); el único escrito original que debía figurar en el libro era una panorámica de los distintos modelos sugeridos para la celebración del cincuentenario. Fue esta panorámica lo que acabó con su vida. En la mañana del 27, cuando intentó comenzarla, se levantó a una hora inusualmente temprana y desde las ventanas de la casa fue visto paseando por el jardín en un aparente estado de agitación mental. No probó bocado durante el desayuno. Una de sus hijas afirma que reparó en que en sus ojos había una mirada salvaje; pero, puesto que no lo comentó en su momento, no hay necesidad de poner mucho énfasis en este detalle. Los demás declaran que se encontraba de un callado y silencioso nada habitual en él. Todos, sin embargo, cayeron en la cuenta de una cosa. Por regla general, cuando tenía que escribir, se mostraba ansioso por comenzar su tarea, y pasaba poco tiempo en la mesa del desayuno. En esta ocasión se quedó allí durante largo tiempo. Incluso cuando se

retiró el servicio del desayuno parecía reticente a dirigirse al estudio. Su esposa le preguntó en varias ocasiones si pensaba empezar aquel día con las «Odas al aniversario de la coronación», y en todas ellas él respondió de manera afirmativa. Pero no paró de hablar, visiblemente alterado, de otras cosas y para su sorpresa — aunque ella había pensado relativamente poco en el asunto— la condujo a una discusión sobre las boinas estivales. Por regla general era éste un tema que él detestaba. Al final acabó levantándose y, acercándose lentamente a la ventana, estuvo mirando afuera durante un cuarto de hora. Su esposa le volvió a preguntar por las «Odas», a lo que replicó que tenía intención de empezar al instante. Entonces se dio una vuelta por la sala del desayuno mirando los cuadros como si fuera la primera vez que los veía. Después se apoyó durante unos minutos en la repisa de la chimenea, tras lo cual, como si una idea lo hubiera iluminado, empezó a dar cuerda al reloj. Fue por toda la casa dando cuerda a todos los relojes aunque ésta fuera una tarea que normalmente se encargaba a la servidumbre; y cuando acabó volvió a la habitación del desayuno y se puso a hablar de los relojes de Waterbury. Su esposa se dirigió a la cocina y él la siguió. De vuelta pasaron por la habitación de los niños y comentó que entraría a hablar con la niñera. Esto era algo muy anormal en él. Al final su esposa le notificó que en breve se haría la hora del almuerzo y entonces se dirigió a su estudio. Unos diez minutos más tarde empezó a vagar por el comedor, donde ella se encontraba arreglando unas flores. Pareció retroceder al verla, pero, tras meditar unos instantes, le comunicó que la puerta del estudio estaba cerrada y que no encontraba la llave. Este hecho la sorprendió sobremanera, puesto que ella misma le había quitado el polvo por la mañana. Fue a mirar y la encontró abierta de par en par. Cuando volvió al comedor él había desaparecido. Lo buscaron por todas partes, hasta que lo descubrieron en la salita de su esposa, ojeando un álbum de fotos. Entonces volvió al estudio. Su esposa lo acompañó y, como era su costumbre, le rellenó la pipa. Fumó una mezcla a la que estaba apasionadamente apegado. Encendió su pipa en varias ocasiones, pero se apagó en todas. Su esposa colocó una nueva plumilla en su pluma, dispuso algo de material para escribir en la mesa y se retiró, cerrando la puerta tras ella.

Media hora más tarde la Sra. Pettigrew envió a uno de sus niños al estudio con un recado trivial. Como no volvía fue en su busca. Se lo encontró sentado en las rodillas de su padre, donde no recordaba haberlo visto jamás. El Sr. Pettigrew sostenía su reloj a la altura del oído del pequeño. La mesa del estudio estaba empapelada con varios cientos de odas al aniversario de la coronación. Otras habían caído al suelo. La Sra. Pettigrew preguntó si avanzaba, y su infeliz marido le contestó que acababa de empezar. Le temblaban las manos y había desistido de fumar. Intentó hacer que se quedara hablándole de los rizos del niño, pero se marchó llevándose con ella a la criatura. Cuando cerró la puerta, tosió con fuerza, así que la volvió a abrir para

preguntarle si no se encontraba bien. Respondió negativamente y lo dejó. La última persona que vio con vida al Sr. Pettigrew fue Eliza Day, el ama de llaves. Le llevó una carta entre las doce y la una. Normalmente le disgustaba ser interrumpido mientras escribía; pero esta vez, en respuesta a su llamada a la puerta, gritó ansioso: «¡Adelante!». Cuando entró él insistió en que tomara asiento, le preguntó por su familia y si podía hacer algo para ayudarles. En varias ocasiones se levantó de la silla para irse, pero él no se lo permitió. Eliza mencionó estos detalles en la cocina cuando volvió. Su señor era de natural un hombre reservado que en muy rara ocasión hablaba con el servicio, por lo que su comportamiento en aquella ocasión fue algo realmente excepcional.

Como fue anunciado en la edición vespertina de ayer, el criado enviado al estudio a la una y media para averiguar por qué el Sr. Pettigrew no iba a almorzar, lo encontró sin vida en el suelo. El cuchillo que agarraba en su mano demostraba que él mismo había sido el autor del fatal desenlace. El Dr. Southwick, de Hyde Park, que llegó al lugar de los hechos diez minutos después del descubrimiento, es de la opinión de que su vida se había extinguido hacía una media hora. El cuerpo yacía entre odas al aniversario de la coronación. En la mesa había una docena o más de papeles de calco que, aunque eran sólo garabatos, demostraban que el fallecido no había sucumbido sin esfuerzo. En una de ellas comenzaba: «Cincuenta años han pasado desde que una pura doncella inglesa subió al trono de Inglaterra». Otra se detenía bruscamente en: «Para cualquier súbdito inglés leal el anivers...». Una tercera arrancaba con el enunciado: «Aunque varios cincuentenarios de la coronación se han sucedido en la historia del mundo, probablemente ninguno levantó tanto interés como...», y una cuarta con: «1887 se conocerá entre las generaciones futuras como el año del anivers...». Una de las hojas contenía la frase «¡Dios mío, ayúdame!» y se cree que fueron estas las últimas palabras que salieron de la pluma del difunto.

El Sr. Pettigrew era un hombre querido en sus círculos íntimos, y será grandemente añorado en aquellos en los que se ganó la estima de todos. Deja una viuda y una pequeña familia. Quizás valdría la pena añadir que cuando fue descubierto sin vida, su rostro lucía una sonrisa, como si por fin hubiera hallado la paz. Aquel día debió haber sufrido una gran agonía y su muerte sería mejor calificada de feliz desenlace.

Marriot, Scrymgeour y yo otorgamos la lata de Arcadia a Pettigrew porque de todos los participantes parecía ser el único que creía que su sueño podía llegar a hacerse realidad.

## El asesinato en la posada

En ocasiones pienso que todo fue un sueño y que, en realidad, no asesiné a los músicos. Quizás estén todavía vivos. Y sin embargo la escena se me aparece todavía muy vivida, aunque el hecho tuvo lugar —si alguna vez tuvo lugar— hace tanto tiempo que no se puede esperar de mí que recuerde todos los detalles. Se estaba acercando el momento en que debía dejar de fumar, así que quizás estuviera inusualmente irritable y determinado, a cualquier precio, a fumarme mi última lata de una libra de Arcadia en paz. Creo que tenía mi pipa de brezo en la boca cuando lo hice, pero con el pasar de los meses no sabría decir si fueron tres hombres o sólo dos. Por lo que recuerdo cogí primero al de la barba.

El incidente me habría impresionado más si hubiera habido algún comentario al respecto. Por lo que supe, nunca llegó a los titulares. Los porteros parecían pensar que no era asunto suyo, aunque uno de ellos debió de adivinar por qué invitaba a los músicos a subir. Me vio abrirles la puerta, estaba enterado de que era su tercera visita en una semana, y sólo una noche antes me había oído avisarles a gritos desde la ventana de la fonda. Pero, evidentemente, los porteros deben concederse cierta discreción en el cumplimiento de sus obligaciones. También estaba el agradable hombre de la puerta de al lado, no, la otra, que chocó conmigo cuando estaba tirando el segundo cadáver por la valla. No teníamos relación, pero lo recordaba como el hombre que había lanzado un jarro de agua a los músicos la noche antes. Se paró en seco cuando vio el cadáver (lo había envuelto con la alfombra del sofá), y me miró sospechosamente.

—Es uno de los músicos —le dije.

—Perdone —contestó—, no lo había entendido. —Cuando estaba a unas cuantas yardas se dio la vuelta—. Es mejor que lo tape bien —dijo—, si no los nuestros hablarán.

Después se fue paseando, dejando escapar de entre sus labios el aroma de «La Gran Duquesa». Aún nos volvimos a ver en alguna otra ocasión, y asentíamos si no nos miraba nadie.

De todos modos, estoy yendo demasiado deprisa. Lo que intento explicar es que el asesinato fue premeditado. En el caso de un asesinato reprobable sé que esto habría sido considerado como agravante por la acusación. Por supuesto, queda en el aire la cuestión de si no son reprobables todos los asesinatos, pero obviemos esto. En mi mente, de hecho, consideraría que merecía un castigo si hubiera salido a degollar a

los músicos en un momento de furia. Si uno tuviera que dar rienda suelta a su pasión cada vez que unos berridos le interrumpen en su trabajo o en su sueño, la vía pública estaría saturada de cadáveres. Nadie valora tanto como yo la vida humana ni entiende mejor cuán sagrada es. Sólo digo que puede haber momentos en que un hombre, habiendo sufrido lo suyo y tras meditar sobre ello con calma, está justificado para tomarse la ley por su mano; suponiendo siempre que sea capaz de hacerlo de una manera decente, discreta y sin escándalo. La epidemia de músicos navideños se desató a principios de diciembre, y noche sí noche no, más o menos, sus tormentos llegaban a altas horas de la madrugada y prorrumpían a cantar bajo mis ventanas. Me ponían nervioso. Me destrozaban los nervios aún más en las noches en que no venían, porque ya había empezado a escucharlos y nunca podía estar seguro de si se habían trasladado a otro barrio hasta las cuatro de la mañana. En cuanto a sus canciones, eran más parecidas a tonadillas de *music hall* que a villancicos. Así que una mañana —era, creo, el 23 de diciembre— les avisé, clara, completa y detalladamente sobre lo que les ocurriría si me volvían a molestar. Puesto que les había advertido, no puede atribuírseme culpa alguna, al menos, hasta cierto punto.

La Nochebuena desembocó en el día de Navidad antes de que los músicos llegaran aquella profética mañana. Abrí la ventana —si la memoria no me engaña— al instante y les clavé la mirada. No podría jurar que fueran las mismas personas a las que había avisado la noche antes. Quizás debería haberme asegurado de ello, pero en cualquier caso éstos eran cantantes experimentados. Su lamento ascendió hasta mi ventana con un vigor que demostraba que no eran principiantes. Además, la noche había sido fría, y no es que me pudiera yo pasar todo el día asomado a una ventana abierta. Asentí a los músicos con amabilidad y les indiqué mi puerta. Bajé abajo, les dejé entrar y me acompañaron a mis habitaciones. Como ya he dicho, el paso del tiempo me impide recordar cuántos eran: tres, creo. En cualquier caso, los llevé a mi cuarto y los estrangulé uno por uno. Murieron de manera bastante apacible y la única dificultad residió en deshacerse de los cadáveres. Pensé en dejarlos en los bordillos de distintas calles, pero me preocupaba que la policía no se diera cuenta de que eran músicos navideños, en cuyo caso habrían podido ocasionarme ciertas molestias. Así que cogí una pala y excavé dos (o tres) grandes hoyos en el patio de la fonda. Después llevé los cuerpos al lugar en cuestión, uno a uno y envueltos en mi alfombra, los metí allí dentro y los cubrí. Un observador atento habría reparado, algún tiempo después, que en aquella parte del patio había un pequeño montículo, pero producía el mismo efecto que un codo que sobresaliese de debajo de las sábanas. Sin embargo, nadie lo ha denunciado aún y yo todavía los veo con frecuencia en mis propios sueños.

## Los peligros de no fumar

Cuando los arcadianos fueron conocedores de que había firmado un acuerdo para dejar de fumar, primero se comportaron con incredulidad, después con sarcasmo y por último se enfurecieron. En vez de venir a mi habitación como era habitual, una noche se dirigieron en bloque a casa de Pettigrew, y allí, como descubrí más tarde, trazaron un plan para «salvarme». Entendían tan poco la firmeza de mi carácter que pensaron que había sucumbido por debilidad a las amenazas de la dama a la que me refería en el primer capítulo, cuando, evidentemente, a lo único que había sucumbido era a sus argumentos, y estuvieron de acuerdo en apelar a ella en mi nombre. Como hombre casado que era, Pettigrew fue elegido como intercesor y comprendí que los demás no sólo lo acompañaron a la puerta de la dama, sino que se quedaron esperando en el jardín hasta que salió. Nunca llegué a descubrir si el razonamiento que expusieron ante la dama había sido concebido por Pettigrew o sugerido por Jimmy y el resto, pero, ciertamente, fue muy generoso por parte de Pettigrew suplantarme con tanta libertad. En su momento, sin embargo, la conspiración me enfureció, puesto que la dama concibió la absurda idea de que había sido yo mismo el que había enviado a Pettigrew.

Fue sin duda un golpe de efecto cargado de coraje. El plan de Pettigrew era apelar al aprecio que la dama sentía por mí sugiriéndole que si dejaba de fumar, probablemente moriría. Viendo que ella estaba más predispuesta a escuchar que a hablar, pronto osó asegurarle que él mismo odiaba el tabaco y que sólo lo consumía por motivos de salud.

—Le aclaro que por prescripción médica —dijo con expectación—, del Dr. Southwick, de Hyde Park.

Ella mostró una educada sorpresa al oír esto, y entonces Pettigrew, creyendo que la había impresionado, contó su historia como sigue.

—Mi propio caso —comenzó—, constituye un extraordinario ejemplo. Últimamente me he visto aquejado de dolor de garganta, acompañado de un estado de ánimo decaído y pérdida de apetito. Esta indisposición era tan poco habitual en mí que consideré prudente ponerme en las manos del Dr. Southwick. Reproduciré sus palabras con la exactitud que me sea posible: «¿Cuándo dejó de fumar?», me preguntó de manera abrupta mientras me examinaba la garganta.

«Hace tres meses», contesté, cogido por sorpresa, «pero ¿cómo sabe que lo he dejado?»

«Eso no viene al caso», me respondió severo, «ya le había dicho que, por mucho que lo deseara, no debía dejarse llevar por su deseo de no fumar. Así es como cumple lo que le prescribo...».

«Bueno», respondí huraño, «me he sentido tan saludable durante los últimos dos años que pensé que podía relajarme un poco. Usted sabe cuánto abomino del tabaco».

«Vaya si lo sé», replicó, «y ya ve los resultados de esa triste autoindulgencia. Hace dos años le prescribí tabaco, tres veces al día, y usted mismo admite que lo convirtió en un hombre nuevo. En vez de sentirse agradecido, se queja de las leves molestias que conlleva su consumo y ahora desobedece deliberadamente mis instrucciones y deja de fumar. Debo decir que la forma de actuar de mis pacientes nunca deja de maravillarme».

«Pero», inquirí, «¿cómo sabe que mi giro al agradable hábito de no fumar es la causa de mi dolencia actual?»

«¡Oh!», exclamó, «no se fía usted...»

«Pensé que podía tener alguna duda al respecto, aunque, por supuesto, no había olvidado lo que usted me prescribió hace dos años.»

«De nada sirve», dijo, «que se acuerde de lo que le prescribí si después no va a cumplir mis órdenes. Pero en cuanto a saber si su negligencia en el fumar le ha llevado a este estado, ¿cuándo empezó a sentir los síntomas?»

«No sabría decirlo...», respondí. «Sin embargo, lo intentaré. Me empezó a doler la garganta este año la noche que vi al Sr. Irving en el Liceo, y eso fue en el cumpleaños de mi esposa, el 3 de octubre. ¿Cuánto hace de eso?»

«Caramba, hace de eso más de tres meses. ¿Está seguro de la fecha?»

«Bastante», le comuniqué, «así que como podrá ver sentí los primeros dolores antes de arriesgarme a no volver a fumar».

«No lo entiendo», repuso. «¿Intenta decirme que a principios de mayo seguía mi prescripción diariamente? No lo dejaría de vez en cuando o se olvidaría de pedir una nueva caja de puros cuando la última se había acabado, o los tiraría antes de haber llegado a la mitad, ¿verdad? Los pacientes tienden a hacer ese tipo de cosas.»

«No, le aseguro que me forzaba a fumar. Por lo menos...»

«¿Por lo menos qué? Vamos, si le tengo que ser de alguna ayuda, no puede tener reservas conmigo.»

«Bueno, ahora que lo pienso, sólo fumaba un puro al día.»

«¡Ajá! Ya lo tenemos», exclamó. «Un puro al día cuando le había prescrito tres. Debería haberlo supuesto... Cuando les digo a los no fumadores que deben fumar o no me podré hacer responsable de las consecuencias, intentan negociar conmigo para que les permita abandonar el hábito de no fumar de manera gradual. Empezaremos con un cigarrillo al día, me suplican, y prometen aumentar la dosis poco a poco. Cuando, señor mío, un cigarrillo al día es veneno; peor que no fumar.»

«Pero no es eso lo que hice...»

«La idea es la misma», respondió. «Como todos los demás, se queja incesantemente de tener que dejar por completo ese hábito que jamás debería haber adquirido. Desde mi punto de vista, ni siquiera puedo entender dónde residen los sutiles placeres de no fumar. Contrapuesto a la salud, ¿no resultan del todo inmateriales?»

«En este aspecto debo admitir que tiene usted razón.»

«Entonces, si lo admite, ¿por qué se muestra tan complaciente consigo mismo?»

«Supongo que porque uno es débil en materia de hábitos. ¿Conoce muchos casos como el mío?»

«Veo casos como el suyo cada semana», me dijo, «de hecho, empecé a tener tantos casos de ese tipo que me hice un especialista en la materia. Cuando empecé a ejercer no tenía ni la menor noción de lo común que era la garganta del no fumador, como la llamo».

«Pero, ¿se conoce la enfermedad desde hace mucho tiempo?»

«Sí, pero hasta muy recientemente se desconocían las causas. Le podría explicar la dolencia en términos científicos, como prefieren hacer muchos representantes de la comunidad médica, pero es mejor que sepa a lo que se enfrenta en inglés llano.»

«Sin duda; pero me gustaría saber si los síntomas en otros casos se parecen en algo a los que yo tengo.»

«Como es de esperar, he conocido casos más o menos agudos, pero su naturaleza es la misma», respondió. «Por ejemplo, usted se queja de que su dolor de garganta va acompañado de un decaimiento del estado de ánimo.»

«Efectivamente. De hecho, el decaimiento en ocasiones precede al dolor de garganta.»

«Exacto. Sospecho, también, que se siente más decaído por la tarde; pongamos por caso, después de cenar.»

«Ese momento es precisamente cuando más decaimiento sufro.»

«El resultado», dijo, «si se me permite adentrarme en asuntos un tanto delicados, es que su decaimiento llega a afectar a su esposa, a su familia e incluso al servicio, ¿no es cierto?»

«Bastante acertado, sí», respondí. «Nuestro hogar, sin duda alguna, no ha vuelto a ser tan feliz como antes. Supongo que cuando un hombre no tiene ánimos, tiende a ser brusco y poco afectuoso con su esposa y a que le irriten los niños con facilidad. Ciertamente ése ha sido mi caso en los últimos tiempos.»

«Sí», exclamó, «y todo porque no siguió mis instrucciones. Los hombres deberían darse cuenta de que no tienen derecho a sucumbir a no fumar, aunque sea sólo por el bien de sus esposas y familias. Un soltero quizás tenga más excusa; pero piense en el ejemplo que debe dar a sus hijos no haciendo un esfuerzo para sacudirse esta

debilidad de encima. Resumiendo, fume por el bien de su esposa y su familia si no lo hace por su propia salud».

Creo que ésta es más o menos la historia que contó Pettigrew, aunque debo añadir que abandonó la casa muy decaído y más tarde contagió a Jimmy y a los otros tal abatimiento, como para que hubieran ido todos corriendo en un coche a casa del Dr. Southwick.

—Honestamente —dijo Pettigrew—, yo diría que no ha creído una palabra de lo que le he dicho.

—Ay, si hubiera sido un hombre... —suspiró Marriot—, la hubiéramos convencido.

—¿Cómo? —preguntó Pettigrew.

—Hombre, evidentemente —respondió Marriot—, enviándole una lata de Arcadia.

## Mi última pipa

La noche en que fumé por última vez transcurrió sin apenas aspavientos por mi parte o la de mis amigos. Reparé en que ninguno de ellos se sentía ya cómodo si se quedaba a solas conmigo, y sabía, aunque no puedo decir cómo, que aunque eran muy delicados refiriéndose a mi felicidad venidera, hablaban entre ellos de este hecho. Fumaban sin cesar y me miraban de reojo, y tenían la impresión de que me estaban ayudando. También se dirigían a mí en voz baja, y se sentaron en sus puestos haciendo tan poco ruido como si hubiera habido alguien enfermo en la habitación de al lado.

—Suponemos —dijo Scrymgeour con gran esfuerzo, en mi penúltima noche—, que preferirás que no hagamos ninguna fiesta en tu honor mañana, ¿verdad?

—Oh, no deseo nada por el estilo —dije.

—Eso pensé —irrumpió Jimmy—. Ese tipo de cosas suelen ser bastante falsas, pero si crees que pudiera ayudarte de alguna manera...

—O si hay algo que pudiéramos hacer por ti —intervino Gilray—, no tienes más que decirlo.

Aunque sus comentarios me irritaban más de lo que tranquilizaban, me conmovieron sus cariñosas intenciones, puesto que en algún momento temí que pudieran mostrarse sarcásticos. La siguiente noche fue mi última noche, y descubrí que habían estado esperándola con dolor genuino. Como se habrá podido comprobar, tenían la costumbre de ir entrando en mi habitación uno por uno, pero en esta ocasión entraron todos a la vez. Habían quedado en el gabinete y subieron las escaleras tan silenciosamente que no los oí llegar. Tenían todos un aspecto muy apagado, y Marriot se sentó en la silla de mimbre con tanto cuidado que ni siquiera crujió. Me di cuenta de que tras echarme una mirada furtiva todos observaron la mesa del centro, donde estaban extendidos mi pipa de brezo, Rómulo y Remo, otras tres pipas que tenían sus propios méritos, pero que nunca llegaron a mi corazón hasta hoy, mi tarro de tabaco de arcilla y mi vieja petaca. Ya me había despedido de éstos antes de que mis amigos entraran y me encontraba en condiciones de hablar con voz relativamente firme. Marriot, Gilray y Scrymgeour señalaron a Jimmy, como si hubieran diseñado alguna estrategia, y Jimmy anunció escuetamente, mientras se sentaba en la alfombra de delante de la chimenea:

—Pettigrew no va a venir. Tenía miedo de no poder mantener la compostura.

Entonces empezamos a fumar. Todavía era demasiado temprano para mi última

pipa, pero pronto me arrepentí de no haber dispuesto pasar esa noche solo. Jimmy era el único de los arcadianos que había ido al colegio conmigo, y evocaba multitud de recuerdos que transmitió al resto como si yo no estuviera presente.

—Era la alegría del antiguo colegio —dijo Jimmy, refiriéndose a mí—, y cuando cierro los ojos aún puedo escuchar la jovial risa de cuando llevábamos pantalones cortos.

—¿Qué pensaban de él los compañeros? —susurró Gilray.

—Que era el mejor. Era la honra del colegio y todos le auguramos un brillante futuro. Incluso los profesores lo querían; de hecho, dudo que tuviera algún enemigo.

—Recuerdo la primera vez que nos vimos en la universidad —dijo Marriot—, y me cayó bien al momento. Hablaba aquella noche en la sociedad de debates y su entusiasmo me arrastró.

—Y cómo le vamos a echar de menos aquí —dijo Scrymgeour—, y en mi casa-bote. Creo que voy a venderla. ¿Os acordáis de su asiento preferido en la puerta del salón?

—¿Sabéis? —dijo Marriot, con un aspecto un poco asustado—, pensé que sería el primero del grupo en marchar. A menudo lo he tenido aquí, en esta misma habitación, hablando hasta altas horas de mis problemas y nunca he acabado de comprender por qué en ocasiones le irritaban tanto.

Y así siguieron hablando y hablando, quiero decir que muy bien, y sonó la una. Un frío estremecedor me recorrió y Marriot dio un salto en su silla. Habíamos acordado que empezaría mi última pipa a la una en punto exactamente.

Cualesquiera que fueran mis sentimientos hasta llegar a este momento de la noche, los había eliminado de mi rostro, pero supongo que a partir de entonces se produjo un cambio en mí. Intenté levantar mi pipa de brezo de la mesa, pero mi mano temblaba y la pipa repiqueteó sobre la superficie como el macillo en una subasta.

—Déjame llenarla —dijo Jimmy, y me arrebató la vieja pipa de brezo.

La vació a conciencia para que cupiera el máximo posible, y entonces la rellenó. Ninguno propuso, me alegra recordar, un puro en la última ocasión en que fumé, ni creyó posible que pudiera decirle adiós al tabaco por otro medio que no fuera mi pipa de brezo. Era la que más apreciaba. Eso ya lo he dicho, pero tengo que volver a decirlo. Jimmy le pasó la pipa a Gilray, que no la rindió hasta que alcanzó mi boca. Entonces Scrymgeour fabricó una tea y Marriot la encendió. Al momento estaba fumando mi última pipa. Los otros se miraron unos a otros, vacilaron, y metieron sus pipas en los bolsillos.

Se habló poco, puesto que todos me estaban mirando como si algo sorprendente fuera a pasar en cualquier momento. El reloj se había parado, pero el ventilador hacía ruido. Aunque Jimmy y los otros sólo me miraban a mí, yo intenté no mirarlos a ellos. Evoqué el rostro de una dama, y ella sonrió animándome, y entonces me sentí

más seguro. Pero en ocasiones su rostro se perdía entre el humo, o de repente aparecía la cara de Marriot, amarga, sombría, de duelo.

Al principio despilfarraba bocanadas vigorosas, después empecé a pensar con espíritu científico y expulsé anillos de humo tan potentes y numerosos que había por lo menos media docena de ellos flotando en el aire al mismo tiempo. En tiempos pasados con frecuencia seguía un anillo por encima de la mesa, a través de las sillas y casi hasta fuera de la ventana, pero eso sucedía cuando expulsaba uno por accidente y me mostraba reacio a dejarlo ir. Ahora los distribuía entre mis amigos, que los dejaban desvanecerse en el espejo. Creo que ya casi había olvidado qué estaba haciendo y dónde me hallaba, cuando sucedió algo espantoso. Mi pipa se apagó.

—¡Todavía quedan restos! —gritó Jimmy, con una jovialidad forzada, mientras Gilray me soplabla las cenizas de la manga, Marriot deslizaba un cojín detrás de mi espalda y Scrymgeour fabricaba otra tea. Volví a fumar, pero ya no fue despreocupadamente.

No revelo ningún gran secreto cuando digo que un hombre que se está ahogando ve como todo su pasado se despliega ante él como una gran panorámica. Sin embargo, en la vigilia de una inmensa felicidad, me hallaba yo en una situación tan poco comparable a la de un hombre que se está ahogando, que nada pasó ante mis ojos. Perdí incluso de vista a mis amigos, y aunque Jimmy se encontraba a mis pies, agarrando mi mano, desapareció como si el vacío de su boca abierta hubiera engullido el resto de su rostro. Sólo pensaba en una cosa: estaba fumando mi última pipa. Inconscientemente crucé las piernas y se me cayó una de las zapatillas; creo que fue Jimmy el que la volvió a colocar en mi pie. Marriot estaba de pie por encima de mí, mirando el interior de la cazoleta de mi pipa, pero no lo vi.

Estaba ahora pegando bocanadas con una fuerza tremenda, pero ya no expulsaba humo alguno. La habitación volvió a dibujarse ante mí, vi claramente a Jimmy, sentí que Marriot estaba detrás y los escuché murmurar entre ellos. Y sin embargo seguí chupando mi pipa; sabía que estaba vacía, pero seguí aspirando. Los dedos de Gilray intentaron extraerme la pipa de la boca, pero la mordí con fuerza y seguí aspirando.

Cuando volví en mí estaba solo. Tenía una ligera conciencia de haber sido sacudido por varios pares de manos, de una voz, que creo era la de Scrymgeour, diciendo que me escribiría con frecuencia —aunque mi nuevo hogar se encontraba a una distancia de cuatro millas— y de otra voz, que creo era la de Jimmy, que le pedía a Marriot que no permitiera que yo lo viera desfallecer. Pero aunque había cesado de aspirar, mi pipa de brezo seguía en mi boca; y, de hecho, allí la encontré cuando William John me devolvió a la vida con una sacudida a la mañana siguiente.

Mi despedida de William John fue aún más triste que la escena de la noche anterior. Hice sonar la campanilla cuando había ya empaquetado todos mis tesoros en papel de estraza y le dije que le diera el tarro de tabaco a Jimmy, Rómulo a Marriot,

Remo a Gilray y la petaca a Scrymgeour. William John se contuvo hasta que llegué a la petaca, cuando, con toda justicia, no pudo reprimir las lágrimas. Tuvo que meterse en mi dormitorio. Pero todavía tengo algo pendiente con William John. Ni siquiera Scrymgeour sabía tan bien como él lo que mi petaca había significado para mí, y seguiré lamentando hasta el día de mi muerte no habérsela dejado a William John. La pipa de brezo me la quedé yo.

## Cuando mi esposa duerme y la casa está en silencio

Quizás el encabezamiento de este capítulo podría inducir a engaño a algunos lectores, llevándoles a pensar que hoy en día fumo a escondidas. Es, lo sé, una práctica común entre los fumadores no mantener una promesa como la mía, y admito que los arcadianos aún me tientan. Pero de mí nunca podrá decirse sinceramente que rompí mi palabra. Ya no fumo nunca y, de hecho, aunque las escenas de mi soltería se me aparecen, dibujadas con una precisión que ni Scrymgeour lograría, me alegro, cuando me despierto, de que sean sólo sueños. Aquellos días de egoísmo han terminado, y puedo ver que, aunque eran tiempos felices, la felicidad era una equivocación. En cuanto al esfuerzo que se supone tiene lugar entre un hombre y el tabaco tras arrebatarse la máscara a éste, jamás lo experimenté. Ni siquiera siento ya ansiedad por la mezcla Arcadia, aunque se trate de un tabaco que sólo nuestros mejores hombres deberían fumar. Si le regalásemos una lata a nuestros héroes en lugar de la llave de la ciudad, probablemente nos lo agradecerían mucho más. Jimmy y los demás son bastante poco merecedores de ella y, si de mí dependiera, la iban a dejar todos de golpe. Quizás nada demuestre tan bien cómo soy de severo con mis votos, que esto: mi esposa está deseosa de permitir que nuestros amigos fumen en el estudio, pero yo no quiero ni oír hablar del asunto. No se fumará en mi casa; y estoy decidido a hablar con Jimmy sobre fumar en la ventana de nuestra habitación de invitados. Argüir que el humo no vuelve a entrar en la habitación no es más que una excusa baladí. Estoy convencido de que se adhiere a las cortinas y las tendríamos que lavar día sí, día no. Tengo que hablar con Jimmy claramente porque quiero que se lo comunique al resto. Tienen que comprender con claridad meridiana bajo qué condiciones son recibidos en esta casa, y si prefieren convertirse en chimeneas antes que escuchar música, que se queden en la suya.

Pero cuando mi esposa está dormida y la casa silenciosa, escucho al hombre a través de la pared. En dichas ocasiones suelo tener mi pipa de brezo en la boca, pero no hay ningún daño en ello, puesto que está vacía. No quise regalar mi pipa, porque no conocía a nadie que la fuera a entender, y siempre la llevo encima para que me recuerde mi oscuro pasado. Cuando el hombre al otro lado de la pared enciende la suya, me meto mi fría pipa en la boca y permanecemos juntos durante una hora tranquila.

Que yo sepa, nunca he visto al hombre al otro lado de la pared, puesto que su puerta se halla a la vuelta de la esquina y, además, no tengo ningún interés en él hasta

las once y media de la noche. Entonces empezamos. Lo conozco sobre todo por sus pipas: las identifico por los golpecitos que da en la pared cuando vacía las cenizas. No fuma Arcadia, porque es de talante apresurado y rompe los carbones con los pies. Aunque me veo obligado a decir que no aprecio especialmente su personalidad, tiene cosas buenas y me gusta el afecto que siente por su pipa de brezo. En general, la rasca de manera un poco salvaje, pero eso es debido a que está ansioso por volverla a encender, y hace tiempo que descubrí que ha firmado un acuerdo con su esposa para irse a dormir a las doce y media. Durante algún tiempo no pude comprender por qué había colocado en el borde de su pipa un aro de plata. Me di cuenta inmediatamente del cambio por los golpecitos, y llegué a la conclusión de que se le había roto la cazoleta. Pero nunca había sonado como si tuviera la cazoleta rota. Me costaba creer que el hombre del otro lado de la pared no fuera más que un tipo vulgar, y sentía que no podía serlo porque en ese caso habría fumado más a menudo en su pipa de espuma de mar. Al final lo comprendí. La cazoleta se había resquebrajado por un lado, y el aro de plata servía para que el tabaco rebosara. Sin duda alguna ésta era la explicación, porque incluso antes de que llegara el aro me extrañaban los golpecitos de la pipa. No parecía golpear la pared con toda la boca de la cazoleta, pero evidentemente la razón era que no podía. Al mismo tiempo, no lo absuelvo de toda culpa. Hay que ser un fumador lerdo para dejar que tu cazoleta se quemara por un lado, y me temo que permite que el tallo se le meta entre los dientes. Es evidente que la boquilla está suelta, pero a eso se le puede poner remedio con un trozo de papel secante.

Su pipa de espuma de mar no es tan buena como la de Jimmy. Aunque la fanfarronería de Jimmy respecto a su espuma de mar era casi intolerable, ninguno de nosotros puso jamás en duda la valía de la pipa. El hombre del otro lado de la pared no compensa con un tallo de cerezo la cazoleta y, consecuentemente, su pipa es demasiado ligera. Se le ha abollado el anillo de la mano izquierda por la parte de la palma debido a que vacía la espuma de mar en dicho lugar, y está tan maltrecho como el anillo de Jimmy porque, aunque Jimmy la golpea con más fuerza, el hombre del otro lado de la pared se ve obligado a hacerlo con más frecuencia.

Lo que menos me gusta del hombre al otro lado de la pared es la manera en que trata a su pipa de arcilla. Una pipa de arcilla, apenas hay necesidad de comentarlo, produce un sonido completamente distinto al de una de espuma de mar, pero el hombre al otro lado de la pared no las trata como si fueran igualmente valiosas. Debería sacudir la pipa de arcilla en la mano, pero lo hace con muy poca frecuencia, y creo firmemente que cuando lo hace es porque ha olvidado que no se trata de su espuma de mar. Si la golpeará contra la pared o en los costados de la chimenea la rompería, así que la sacude contra un trozo de carbón. Hay algo reprochable en todo esto. No me estoy quejando porque sienta poco afecto por su arcilla. A la vista de

todo lo que se ha dicho en honor de las arcillas, y consciente de que esta afirmación puede ocasionarme algún abuceo, debo admitir que yo mismo nunca estuve demasiado interesado en ellas. Es cierto que un tabaco apestoso es menos apestoso con una pipa de arcilla larga; pero fumar Arcadia en una arcilla supone incurrir en mi reproche, e incluso, en mi animosidad. Sin embargo, una cosa es no tener fe en las pipas de arcilla y otra muy distinta es tratarlas mal. Si el hombre al otro lado de la pared ha decidido tras reflexionar y experimentar que la pipa de arcilla no es adecuada, mi opinión es que no se le debería permitir fumar más en ella; pero mientras fume tendría que tenerla en cierta consideración. Dudo seriamente de que, si se dedicara a indagar en su corazón, no sacaría la conclusión de que ama más a su pipa de espuma de mar que a su arcilla. Sin embargo, como su espuma de mar es más cara la golpea en la palma de la mano. Es ésta una grave acusación, pero no la formulo a la ligera.

El hombre al otro lado de la pared fuma todas las noches en cada una de estas tres pipas, y empieza con la de brezo. De este hecho se infiere que no le gustan las pipas calientes. Algunos sostendrían que debería terminar con la de brezo, puesto que se trata de su favorita, pero yo no soy de esa opinión. Creo, sin lugar a dudas, que la primera pipa es la más dulce; es más, me veo obligado a hacer una confesión: siento cierto desasosiego porque tengo la impresión de que nunca les di a las espumas de mar la oportunidad que se merecían por este motivo, sólo fumé en ellas cuando mi pipa de brezo estaba ya caliente. ¿No las habría mirado con otros ojos si un día hubiera empezado con una espuma de mar? Es éste un asunto que ya no tendré oportunidad de comprobar, pero pienso con frecuencia en él. Dejo el veredicto en manos de otros.

Aunque no supiera que el hombre al otro lado de la pared termina a las doce y media, los golpecitos a esa hora de la noche me lo habrían anunciado. Cuando llega el momento, da a cada una de sus pipas un golpecito final, no tan brusco como los anteriores, más pausado, como si estuviera pensando entre golpe y golpe. En algunas ocasiones me he planteado enviarle una lata del tabaco entre los tabacos, pero siempre acabo concluyendo que no puedo asumir la responsabilidad de recompensar con tal laurel a un hombre que sólo he estudiado durante algunos meses. Así que, cuando su último golpecito me da las buenas noches, me saco mi fría pipa de brezo de la boca, la vacío contra la repisa de la chimenea, sonrío con tristeza y me voy a dormir.

FIN